LOCO

SERVANDO BLANCO DÉNIZ

Loco

Servando Blanco Déniz

Loco

e-libro.net

© 2002, por Servando Blanco Déniz

© Primera edición virtual, e-libro.net, Buenos Aires,
julio de 2003

ISBN 1-4135-0112-5

PRÓLOGO

CUANDO fui este junio de 2002 a América, por asuntos relacionados con mi trabajo, en el avión me encontré el manuscrito que a continuación les pongo, el que me leí desde que pude, y el que me pareció un tanto interesante, no sabiendo si lo que Fijoleis cuenta en él es ficción o si, por el contrario, es su triste realidad. Lo siento. También les he de decir que, a pesar de mis indagaciones, no he podido localizar a nadie que se apellide Fijoleis, por lo que, como digo, no sé si todo o parte de lo que aquí narra es invención suya o no.

Que ustedes lo disfruten.

Siempre de ustedes.

ANTONIO THELLEN

ÍNDICE

Prólogo 5

Los primeros años 7
El BUP 30
El COU 44
La carrera 52
El trabajo y… 112

LOS PRIMEROS AÑOS

NACÍ UN diecisiete de enero en una clínica privada, tras mi madre haber roto aguas en su casa, situada ésta en una calle que daba al mar, aunque fue a la clínica varias horas después, tras mi padre afeitarse, ducharse y avisar a su madre. Por lo visto, a mi buena madre le tuvieron que dar pastillas para poder parirme, por todo el tiempo que había pasado tras la rotura de la bolsa.

Nací sano, después de todo eso, aunque a lo mejor no tanto como creí, según deduzco por lo que llevo leído últimamente acerca de una enfermedad.

De los primeros años de mi vida, prácticamente no recuerdo nada, salvo una fiesta en la que estaban el cura del barrio y mi padre, ambos con la mirada dirigida al suelo, fija, marcando una trayectoria concreta, lo que me hizo suponer que aquellos dos seres eran muy inteligentes. En ese baile infantil, yo no sabía bailar, por lo que no hacía más que dar tumbos de un lado para otro, vamos, daba saltos de un lado a otro.

Mi amigo de esos años era Falino, a quien si ahora lo veo, seguro que no lo conozco; así y todo, era el mejor amigo que tenía en el barrio, lo que ocurre es que en ese barrio estuve muy poquito tiempo, prácticamente nada.

Si no estuvimos mucho tiempo en esa casa fue porque al poco fuimos a lo que muchos hoy llaman una casa terrera, pero que por aquel entonces todos llamaban un chalet. Sí, mi padre entre otras cosas era farmacéutico, había hecho Magisterio, estudiado Perito Agrónomo, Óptica, y luego se había dedicado por su cuenta a los negocios, aparte de que tenía su propia farmacia.

Mi buen padre no se cansaba de decir que de él no íbamos a ver ni un duro, yo creo que por lo mal estudiantes que eran sus tres primeras hijas, hasta que llegué yo, que sacaba en la primera etapa unas notas magníficas, todo lo mejor de lo mejor.

En la primera casa, me perdí en un par de ocasiones, pues me quedaba hasta altas horas de la noche en la arena de la playa, jugando a las casitas con mis hermanas, y luego, no es de extrañar que ellas se despistaran conmigo, y que yo me echara a caminar por la avenida. Sé que como mínimo, dos veces me perdí, hasta el punto de que mi madre tuvo que pedir auxilio a la policía.

Los juegos en esa primera casa vendrían marcados por los pasatiempos de mis hermanas las mayores, las que dictaban las pautas de éstos, pues debía salir a la calle a jugar con ellas: Saso, Maru y Pine, en orden descendente.

Cuando nos cambiamos de casa, mucho más lejos, a una zona residencial de la ciudad, aunque li-

geramente aislada del resto, robaron a mi padre el primer día de estar en ella, resultado de lo cual se compraría una pistola, que al paso de los años sustituiría por un martillo. Mi hermano el más pequeño, Jose (como todos le llamamos, sin el acento), nacería casi justo cuando fuimos a vivir a la nueva casa, con lo que tiene la misma edad casi que ella.

Una vez en la segunda casa, no dejé de ir al mismo colegio, uno particular, cuyo dueño y director era un amigo de mi padre: *Chago* para ellos; Don Santiago para nosotros. En éste pasé toda la primera etapa, de la que recuerdo un profesor magistral que me dio clases: D. Juan Lorenzo, con el que le cogí el gusto a la literatura, de la que él era un amante. Nos preguntaba todos los días la lección; yo siempre estuve entre los primeros puestos de la fila de alumnos a la que él preguntaba, de tal forma que los que se iban sabiendo las preguntas pasaban a los puestos delanteros, al lugar de los que no se las sabían. Recuerdo en especial un día en que, habiendo estado enfermo, cuando llegué a clase me tuve que poner en el último puesto, pues ésa era la norma y ese mismo día pasé del último puesto, poco a poco, al primero. Sí, fue todo un triunfo.

Del colegio fueron importantes para mí Romano G., Domingo N., Antonio, Mari Carmen L., y posiblemente algunos otros que ahora mismo no recuerdo. La última no sólo era importante por ser del sexo opuesto, sino porque solía tomar sobres de vitamina C, lo que a mí me desconsolaba, diciéndome que debían de estar sabrosísimos, aunque a la vez no encontraba yo que debieran ser muy saludables, por mucho que alegara que los tomaba por pres-

cripción facultativa. Está claro que mucho más sanas son un par de naranjas al día, un rato largo.

El colegio Santiago Apóstol (que así se llamaba) era bastante pequeño, y ocupaba tan sólo un chalecito medianamente grande. José Ramón G. sería el mejor amigo de mi infancia en este tramo de mi vida en mi nueva casa; a él también lo conocí en el colegio, lo que pasa es que él, al igual que Mari Carmen, o que Romano, no eran muy buenos estudiantes. Al pobre José Ramón ("Dun Jose"), le rompería yo un diente al subirse él encima de mí (cuando estábamos jugando en el recreo del colegio), ya que en ese momento me hice para abajo, con lo que se cayó de bruces mi amigo y se partió una de sus prominentes paletas contra el suelo.

En ese patio del colegio, recuerdo jugar varias peleas de escupitajos, en las que los de a pie debíamos conquistar el "castillo", que no era otra cosa que una subida con un parterre que daba a la calle, aunque esa puerta estaba siempre cerrada.

Otro día fuimos varios por unas alcantarillas; los que dirigíamos la expedición éramos Domingo N. y yo, pero recuerdo que el primero encendió una tea a modo de antorcha, y tuvimos que salir todos al estarnos asfixiando, pues aquello largaba un humo infernal.

En ese colegio jugué mucho a las estampitas y a los boliches, y no puedo decir que era de los mejores en eso, aunque tampoco de los peores.

Un buen año, me hice portero del equipo de fútbol del colegio, y con ellos conseguí unas cuantas victorias, aunque ninguna copa ni ningún otro trofeo oficial. También sufrí (debido a la tensión ner-

viosa por verme en campos enormes y yo solo debajo de la portería), al acabar los partidos, ciertos vahídos que me preocupaban mucho, pero que con agua y azúcar se me quitaban.

No tenía uniforme en ese colegio.

Unas Navidades, me pusieron junto con otro alumno a cuidar la comida para los más pobres, la que llevaban muchos alumnos para tal fin. Cuando estaba cumpliendo mi misión, vino uno que quiso coger algo, pero lo vimos y fuimos tras él, y como se metió en el balcón, tras él fui, pero al no ver la puerta, y al querer atraparlo, metí la mano por el cristal, rompiéndolo con la muñeca. Las primeras curas me las hizo una señora que vivía por allí, cerca del colegio.

Cuando vino la señorita Marisol, ésta me arreó un guantazo de aúpa, como resultado de los nervios que cogió, aunque luego, tras hablar con el director, fue a pedirme perdón; disculpas que le acepté, hasta el punto de que nada dije en mi casa.

Cuando ese día fui a mi casa, llevé las notas manchadas de sangre, por la mano, pero como eran muy buenas, no pasó nada con mis padres.

A la mañana siguiente, mi madre se levantó oliendo a podrido, por lo que me llevó a la Cruz Roja, a ver qué me pasaba en la mano. Allí fui con ella y con mi tío Joaquín, alto ejecutivo como su hermano, el que cuando empezó a ver lo que me hacían en la mano, tuvo que salir de la sala, pues le estaban entrando unas fatigas que lo estaban dejando lívido. Me quitaron todos los pellejos de alrededor de la herida sin anestesiarme, al igual que los cristales que tenía dentro de ésta. Después

me anestesiaron y me cosieron. Antes que a mí, atendieron a uno urgentemente que por lo visto se había caído de la casa a la calle. Iba todo ensangrentado, y casi sin conocimiento. Fue una experiencia grande para mí, y encima, a la salida me tomé un refresco, nada más para no hacer gastos. Estaba temblando, pero satisfecho de que me hubieran curado ya; eso de ir al médico es un reconstituyente para los niños.

A finales de un verano de esas fechas, decidieron que Piluca (mi hermana pequeña, la que me sigue) y yo, debíamos ir a aprender a nadar. En una semana pasé todos los grupos y me hice nadador del Club Natación Metropole, el más importante del archipiélago. Como consecuencia de ser nadador, debía ir a entrenar todos los días, hiciera frío o calor, allí debía ir. Luego, comía allí mismo pagando con unos ticket que compraba en el mismo club; el almuerzo me salía unas treinta pesetas diarias, lo que incluso en aquel entonces no era mucho, con lo que ya se imaginarán, que lo que almorzaba no era mucho, máxime después del gran ejercicio que nos hacían realizar. Total, que adelgazaba una barbaridad. Después de comer debía ir otra vez al colegio, por lo que recuerdo ir caminando a éste mientras me decía lamentándome, que era un triste infeliz, que no podía ver a la familia casi.

Una mañana, después de que el micro me dejara en el paso de peatones por el que debía cruzar para ir al club a nadar, crucé por delante de éste, y en eso pasó un coche que me atropelló, desplazándome un par de metros. Me cogieron los del coche y me llevaron a la Cruz Roja, donde preguntaron

por uno, pero al no estar éste, me volvieron a llevar al paso de peatones, y de ahí me dirigí a nadar. Cuando estaba realizando el entrenamiento, oí que por megafonía me llamaban diciéndome que tenía una llamada telefónica, por lo que salí de la piscina y fui a hablar por éste: era mi madre, la que me decía que fuera inmediatamente para mi casa, que cogiera un taxi y fuera para la casa. Eso haría.

Recuerdo, cuando nadaba ese día, que notaba una sensación rara en la pierna, como si el agua me pasara por el tobillo y se detuviera en este rodeándolo todo. Por suerte, eso no fue nada.

En una ocasión, en el micro hice un negocio con Quique, el hijo del chofer, que consistía en dar vueltas a una malla dentro de la cual había varios boliches, y todo aquel que quería ver el espectáculo debía pagar un boliche por ello. Hubo muchos incautos que accedieron a dar uno por ver el espectáculo. De esa vez me hice con una gran cantidad de ellos, los que me durarían varios años en una lata tubular azul, hasta que los cogió un sobrino mío, a quien se los dio mi madre. A Quique lo vería en un par de ocasiones, siendo ya jóvenes adultos, y aunque siempre nos saludábamos como dos viejos camaradas, jamás nos cruzábamos muchas palabras.

De la primera etapa, poco más es importante, a no ser que mi padre, cuando veía mis notas, me decía escuetamente: “Enhorabuena”.

Y tras firmarlas me las daba, aunque algunas veces le ponía notas a los profesores, sobre todo cuando veía que mi rendimiento bajaba algo. Siempre me exigía al máximo, y como yo no lo entendía, pensaba que era muy estricto y que no me quería,

como así dije una vez, apesadumbrado, a mi abuelo materno: “Mi padre no me quiere…”

Y esto enfureció tanto a mi abuelo, que poco faltó para que fuera a darle una bofetada a mi progenitor.

Mis dos abuelos maternos eran unas excelentes personas, quienes no siendo ricos, tenían para vivir. Mi abuela paterna, era rica, y encima tenía a todos sus hijos trabajando, para seguir aumentando la producción: Manolo era dentista, Joaquín era director de un archivo importante, Dulcina estaba empleada en la farmacia en la que su hermana Mila era la regente de su difunto padre. Sí, esa familia estaba toda más o menos bien situada. Bueno, muy bien situada, diría yo, encima tenían muchas propiedades y terrenos en las islas.

Mis abuelos maternos, tenían a dos hijas amas de casa, y a un hijo que llevaba la contabilidad de una pequeña empresa. No habían logrado grandes triunfos en el mundo laboral, pero eran todo amor.

La que peor iba, sentimentalmente hablando, era mi madre, a pesar de ser la que mejor iba en el aspecto económico.

Mi padre cada vez bebía más, lo que no impedía para que cumpliera en sus trabajos, a los que tengo la impresión de que no le pedía más que dinero y más dinero. Era un buen profesional. Pero el dinero no lo quería para su familia, sino para ahorrarlo y gastarlo con sus amigos, de los que tan mal hablaba mi madre.

En mi casa, bien fuera por parte de mi madre, como de mi padre, había siempre problemas y discusiones; yo los veía calladamente, repitiéndome que yo no sería así ni con mi mujer ni con mis hijos.

Pasé a la segunda etapa, pero ésta la cursaría en otro colegio, ahora en uno estatal, donde el director también era Don Santiago, y donde como profesor también estaba D. Juan Lorenzo.

En esas clases aprendí a disfrutar, y a sufrir con la literatura, a sufrir porque me hicieron recitar, sin haberlo previsto, el Auto de los Reyes Magos, delante de todo el colegio, cuando había ido a ver una actuación de otros compañeros, aunque ésa infinitamente más moderna.

A ese colegio sí iba con uniforme, y como caminaba tanto, llevaba unas botas vaqueras, a las que les puse un pegoste para rasgar los fósforos, para hacer como los hombres rudos del oeste.

Ya fumaba cigarros, y practicaba el onanismo con cierta frecuencia, hasta tal punto que una vez, en una clase de D. Juan, se me cayó un juego de naipes de señoritas sin ropa, y éste los cogió y se los guardó, aunque nada me dijo, lo que no quitó para que yo sí me preocupara bastante. En las notas eso no influyó para nada.

Recuerdo en especial cuando íbamos a hacer gimnasia, a pesar de haber sido ya nadador (aunque no coseché grandes triunfos con esto), cómo me daba cierto apuro desnudarme en el vestuario, por lo que lo hacía bajando la mirada, sin mirar a nadie, mientras escuchaba los comentarios jocosos de los demás estudiantes, mientras se hacían los hombres rudos y liberales, cuando en realidad lo que ocurría era que todos éramos unos simples mocosos. De pequeño era sumamente tímido, hasta el punto de que casi no hablaba con nadie.

Me salían algunas pretendientas, con las que yo no salía nunca, alegando que con la que lo hiciera debía ser por amor, y por supuesto, con la mujer con la que me acostara debía ser mi esposa.

Las clases eran por la tarde, a las que yo iba antes de la hora, para ponerme a fumar con mis amigos a la entrada del colegio, sentado en el estrecho bordillo del muro exterior, por fuera, pues lógicamente dentro no podíamos fumar. Esto llegó al punto, de que una vez Don Santiago me llamó a su despacho y mientras me decía unas cosas, me dijo que él sabía que yo fumaba.

"¡No, yo no fumo!", repliqué atemorizado y acobardado, y él venga a decir que sí, que él sabía que yo fumaba, así un par de veces, hasta el punto de que el director, que en paz descanse, me ofreció que fumara allí. Esto no influyó para que me volviera más cauto y no fumara delante de los compañeros de clase, sino que seguía siendo el medio golfillo que era. Así y todo, las notas seguían siendo excelentes, y mi padre seguía felicitándome con el escueto: "Enhorabuena".

Una de las chicas que quería salir conmigo era una tal Viky, con la que yo no quería salir por encontrarla algo llenita, ancha de caderas, y tener la cara siempre brillante. Esta niña, en cierta ocasión, me insinuó que quería acostarse conmigo: yo quería ir virgen al matrimonio.

Mientras nosotros fumábamos allí, había un grupo de chicas golfas, que iban a hacerlo al cementerio que había por allí cerca, y yo me decía que no sabía qué encontraban de agradable en ello, pues yo no veía nada de divertido en ir a estar con los

pobres muertos, más bien lo encontraba contraproducente. Recuerdo que esas chicas eran bastante mayores cuando iban a fumar allí, vamos, que habían repetido unos cuantos años.

El colegio estaba por una zona de las más pobres de la ciudad, por lo que junto con niños de dinero, había muchos otros que no lo tenían, siendo esta última la característica más dominante. Yo intentaba disimular mi procedencia, así nunca hacía ademán de poseer dinero, entre otras cosas porque tampoco lo tenía. Mi único lujo fue durante unos años, de vez en cuando comprar una pequeña bolsa de recortes de hostia, que costaba un duro, los que me comía en clase, poco a poco, saboreándolos.

El profesor de matemáticas, D. Casimiro, se me enfadaría una vez por decir que yo siempre me estaba riendo, vamos que estaba siempre con una sonrisa en la boca.

Un amigo íntimo de esa época fue Marcelino V., con el que iba todas las salidas de clase hasta detrás de la catedral, a jugar al fútbol. Él, invariablemente, se compraba una bolsa de suspiros, y se los comía casi todos; yo me decía que eso no podía ser muy sano, aparte de que me preguntaba que dónde las metía, pues era alto y bastante delgado. Él sí iba de rico: era rubio, como yo, pero él alardeaba más que yo de que su familia tenía dinero, y así había sido, aunque ahora la casa paterna, enorme, servía de despacho a los hermanos, pues de los once que eran, unos cuantos habían seguido la tradición del padre: eran abogados, aunque me da que no de tan buena categoría como lo fue su progenitor.

A su casa iría en un par de ocasiones, donde siempre me hacían esperarlo en la gran sala de espera de los despachos, en donde había una enorme maqueta de madera de un barco de vela; la sala tenía sillones antiguos, una enorme mesa también antigua y de excelente madera, y en el suelo una gran alfombra roja que subía por la majestuosa escalera de madera maciza al piso de arriba. Sí, el padre, aparte de fortuna familiar debía ser uno de los mejores abogados de la isla, aunque a mí me daba la impresión de que el padre iba en declive, pues mi amigo no hablaba mal de él, y yo tenía las referencias de mi familia, y como mi padre al ser buen ejecutivo, era duro con sus hijos, yo pensaba que todo aquel que fuera bueno en el trabajo, debía ser estricto con sus hijos.

Tenía otro amigo, Alejandro, que me confirmaba esta teoría, pues su padre era ingeniero de caminos, canales y puertos, pero después de la carrera no estudió más, sino que se dedicó a mal cumplir con su trabajo, y luego a disfrutar con sus once hijos jugando con ellos. Cómo llamaban esos hijos a su padre, y en especial mi amigo, me sorprendió enormemente, pues nunca antes lo había visto. También me extrañaba la voz que tenía mi amigo, la cual no era de otra cosa sino de estar siempre gritando. El día que fui a su casa, un único día, observé que ésta era grande, pero por dentro escaseaba el dinero, así por ejemplo, las habitaciones ponían de forma rudimentaria, el nombre de quiénes eran éstas, por ejemplo, la de los padres ponía el cartel: "Habitación de papá y mamá". Era una familia feliz, sin medios, pero una familia feliz. El hijo mayor

era un buen estudiante, lo que se le notaba en los ojos, y el aura alrededor de ellos: era estudiante de ingeniería como el padre, y del que me decía si seguiría los pasos de su buen, aunque empobrecido padre, o se haría un alto ejecutivo.

En esa casa jugué por primera vez en mi vida a las carreras de sacos, con sacos de papas, y a ponerle el rabo al burro pintado en la pizarra, la que seguramente serviría para el padre explicar las lecciones a sus hijos. Lo pasé raro, con falta de costumbre de ver a un padre jugando con los hijos, pues hasta el momento, todos mis amigos, tenían padres que no jugaban con éstos.

Con Dun Jose seguía estando a menudo, e iba con muchísima frecuencia por su casa, a jugar con los "Madelman", de los que él tenía una barbaridad.

Era un niño que nació a destiempo, cuando ya no se esperaba que naciera ninguno más, tanto, que siendo él tan niño como yo, solo tenía un hermano médico, que no sabía por qué, me daba la sensación de que no se dedicaba a nada, sino a pasear, pues no tenía el carisma que tenían los médicos a los que yo iba. Mi padre era un sanitario, y tenía un aura que tiraba de espaldas. Él no, sino que se preocupaba porque su hermano pequeño no sabía comer. Nunca pensé que viviera allí, sino que debía vivir independientemente en otra casa, pero Dun Jose lo vio morir, una noche lo oyó toser y fue a verlo a su cama, y de esa vez murió, siendo muy joven, sobre los treinta tendría, y mi amigo tendría sobre los diez. El día del entierro fui a hacer compañía a Dun Jose, quien estaba allí junto con otros niños chicos con los que me puse a jugar a las cartas; quien

perdiera debía ir despojándose de una prenda. Quien más perdió fue mi amigo, quien se quedó en cueros, y luego los otros invitados; el que menos perdió fui yo, y es muy posible que ocurriera eso de afortunado en el juego, desafortunado en amores; no lo discuto.

Con Dun Jose iba a su finca con mucha frecuencia, en el campo, donde jugábamos a diversos juegos, aunque yo siempre me sentía en estos juegos un tanto raro, como que no era realmente yo. Algunas veces íbamos a robar fruta a otras fincas, otras nos metíamos por un diminuto cañaveral, y allí nos imaginábamos que estábamos en una selva.

Un día, en esa finca, tuve un encontronazo con un niño mimado, tanto que se decía que sus padres le habían comprado un piano de cola porque se le había antojado, y al poco dejó de gustarle, y nunca más le hizo caso. Dicho niño me tiró una tacha doblada con un tirachinas, y me dejó una señal, en vista de lo cual le di un golpe, por lo que se puso a llorar más fuerte de lo que en realidad fue el golpe. Al oír los gritos salieron los padres a ver qué había sido aquello, y tuve que explicar que su querido hijo me había lanzado una tacha al estómago, la que me había dejado una marca que les enseñé; nada más me dijeron, pero a su niño tampoco lo amonestaron, sino que lo consolaron del desagravio.

Un día que se celebraba la festividad de San Juan, el pastor de la finca tenía unos montones de leña dispuestos para quemarlos por la noche, pero a mi amigo no se le ocurrió otra cosa que prenderles fuego, y éste se extendió a todos los haces de leña, consumiéndose toda, reduciéndose a cenizas, con lo que

supongo que el pastor se enfadaría bastante. Mi amigo estaba bastante mimado también.

Solíamos ir a veces al cine los dos juntos; él solía repetir las películas que veíamos y que le gustaban; yo no, para ahorrar, aparte de que una vez vista, ya no veía interés en verlas otra vez.

Una vez, se me rompió el pantalón, por lo que me tuve que quedar en calzoncillos mientras la madre me cosía éste, y la verdad es que pasé un gran apuro, pues mis calzoncillos rojos estaban bastante desteñidos, y encima su madre me miraba y me hacía un mohín que no me gustaba lo más mínimo.

Su prima solía ir al piso de debajo de su casa, pues la enorme casa antigua era toda de su familia, y en ella vivían muchos parientes. Era una familia venida a menos, mientras que la mía seguía subiendo cada día más y más, de lo que yo me percataba.

Mi tío Joaquín tenía una ingente cantidad de libros, los que en un par de ocasiones le ayudé a colocarlos y a trasladarlos de un piso a otro dentro de su magnífica casa. La mayoría de éstos eran de literatura y de historia, pues él también era historiador. Vivía con su madre, y sus dos hermanas, una de las cuales estaba casada y sin hijos (Mila). Su casa era enorme, una de las mayores del barrio más antiguo de la ciudad. Sí, era un niño rico, y yo pensaba que era muy sufrido, cuando estaba rodeado por todos lados de gente de dinero. De todas maneras, de lo que yo me quejaba era de falta de cariño, no de dinero; de aquello siempre me quejaría, hasta el punto de verme en un par de ocasiones, a la entrada de mi casa, sentado en la escalera, cabizbajo, mientras pensaba que estaba solo en este mun-

do y que nadie me quería. Con estas cosas sufría muchísimo.

En mi casa solían estar mis abuelos maternos, y por la noche venían mi abuela paterna y su hija soltera, Dulcina, con una amiga también soltera: Aída; ambas fumaban cosa mala. Mi padre había sido fumador empedernido, pero se le reventaron los alvéolos pulmonares por lo que se cambió al puro, aunque con el tiempo también lo dejaría. Lo que no dejaría nunca sería el alcohol, al cual estaba enganchado, lo que no impedía que rindiera en su trabajo, cosa que yo nunca me expliqué, pues yo cada vez que en el futuro bebería, me sentía un inútil intelectualmente hablando, y siendo ya adulto, me preguntaría con mucha frecuencia, cómo podía él hacer eso y yo nunca.

Iba junto con Pine a hacer los inventarios una vez al año a la farmacia de mi padre; recuerdo verme en una ocasión, debido a lo tórrido de mi vida, que mi padre, cuando estábamos por los psicotropos, me espiaba para ver si yo hacía ademán de quedarme con alguno, pero esto sería años después.

Mi abuela paterna tuvo un accidente en la casa, por el que sufrió una rotura de cadera, por lo que a partir de los ochenta y pico, iría siempre a todos lados en silla de ruedas. Esta misma abuela, de siempre, desde que mi madre la conoció, llevaba un régimen dietético severísimo, consistente en un par de verduras hervidas, y un poco de pan; ella se salía del régimen con dulces y golosinas, por lo que sus hijas se le enfadaban muchísimo. Mi ahora anciana madre, come también poquísima comida pero luego se llena con dulces, a lo que yo le digo que coma más

comida, más alimentos sustanciosos, y menos dulces, pues esos no hacen sino engordar, son calorías vacías que no le reportan sustancias nutritivas necesarias para el organismo, sino todo lo contrario, ya que los hidratos de carbono para la energía necesaria para las reacciones del cuerpo humano las puede conseguir por otros alimentos más nutritivos.

Con esa abuela iba a su finca los domingos, en Tenoya, allí nos llevaba Dulcina. Algunas veces iría también Joaquín, el que me enseñaba gran cantidad de cosas, y quien cada vez me caía mejor. Llevaba él el pelo largo, siempre muy limpio, en plan bohemio, pero bohemio con luces, pues también era escritor; tenía unos cuantos trabajos, y también había sido, de joven, catedrático de instituto en varios institutos de la península. Para mí era un ganador absoluto que encima se dejaba querer, a pesar de que su imagen era la de un ser un poco cínico. Viajaba por ocio tres veces al año como mínimo, una a África, otra a Sudamérica, y otra a Francia, con lo que ya se podrán hacer una idea de que efectivamente manejaba bastante dinero.

En la finca de mi abuela había principalmente plataneras, y algunos pocos árboles frutales y tuneras, encima de una de las cuales me caí, resultado de lo cual me llené todo de púas. También tenía vacas y de vez en cuando alguna cabra y algún burro, en el que nunca me llegué a montar, aunque el pastor de la finca sí que lo montaba. El pastor, Brunito, era un señor bastante mayor, con quien iba todos los domingos a ordeñar las vacas, a las que ordeñaba con un movimiento rítmico de sus quijadas, como si con eso fueran a dar más leche;

esto siempre me asombró. La leche era amarillenta por la enorme cantidad de grasa, y espumosa, pero ninguna me pareció tan exquisita como la de una cabra recién parida, la cual era tan espumosa, que con el dedo me la tomé casi toda, y eso que mi abuela la quería para hacer no recuerdo qué, por lo que había pedido a Brunito que se la reservara.

Cuando regaban las plataneras, lo hacían por el método de las acequias, método muy rudimentario y por el que se pierde mucha agua, comparándolo con los métodos como el riego por goteo o el método de aspersión; pero allí era el que había y a mí me parecía ideal. La finca era bastante grande, pero por falta de agua, ya que en la isla de Gran Canaria, ésta es tremendamente cara, tenían muchas partes sin cultivar, es mas era más lo que estaba sin cultivar que lo que estaba cultivado. A mi tío siempre le intentaba animar para que escribiera un libro sobre su familia, pues me parecía de aúpa, una familia complejísima, con unos personajes dignos de reflejarlos en un buen libro, en lugar de los libros de historia o de recopilación de poesía canaria que escribía; esto lo pensé durante muchos años, pero nunca le dije nada. También es verdad que nunca supe exactamente a qué se dedicaba en realidad, salvo el trabajo de director del archivo, pero por lo visto tenía tres trabajos, entre los que también estaba el de traductor: sí, era una fiera, aunque más fiera me parecía mi padre, al menos, éste tenía mayor carisma que mi tío, aunque bien pudiera ser que al último no lo viera tanto como al primero, y por tanto no le pudiera ver su carisma.

Los domingos iba a misa de diez o nueve y media, no recuerdo con exactitud el horario, y luego me venía a buscar mi tía para ir a la finca. Antes de ir solo a misa, iba con mis hermanas, pero entonces iba a otra, algo más lejos, a la que a ellas les gustaba ir por haber una orquesta moderna que tocaba durante ésta; se llamaba la "Iglesia Redonda", pues redonda era, y estaba en una de las zonas más deprimidas del barrio. En esa iglesia fue donde por primera vez vi las bocinas de las trompetas, y donde primero vería tocar la batería y la guitarra eléctrica, en fin, todas las cosas típicas de lo último en música de aquella época. Cuando íbamos a la misa, a la que siempre llegábamos bastante tarde, nos poníamos al lado de la orquesta, al igual que muchos otros, y mis hermanas le hacían, está claro, más caso a los jóvenes que tocaban y cantaban que al sermón del cura. A mí, la verdad es que no me gustaba mucho ir a esa iglesia, pues donde nos poníamos había muchísima gente, y a mí nunca me ha gustado estar donde hay demasiada gente.

En esa misma iglesia sería donde yo haría mi Primera Comunión, la que hice solo, por no sé qué motivo, si porque ya se había acabado el plazo para hacerlo junto con los otros chicos, o si en realidad fue esa la disculpa que pusieron para que la hiciera yo solo. La verdad es que ahora lo pienso y fue un lujo total, pues nos pusieron a mi núcleo familiar unos reclinatorios para nosotros solos cerca del altar, vamos al lado del cura. La iglesia estaba llena, y yo recuerdo que cuando recibí la hostia, pensé: "Bueno, ahora tengo que pedir y pensar en el Se-

ñor", y pedí y pensé en el Señor. Ese fue el día más feliz de mi vida hasta aquel entonces.

Recibí cantidades asombrosas de regalos, incluidos un bolígrafo y una pluma de marca que todavía conservo, y que fueron el regalo de los padrinos de mi hermano Jose. Ya no recuerdo cuáles fueron todos los regalos, pero lo que sí recuerdo es que mi cuarto, mi cama más concretamente, estaba llena de éstos. La casa, grande de por sí, estaba a rebosar de gente, con familiares y amigos por todos lados. Mi padre por esos días estaba enfadado conmigo, por lo que mi madre hizo la celebración por todo lo alto, corriendo todo de su cuenta, aunque la verdad no sé de dónde iba a sacar el dinero, pues mi padre daba bastante poco para las cosas de la casa.

Sé, por las fotos que de ésta se conservan, que fueron Dun Jose y Alejandro a la misma, y que yo iba con una chaqueta azul marino, unos pantalones grises claros, una camisa blanca, y una corbata pajarita gris: sí, estaba hecho un pimpollo, algo grande. Nunca me había visto tan bien vestido, a no ser en la foto que me hicieron para el recuerdo en el Santiago Apóstol, donde posé de chaqueta y corbata en una mesa con libros y con un globo terráqueo, similar a uno que hasta hace poco tenía en el que era mi despacho.

Recuerdo que tras la misa, fuimos a sacarnos fotos a un estudio fotográfico, mi madre, mi padre y yo, de las que sólo se conserva una pequeñita en mi casa, y por lo que dejaron la casa llena de gente no sé al cargo de quien, supongo que de mis abuelos. La fiesta duró hasta el día siguiente, y por la mañana, mi madre hizo chocolate con churros.

Dun Jose es feísimo, de siempre, pero igualmente, siempre ha sido una buenísima y magnífica persona, y muy delgado.

Recuerdo que en una ocasión me mandó mi abuela a que cogiera los huevos del gallinero de su finca, adonde fui medio tembloroso, y cuando iba a levantar una gallina para cogerlos, vi a una rata del tamaño de un gato introducirse por un agujero que había en el suelo; del pánico que me entró, salí de allí pitando y nunca más entré a éste solo. No le dije a mi abuela que no los había cogido, y no sé qué pensaría ella porque no cumplí la orden que me dio.

Al lado del gallinero había cerdos, los que sí que eran peligrosos. Era la primera vez que veía unos, y me parecieron muy violentos; no me podía hacer a la idea de que de ellos se pudiera sacar comidas tan exquisitas.

En la casa, en el patio, había una piscina pequeñísima, pero que ya no se usaba para bañarse.

Un par de veces descarocé millo, con una rudimentaria máquina para ello, y en todas las ocasiones que lo hice, me dio un ataque de asma, pues el polvillo que se suspende en el ambiente al realizar dicha maniobra, es fatal para los asmáticos; aparte de eso, había que dar a una manivela fuertemente, lo que para un niño de esas edades poco acostumbrado al esfuerzo físico, por no tener amigos del barrio con los que jugar a diario, hacían que el trabajo se me hiciera insoportable.

Era típico en mí (al no tener por el barrio amigos con los que pudiera salir todos los días), el estar leyendo continuamente; sí, era con lo que más disfrutaba en este mundo, con mis tebeos, cómic,

cuentos y novelas. Llegaba a tal punto mi afición, que me iba a la mesa con ellos, me sentaba al lado de mi padre con ellos y me ponía a leerlos mientras comía, ya que en la casa, siempre que estaban mi madre y mi padre juntos, había pleitos y disputas.

No solía acompañar a mis padres a sus visitas, como hacen hoy día los padres, sino que me quedaba en mi casa leyendo; esto llegaba a tal punto, que mi madre me decía que parecía un mueble, que donde me ponían, allí me quedaba. Y así era.

En cuanto a las clases, recuerdo que entre Marcelino y yo nos repartíamos las buenas notas, sobre todo en Geografía e Historia, en la cual la señorita que nos daba clases, nos sacaba casi a él y a mí solos a decir la lección, con la salvedad de que Marcelino en más de una ocasión contó la película que había visto por la tele el día de antes, y la señorita no dijo nada, es más, nosotros estábamos casi seguros de que no hacía el más mínimo caso de lo que recitábamos.

Otro profesor importante fue D. Juan Bonino, pero éste me dio clase sólo en octavo de EGB. Sabía química cosa mala, y tenía un carisma como el de mi padre, hasta el punto de que me preguntaba qué hacía una persona de esas allí, con unos mocosos, en lugar de estar intentando resolver el mundo. Me enseñó toda la química que años después debería aplicar a muchos problemas. Una característica de él, era que los viernes nos leía algún artículo de alguna revista científica, de los que sólo recuerdo que uno versaba sobre ufología. Solía ir siempre igual vestido, con una rebeca roja, una camisa de cuadros clara, y unos pantalones de pinzas azules. Llevaba

una perilla que lo caracterizaba y diferenciaba del resto de los profesores.

Recuerdo en especial a la de Inglés, que en una de sus salidas de tono, hizo que su camisa se desabotonara, y se le quedara al descubierto el generoso sujetador que sujetaba a un no menos generoso pecho. Yo no lo vi, sino que intuí lo que iba a ocurrir, pero como había que ir a clase de gimnasia, preferí ir nada más acabar la clase de inglés a cambiarme al vestuario; los otros compañeros que se quedaron más tiempo en clase sí vieron el espectáculo, lo que ese día fue sonadísimo.

Odiaba las clases de gimnasia, ya que por esa fecha ya fumaba, y por tanto se me hacía pesadísimo correr y hacer deporte; si podía me escaqueaba, aunque no era de los que llevaban certificados médicos, o notas de los padres para no hacerla.

Hicimos una fiesta en mi casa sonadísima, en uno de los pisos vacíos de ésta; fueron todos mis amigos del Castilla, que así se llamaba ese colegio nacional, y allí nos divertimos cosa mala, en plan adultos, lo que no quitó para que mi madre se me enfadara porque un amigo de los que me ayudó a organizarla, dijo que me diera prisa en bajar, ya que estaba "sobándose" con una chica, lo que por lo visto a mi madre le sentó mal, aunque el enfado se le pasó pronto. Sí, era un niño mimado…, pero no, no lo era, sino que de vez en cuando me permitían ciertas cosas, como el que hiciera esa fiesta.

EL BUP

CUANDO Dios quiso, o sea, a su tiempo, pasé de octavo de EGB a primero de BUP, lo que fue todo un cambio, ya que pasé de un colegio al instituto.

El cambio no me podía haber sentado peor, hasta el punto de que desde la última mesa de la clase, junto a Segismundo y una joven que tenía toda la pinta de encantarle el sexo, me dije: "Ya estoy cansado de ser un buen chico…", y a partir de ahí empezó mi declive humano. Fumé mucho más, y empecé a beber con gran asiduidad, no sólo cervezas, sino bebidas de las de mayor graduación alcohólica con los amigos del barrio, la mayoría de los cuales tendría graves y grandes problemas con la ley, debido al exceso de drogas, incluida la heroína.

Nunca me he inyectado heroína, ni la he fumado, aunque he pensado hacerlo en alguna ocasión, al ver que era muy común entre los que vivía.

El primer año, lo pasé haciendo el golfo en casi todas las clases, hasta el punto de que una profesora, un cacho de pan, me decía continuamente que ya tenía las cuatro ruedas del coche, en cuanto a

ceros se refería. Así y todo, era un buen estudiante, y no dejaba de aprobar todas las asignaturas, en gran parte porque tenía la disciplina de mi autoritario padre, gracias al cual, bien puedo decir que fui aprobando año por año.

No supe lo que era suficiencia hasta que tuve graves problemas con el Latín.

El primer año sólo nos dejaban fumar en los exámenes, pero de ésos no se escapaba ninguno en que lo dejara de hacer, sin temor a que ello fuera una mancha en mi expediente, pues en aquella época la cosa era más permisiva, y a los jóvenes se les permitían más vicios, muy posiblemente por influjo de la época tan (permítanme usar esta expresión) libertina, en la que se veía bien o no tan mal, el uso y abuso de ciertos tipos de drogas como el alcohol y el tabaco.

La profesora con la que mejor me llevaba, la de los ceros, era la de Lengua, la que un año, cuando estaba haciendo tiempo en las escalinatas del instituto a que llegara alguien con quien hablar, pasó y me dijo que la siguiera. Eso haría, y me llevó a otro instituto de la zona, en el que me vistieron de Papa Noel, donde representé dicho papel con los niños pequeños de los profesores. En esa época estaba tan flaco que muchas chicas del instituto se metieron conmigo diciendo que era un Papa Noel muy flaco. No sabía cómo representar el papel, pero allí estuve todo el tiempo que duró la representación, en el que por primera vez en mi vida, yo era el máximo representante del espectáculo.

Vestía con pantalones vaqueros parcheados, y camisas sin cuello, a la moda barata. Las camisas

a las que le quitaba el cuello eran las de mi tío Joaquín, quien se codeaba con los grandes de España, lo que yo nunca he hecho.

Me hacía el simpático en un afán exagerado de agradar, y es muy posible que por ello mismo cayera mal a la mayoría de la gente. Pensaba que había que hacerse el gracioso, por lo que siempre estaba con una sonrisa en la boca y haciéndome pasar por ello. Eso duró demasiados años.

A pesar de todos los ceros que me ponían en conducta, nunca llevé ninguno en las notas, ni siquiera una mala referencia en ésta, gracias a que Dios es grande, pues si no, no se pueden imaginar el pleito que mi padre me armaría.

Segismundo me decía que su ambición era estar con las cabras del campo, lo que a mí me resultaba inaudito, pues nunca se me pasó por la cabeza dedicarme a cuidar animales. Yo quería ser farmacéutico como mi padre, y luego algo más, al igual que él, aunque ese más no sabía todavía lo que sería, pero sí que sería algo más, aunque pensaba que no mucho más, al ver a mi padre, sin caer en la cuenta de que él era muchísimo más, lo que ocurre que al ser mi padre y verlo todos los días, no caía en la cuenta de que era un alto ejecutivo.

Vivíamos como dije en un chalet, lo que a mí me daba vergüenza decir, pues la mayoría de mis amigos, eran de procedencia tremendamente humilde. Del barrio, con creces, el que mejor vivía era yo, así y todo, nunca supe lo que eran lujos en mí, hasta el punto de que hasta la ropa que usaba, como dije, era de mi tío. Mi padre nos daba quinientas pesetas para los gastos del mes, que era lo que gas-

taban mucho de mis humildes amigos en un fin de semana; no sé si sacaban el dinero del hurto, o sus padres se los daban, gastando en ellos casi la inmensa mayoría de sus sueldos. También es verdad que éstos no solían pertenecer a una familia numerosa como la mía, y luego que vivían en casas de protección oficial, aunque muy pequeñas.

Sabía lo que era tener un yate, de mi padre, pero sabía lo que era navegar de lujo, así y todo, nunca llevé a éste a ninguno de mis amigos, no así mis hermanas las mayores, las que sí llevaban a sus amigas.

El primer barco que tuvo era casi un barco de pesca, mandado a construir por él; el segundo era una virguería: un yate de lujo, comprado según dijo en Málaga, de segunda mano, aunque prácticamente nuevo. Éste tenía todos los adelantos técnicos: sonar, radar, y mil y un detalles. Tenía varios camarotes, con dos camas cada uno; por tener tenía hasta caja de seguridad para el patrón del yate. Tenía un camarote para el marinero que ya habrían querido muchos para sí.

Sólo salí de pesca con mi padre para quedarme lejos de la casa, una vez; fuimos a otra isla, y en ese viaje, puedo decir que pescamos lo que nos dio la gana. Al lugar donde fuimos se llamaba comúnmente "El banquete", pues la cosa era echar el nylon y recoger pescados; sí, era algo asombroso.

Estuve todo el día sin comer, hasta el punto de que sólo ingerí un refresco de cola a lo largo de todo él, por lo que cuando llegó la noche y entré a cenar, los olores a caldo de pescado, me revolvieron de tal forma el estómago, que mi padre me tuvo que dar unas pastillas contra el mareo y un somnífero.

A mi lado pescaba un marinero tan avezado en las artes de pesca, que no era raro que cada vez que echaba un lance, sacara dos o tres pescados de más de tres quilos cada uno. Pescábamos a doscientos metros de profundidad, lo que estuve yo calculando muchas veces lo que sería, en distancia de mi casa a una tienda del barrio, cálculos que les he de decir que fueron erróneos, siendo mucho menor la distancia real a la estimada.

La pesca duró sólo un par de días, pero marcaría un hito en mi vida. Ese día me fui sin nada en el estómago a la cama, hasta la mañana siguiente, en que devoré lo poco que me pusieron para comer.

Un día de la Inmaculada Concepción, salí con los amigotes aprovechando que era día festivo, y entre el Lu, mi gran amigo de la infancia del barrio, y yo, compramos una botella de ron puro. Nos la bebimos entre los dos: tres cuartos litros de ron seco cayeron en menos que canta un gallo.

Al poco, todos los demás amigos del barrio me invitaron a fumarme un porro, al que le estaba dando unas catadas, cuando sé que pensé: "¡Qué suave!", y al instante caí al suelo sin conocimiento. Estábamos en un bunker, recuerdo de la guerra española, y allí todos mis buenísimos amigos me dejaron, salvo el Lu, quien borracho y todo, cargó conmigo hasta mi casa tras coger un taxi en una zona muy conocida de la ciudad, en la que estuve un buen rato en el suelo, boca abajo, con las botas vaqueras y el jersey al revés.

Como Dios les dio a entender, me llevaron a mi casa el Lu y Claudio, el otro vecino que ese día no había salido con nosotros, pues él con el alcohol siempre fue más moderado, no así con el sexo.

Me llevaron a mi casa y me metieron entre sábanas. Quiso el buen Dios que mi padre no se mosqueara por no haber ido a verlo cuando llegó, sino que se tragó la bola que le metió mi madre de que estaba muy cansado.

Al día siguiente aseguré a mi madre que no volvería a beber nunca más, promesa que incumplí al poco, al muy poquito. Era un caso sin remedio.

Bebía y bebía alocadamente hasta perder el conocimiento, con tal intensidad que me estaba alcoholizando y matando sin darme cuenta, y todo porque lo veía una cosa de lo más natural, al ver todo lo que en mi familia se bebía, empezando por mi buen padre, quien compraba el güisqui por cajas, al igual que las cervezas. Como les dije, mi padre, a pesar de lo que bebía era un genio en sus negocios, mientras que yo, por todo lo que bebía empezaba a bajar mi rendimiento intelectual.

Al principio de curso, hubo una serie de huelgas, y se hizo la cosa tan común, que por costumbre los viernes ya no íbamos a clase, hasta que me mandaron una nota a mi casa avisando a mi padre de ello, quien me dijo: "El que coge al diablo por los cuernos, al infierno a quejarse".

Y no volví a faltar más viernes.

Una de las primeras faltas fue una huelga muy sonada, hasta el punto de que entró la policía en el instituto, cargando contra los estudiantes. Al final tuve protección policial para salir del instituto; sí, los mismos que hacía poco habían cargado contra mis compañeros, después nos escoltaron para que saliéramos sin problemas del recinto.

Salió la noticia en los periódicos, como notición a escala nacional.

La tarde la pasamos comentando con los amigos la noticia de la mañana.

Tenía un amigo un tanto raro: Salvador, quien con el tiempo me dejaría que llevara a mis novias a su casa; mientras yo me magreaba con ellas, él se metía en su cuarto a oír música. Está claro que era un ser de lo más raro. Su hermano, mucho más pequeño que él, sólo hablaba de sexo y más sexo, como que lo practicaba mucho, lo que a mí me sorprendía enormemente, a la vez que me preguntaba que quién se iría con ese sujeto escuálido y poco agraciado a la cama.

En el instituto había dos gemelos feísimos que alardeaban de hacer unas orgías de órdago. A pesar de que me invitaron a esas fiestas, nunca fui a ninguna, pues no me causaban ninguna buena impresión el cuerpo de los gemelos, por lo que suponía que las chicas que irían serían horribles.

Verán que iba de mal en peor, todo eran drogas y sexo en mi vida, y de vez en cuando un poco de estudio, lo justo para salir del paso.

Así y todo, me gustaba leer novelas en mi casa, hasta el punto de que tiempo que estaba en mi hogar, tiempo que solía estar leyendo.

Ya no iba a misa, ni a la finca de mi abuela, pues ya era un ser adulto que va solo de copas con sus amigotes.

Como verán peor no se puede empezar el instituto, así y todo, aprobé siempre todo en junio, lo que por lo visto era suficiente para mi padre, quien hacía oídos sordos a cómo iba su hijo, lo mal que se estaba encaminando.

En segundo, empecé con mal pie hasta el punto de que en una evaluación, creo que la segunda, suspendí todo salvo la Gimnasia y la Religión. Como resultado de ese caos, mi padre me penó, y me obligó a que dejara mis antiguas amistades, quienes eran los mayores drogadictos del barrio; también tuve que levantarme a la misma hora que él se levantaba y ponerme a estudiar. La siguiente evaluación la llevé toda con notables y sobresalientes. Sí volvía a ser yo.

Hasta entonces, con mis amigos y con los mayores matados de la ciudad, siendo el que más prestigio tenía: marinero, iba a las discotecas peor consideradas de la ciudad.

Empecé de compromiso, vamos, por salir, a salir con una chica que no me gustaba lo más mínimo, lo que pasa es que me daba la paliza muchísimo para que saliera con ella, encima fumaba tanto, que cuando bailábamos me dejaba un cerco de nicotina en la camisa, a la altura de la tetilla, pues por ahí me llegaba ella, ya que yo soy muy alto.

Cuando dejé a mis antiguos amigos, también dejé a Tere, que así se llamaba dicha chica: por fortuna.

Se imponía buscar amigos nuevos, lo que intenté hacer con gusto, ya que cuando les dije a los viejos amigos que los debía dejar pues mi padre me obligaba a ello, éstos se echaron a reír, supongo que porque no sabían lo que era la disciplina y autoridad de mi padre.

Mi indumentaria no podía ser peor y la llevaría igual por muchos años (demasiados), sin darme cuenta de que dicha pinta me contrarrestaba puntos en mis notas.

Acabé el año mejor que el anterior, aunque no con todo sobresaliente y notable, ya que al aprobar, la siguiente evaluación bajé el rendimiento al quitarme mi padre el castigo; así y todo, las notas no eran malas.

Como les comenté, lo que me traía por la calle de la amargura era el Latín, cuyo profesor la cogió conmigo y me llevó hasta suficiencia, donde la aprobé. Fue la primera y única asignatura que llevé a suficiencia, y todo porque no le hacía la pelota al susodicho profesor, quien he de dejar claro que era un estúpido, ignorante y analfabeto, que se las daba de todo lo contrario. Pobre hombre.

Solía ir los fines de semana con mi padre a su barco, a pasearlo, y de paso me enseñaba él a manejarlo y a ponerlo en marcha, ya que se estaba gestando el cambio de gobierno de la dictadura a no se sabía qué, y como mi padre era uno de los cabecillas de la isla, si a él le pasaba algo, que caso de guerra seguro que le pasaría de los primeros, para que yo cogiera a la familia y escapara con ella en él. Nada de esto me decía mi padre, sino que el que esto les cuenta lo intuiría con el paso de los años.

En verano me ponía a trabajar en la farmacia, ganando lo que gana un mancebo, o sea unas diez mil al mes, por hacer todo el trabajo que los demás no querían hacer, y despachar al público. Recuerdo que en una ocasión me molesté con mi padre porque no dejó que una chica se llevara una bolsa de medicamentos con la cosa de pagarlos después: "Es tan desconfiado que no se fía de nadie; esto es lo que hace el dinero…", me repetía yo, y lo cierto es que al final tuvo razón mi padre, pues la joven no vino

más, con lo que está claro que la compra que iba a hacer pensaba robarla. Me di cuenta ese día que me cogían a mí como el pardillo que era.

Recuerdo que en esa farmacia empecé a sudar por primera vez en mi vida con profusión por las axilas, lo que achacaba a la tensión con la que se trabajaba en la farmacia de mi padre, lo que me prometí que se lo haría pagar. Boberías de adolescente que se quiere comer el mundo y que cree saber cómo se hace todo.

En una ocasión, mi padre entró gritando porque no encontraba unos vales. La fortuna quiso que al yo abrir una gaveta salieran un montón de éstos fuera, los que saqué a mi vez gritando encima de la mesa:

—Si sabías dónde estaban, ¿por qué no lo dijiste…? —dijo consternado.

—¡No sabía dónde estaban, lo que no hago es ponerme a gritar sin ni siquiera haberlos buscado…! —repliqué gritándole.

Y no recogí todo lo que había en el suelo, es más, pasaba encima de los papeles que había tirado mi padre, sabiendo que los estaba estropeando todos, pero también con la certeza de que por mi parte no iba a coger ninguno del suelo; si él los quería coger, que los cogiera, pero sí tenía yo claro que yo no iba a recogerlos.

En otra ocasión me dejó mi padre al cargo de la farmacia, incluido el que la cerrara yo toda. La responsabilidad, por ese supuesto viaje de negocios suyo, no me dejó tranquilo en todo el día, y estuve ansioso desde el principio de la jornada hasta el final. Lo que ahora pienso es que mi padre esta-

ba por allí mismo, lo que pasa es que me puso a prueba.

A prueba también me ponía con su yate, ya que estaba a mi lado hasta que salíamos del muelle, y luego se iba él al camarote y me dejaba a mí al pie del cañón. Sí, me educaba para lo peor. Cuando alguna vez iban mi madre y mis hermanos al barco, también me dejaba a mí solo al mando, para que se acostumbraran a seguirme.

Sin embargo, los domingos, cuando iban otros matrimonios amigos, mi padre me ignoraba por completo, y no me dejaba nunca los mandos, sino que me obligaba a ir a la proa, junto con los demás jóvenes, como uno más, y como si mi padre no me educara a sacar a la familia del peligro.

De los varones era yo el mayor, y sobre mí recaía la responsabilidad de salvar a la familia en caso de conflicto bélico. Me avergüenzo de no percatarme de ello en aquellos días, sino estar ignorante de por qué mi padre actuaba como actuaba, y encima yo me creía inteligentísimo, y ni tan siquiera sabía que había problemas con la sucesión de Franco.

El año se acabó, y por suerte, no abusaba ya tanto de las drogas, aunque con las nuevas amistades que tenía, sobre todo: amigos del instituto, el que más abusaba de ellas era yo, siendo que antes, con los otros, el que menos abusaba era un servidor.

Fui el golfo de entre los trabajadores, de entre los empollones, durante demasiados años, hasta que el Señor me acogió para sí. Gracias Dios mío.

Ese año acabó más o menos bien.

En tercero casi no suspendía más que una por evaluación, que bien podía ser Filosofía, o Mate-

máticas, y eso que la Filosofía fue siempre un saber que me gustó mucho, pues mi hermana Maru la estudiaba, al igual que mi cuñado Pepe, su esposo.

A ellos iría a verlos a La Laguna, pequeña ciudad donde estudiaban. Iba con mi padre bien en su barco, bien en avión, bien en el ferry. Sí, fuimos varias veces, como recompensa por mis buenas notas.

Mi cuñado era comunista militante, y siendo mi padre de extrema derecha, tenían entre los dos grandes altercados.

Mi padre, mis ideas de izquierda, se las achacaba a mi cuñado.

Me hizo sacarme el pasaporte con la idea de que fuera a Cuba y a Rusia a trabajar la tierra, y si todavía seguía siendo comunista, que fuera a China a trabajarla allí.

A mí, estas ideas de grandes viajes, aunque fuera a trabajar la tierra me atraían enormemente, aunque al final no fui a ninguno de los sitios; es más, ni siquiera salí de las islas.

Pepe estaba fichado por la policía, y es posible que no le hicieran más de lo que le hacían por estar casado con mi hermana, pues la policía en esa época era sumamente estricta.

Yo estaba en Tenerife junto a él cuando legalizaron el partido comunista, ocasión que recuerdo cómo sacó la cabeza de la taquilla del cine donde trabajaba, y a grito pelado dijo: "¡Soy comunista, soy comunista!".

Así una y otra vez.

A la llegada a su casa, lo celebró con unos amigos también comunistas. Pienso, y no creo equivocarme, que por aquella época, todo estudiante que

se preciara de serlo, debía ser ante todo, comunista, o como mínimo socialista. Yo lo era, vamos, que era socialista, claro, que viviendo bien, y protegidito en mi casa con mis papis.

En tercero empezaba a ser amigo de Miguelo, Manolito, y Tomi, aunque ellos iban de señores, y yo de matado que tenía que pedir dinero en los recreos para poder comer algo, pues lo que mi madre me daba, apenas me alcanzaba para la guagua y los cigarros, de los que ya abusaba.

Nunca estuve en el instituto entre los primeros bancos de la clase, sino más bien tirando a los últimos.

Había dos hermanas gemelas que se apellidaban Pelarda, pero que no sé por qué, a mí me daba la cosa de llamarlas las Pelagra, como las seguiría llamando toda su vida, hasta ahora, que debo hacer esfuerzos para que no se me escape el mote cuando las veo.

Estas chicas siempre se sentaban en primera fila, eran muy calladitas, y muy modositas; no se parecían en nada a mí, y sin embargo me esperaban a que saliera de la guagua para bajar juntos a nuestro barrio común. Ellas también pertenecían a la clase social alta, aunque menos, y sin embargo parecía todo lo contrario, que yo era hijo de un proletario, y ellas hijas de los marqueses.

No, mi familia no tenía títulos nobiliarios, y sólo tenían fama en la isla, donde unos cuantos de la familia seguían tirando hacia arriba de duro.

Seguía fumando drogas y bebiendo alcohol de vez en cuando, aunque ahora sí me comparaba con los viejos amigos y me consideraba un afortunado, al verlos a ellos cayéndose por las calles, efecto del abuso de las drogas.

Una vez hasta fueron detenido varios por falsificar y robar recetas de la Seguridad Social. Al genio de la operación, lo metieron en la cárcel, y fue tal su frustración, que pidió los libros de Ingeniería, que era lo que estaba cursando y la aprobó curso por curso. Víctor, se llama, y ahora está de profesor en un instituto de una isla menor de este archipiélago.

Con Miguelo me iba de borracheras y a fumar porros, aunque él, viendo cómo iba degenerando la cosa, siempre se marchaba a hacer deporte y me dejaba a mí con los más matados drogándome yo con ellos.

Pasé de curso, con nota media de notable, o bien alto, lo que no era mucho, pero menos es nada.

EL COU

ÉSTE fue el *culmen*: a principios de curso organizamos una excursión cultural, a la que fuimos los más mataos de la clase. Íbamos en un coche de uno que parecía bastante mayor. Entre Plata y yo, más yo, nos encargamos de pedir dinero al instituto, al APA, "para el acto cultural", y lo que sacamos lo invertimos en "chocolate". Al final, por si acaso, hice que firmara la entrega del dinero, Plata, quien inocentemente firmó.

Fuimos a comprar el chocolate, y por si acaso dijimos en clase que íbamos a ir a una excursión cultural, por lo que se nos sumó uno, al que le dieron unos mareos de escándalo mientras íbamos en el coche, y gracias al cual no nos caímos por un precipicio para abajo, ya que al marearse hubo que parar el coche, y pudimos ver que estábamos al borde de un barranco, resultado de la inmensa neblina que había.

Esa noche la pasamos en una cueva, donde, a pesar de los pesares, algo dormí. Había nieve por allí, siendo la primera vez en mi vida que la veía, ya que esta es infrecuente en la isla en la que vivo.

También iba Miguelo, en quien no me importaba depositar mi confianza, pues de su capacidad me fiaba.

Como queríamos ir al final del curso de viaje, organizamos una serie de fiestas. De la primera yo fui el encargado de buscar al grupo musical, y contraté a uno de rock, de cuyo vocalista no me fiaba mucho, pues eran las diez de la mañana del día de la actuación nocturna, y estaba él destrozándose la garganta en el instituto, con una guitarra española haciendo alarde de su arte. Allí lo dejé para irme a una excursión, de la que me vine en seguida, por la fiesta, para estar entonado.

La fiesta era de carnavales, y yo estaba en la puerta controlando las entradas. Aquello fue un éxito de gente, hasta el punto de que al final abrimos las puertas para que el gentío pudiera entrar y salir más libremente.

Me fui a fumar un porro con Manolito y con Miguelo, y quiso la mala fortuna que nos viera el director del instituto, quien llamó la atención a Pablo Frade, que era el profesor encargado de organizar junto con los alumnos los festejos y los viajes. De él no me fiaba, y se veía a la leguas que iba de "suave" con los alumnos, para al final enterarse de todo el cotarro.

Sí, el cantante que contraté, estaba medio afónico, aunque así y todo, actuó todo el rato que yo estuve allí (pues me dio un ataque de asma y me tuve que ir), aunque sin casi oírsele nada la voz.

Ese año celebramos la Fuga de San Diego en un bar que había a las afueras de la ciudad, donde los máximos protagonistas éramos los de COU, y don-

de nos reunimos varios jóvenes de varios institutos. Lo pasé fenomenal.

En la "fuga" estaba pletórico, saboreando que éramos los veteranos del instituto, los que al año siguiente nos íbamos a independizar. Bebí como un cosaco, pero no fumé drogas, pues la cosa no iba de eso.

Mis amigos más íntimos, con quienes iba a hacer que estudiaba, eran Manolito y Miguelo; el primero pertenecía a una de las familias más ricas de la isla, y el pobre no era muy capaz, sino que todo lo sacaba a base de muchos profesores particulares y demás. Miguelo tenía a sus padres separados, y él sí que era inteligente, arrastraba a la gente, aunque por esa época era bastante tranquilo. Estudió Ingeniería Agrónoma, mientras que Manolito Veterinaria.

Con el que estaba menos, pero que también veía en el recreo por ir a comer con nosotros era Tomi.

A mitad de curso me fui con Manolito, Miguelo, y otro más, un niño rico mimado de cuyo nombre no me acuerdo, a la isla de Fuerteventura. Nos fuimos por tres días, y estuvimos un par de semanas, sobre todo en la Isla de Lobos, donde no había que pagar por nada, y donde comíamos las lapas que cogíamos en unas bajas que había en una playa.

Lo pasé fenomenal allí, pues era mi primera salida sin familia. Esa isla se caracteriza por sus maravillosas playas, donde casi no se puede ir buscando otra cosa que no sea eso o relacionado con eso, pues es lo más importante de ella.

En Jandía, debido al fuerte viento, se nos rompieron las casetas, por lo que nos tuvimos que re-

fugiar en unos nichos de piedra que hacían los alemanes en la arena.

Los hermanos de Manolito se caracterizaban por organizar unas juergas de aquí te espero con la flor y nata de nuestra isla. Ellos y sus amigos siempre iban de súper y de nivel, por lo que nunca me gustaron sus movidas. Si no me equivoco, uno de los hermanos gemelos está metido hasta el fondo en la droga, hasta el punto de que me da que no terminó sus estudios de Derecho; el otro hizo Empresariales, y ahí va tirando, con el dinero del padre, quien tenía una cadena de pastelerías en las islas. Manolito, a esa edad, llevaba algo en los negocios, y tenía a su nombre una pastelería que al poco se quemó junto con la farmacia que había en el bajo. Cuando estábamos en COU, el padre presentó suspensión de pago, según decía Manolito: por una estrategia de mercados. No sé, pero lo cierto es que esa familia llevaba un ritmo de vida desenfrenado. Manolito tenía, sin ser mayor de edad, un coche para él, y cada vez que salía, sacaba un mínimo de cinco mil pesetas para la noche. Yo tenía mil pesetas para todo el mes, esa era ahora la asignación de mi padre, y de ahí debía comprar las innumerables botas que estropeaba de tanto ir caminando a todos lados. Así y todo, iba tirando, y dentro de lo que cabe era feliz.

Mis hermanos se contagiaron con hepatitis C, por lo que debía cuidar de ellos, a la vez que iba al abogado, pues mi madre estaba separándose de mi padre a sus espaldas. El curso lo llevaba bien.

Al final de curso fue el juicio de separación, en el que me preguntaron:

—Otrosí digo, tu padre ¿bebe?

—Sí, bebe.

Aunque no me faltaron ganas de decir: “Y yo fumo drogas, y me drogo con todo, etc.”. Vamos, que para mí el juicio fue una farsa. Sólo me hicieron dos preguntas, de las que sólo recuerdo la dicha, pero sí recuerdo que las preguntas no eran ninguna virguería, sino de cosas cotidianas que todo el mundo hace.

Así y todo, el juez sentenció que se separaran mis padres, y que nos pasara una manutención durante lo que duraran los estudios de ciento cincuenta mil pesetas por hijo estudiante a cargo de mi madre. No nos pasó ni un céntimo.

Todos los hijos, salvo Jose, por ser el más pequeño, fuimos a declarar en contra de mi padre, lo que debió ser muy duro para él. Tremendamente duro.

Hizo lo posible por dejarnos sin nada, y lo consiguió. Sí, pasé los siguientes años, con hambre y desconsuelos.

Aprobé el curso y me fui a la Selectividad, donde una profesora había dicho que escribiéramos a partir de la línea punteada de los folios que nos habían entregado, y no por encima, y yo, como era un despistado, para no equivocarme, doblé por esa línea el examen. Llevaba un fajo de chuletas resumidas y reducidas, el que saqué y puse en medio de las hojas. La profesora, al ver que yo estaba escribiendo por el borde superior, me dijo:

—No, esto no es así —mientras cogía el examen.

Abrió el examen y vio que estaba en un error, pero también vio algo que le extrañó, por lo que tras poner las hojas en su sitio, las volvió a coger, y sacó

de en medio de las hojas lo que le había extrañado: las chuletas.

Se las llevó a la primera fila, y según me diría tiempo después mi condiscípula: Pilarillo, se las enseñó a Frade cuando éste llegó:

—¡Ah, no, no pasa nada! Bueno, ¿de quiénes son?

Y la profesora señaló para mí, por lo que en represalia a la llamada de atención del director del instituto, fue a avisar al presidente del tribunal, a quien no le quedó más remedio que expulsarme, aunque me dejó bien claro que no me abriría expediente.

—¿Puedo presentarme en septiembre?

—Sí, sí puede.

—Bien, vale, gracias.

Y me fui sin saber cómo decírselo a mi madre, a la que opté por no decirle nada, sino que me fui de viaje a la isla de El Hierro, con la gente de la clase.

Lógicamente me fui con los alumnos que fuimos solos, sin profesor, grupo que la mayoría estudió carrera, mientras que el grupo que fue con Frade, sólo Manolito y otro más cursaron estudios superiores. ¿Por qué? No sé, pero así fue.

En el viaje lo pasamos de escándalo, y yo, que estaba en Las Palmas saliendo con una chica muy mona, en el viaje, por insistencia de otra chica, me puse a salir con esa otra, Conchi, la cual era más bien gordita, y tenía un aliento que no me gustaba lo más mínimo, pero tanto insistió en que saliera con ella, que al final salí.

Había tenido varias novias antes, pero aún no había hecho el amor total con ninguna, con la cosa de hacerlo, ahora, con la que amara de verdad.

A Conchi no la amaba, y sin embargo me acosté varias veces con ella.

El viaje fue un alucine, y casi se me olvidó lo que tenía pendiente, la selectividad.

Mi padre ya no venía a mi casa a dormir, ni a nada, pero a cambio no teníamos dinero casi ni para comer, aunque yo todavía no era consciente de la mala situación en la que vivía. Para el viaje recurrí a mis tíos, los hermanos de mi padre.

En septiembre, a pesar de fumar droga, estudiaba todos los días unas horas, resultado de lo cual aprobé la selectividad, por lo que ya me podía ir fuera a estudiar la carrera. Me iría a la isla vecina a estudiar Farmacia, a seguir la tradición familiar. Estaba tan harto de la vida de esta isla, que me decía que si esta carrera se llegara a cursar en nuestra isla, yo estudiaría otra cosa, con tal de irme de mi casa.

Aprobé la selectividad y fue el mismo Fadre quien me entregó el boletín de notas, temblando, mientras me daba la enhorabuena. Lo cogí y callado me fui con mi boletín.

Conchi suspendería el curso, y yo, por influjo de ella, embestí contra el director del instituto, tratándolo de facha y de abuso de poder por no dejarle ver el examen. Pues sí, éramos unos pardillos.

Al aprobar, nos fuimos a una playa desierta un grupo de amigos, al sur de la isla, y al final nos quedamos Miguelo, Conchi y yo. Un buen día llamé a mi madre por teléfono, y ésta me dijo que fuera inmediatamente a mi casa, que me debía ir a matricular a La Laguna.

Les dejé dicho a ellos que arreglaría en seguida las cosas y que volvería, pero lo cierto es que no volví, sino que me fui para la otra isla, a arreglar la matrícula y a empezar las clases.

LA CARRERA

PARA vivir en esta nueva etapa de mi vida, tenía asignadas diez mil pesetas mensuales, y no sabía por qué, tenía el presentimiento de que no iba a llegarme para todo.

Empecé a vivir con una persona llamada como mi padre: Pepe Fijoleis, y con otros compañeros más, entre los que me acuerdo especialmente de Marcos: niño rico donde los haya; éste por sufrir un accidente de coche, había cobrado un dinero. Tenía un porsche en Las Palmas, y allí se enamoraría de una joven de las mejores familias de la isla: todo queda en casa.

Marcos empezó a estudiar ese año pero no estudió nada, por lo que suspendió todo, supongo, pues ya no iría más a estudiar a la isla vecina, y en cambio se pondría a trabajar con su papi.

En ese piso estuve sólo un par de días, ya que mi hermana Pine, que también estudiaba allí, me dijo de ir a vivir juntos, pues no teníamos casi dinero. Ella vivía con su novio, el que manejaba menos aún que nosotros.

Ese año, nada más llegar, en la otra casa, conocí a una chica: Águeda, la que nada más verla me causó una magnífica impresión, y por lo visto, yo a ella también, hasta el punto de que organizó una juerga, y luego le dijo a Pepe que me fuera a buscar al piso. Eso hizo, y al poco estaba yo junto a ella pletórico, contándole mi vida. Empezamos a salir ese año.

Al par de días, como dije, me fui con mi hermana, y allí intentaba estudiar la carrera, lo que no podía hacer mucho, pues salía casi todos los días a buscar a mi amada, aparte estaban también mis juergas por mi mala cabeza, y luego, que en ese minúsculo y céntrico piso, como siempre estaba lleno de gente, me era muy difícil concentrarme.

Cuando iban amigos a mi diminuto cuarto, se tumbaban en la cama sin hacer, la que dejaba así aposta, precisamente con la cosa de que se sintieran como en su propia casa. Lo cierto es que así se me ensuciaba mucho más de lo que estaba la ropa de la cama, y encima daba más aspecto de desorden el cuarto, más de lo que de por sí estaba.

Los sábados, solía tener exámenes, por lo que a la salida de éstos, me iba al piso, y allí me tumbaba después de almorzar muy frugalmente (por lo parco) a ver la tele y a leer, pero solía quedarme dormido debido al enorme esfuerzo realizado, pues piensen que Águeda se quedaba casi todas las noches conmigo, luego yo por las mañanas iba a las prácticas de laboratorio, y por las tardes intentaba estudiar algo, o bien, aunque era lo menos frecuente, iba a alguna clase.

Como en todos los cursos, había buenos, y malísimos profesores. La carrera, para mí, fue un suplicio, y ya en el primer parcial, al ver las malas notas, me pude percatar que debía estudiar de duro, que aquello no era como el instituto, que con un poco de estudio salía; no, había que dedicarle muchísimas horas al día si se quería aprobar.

Siempre recordaré cómo a principios del curso, cuando estaba en el primer piso, me empecé a preocupar por lo que creí que era el efecto de deshabituación del cannabis, pues casi no me podía concentrar, así, por más que intentaba aprenderme la formulación de los compuestos químicos, me resultaba totalmente imposible concentrarme. Esto me preocupó enormemente, lo que comuniqué a mi amada, quien nada me dijo. Por suerte eso pasó rápido, y en todo caso, luego no me podría concentrar por los incontables ruidos que había en el diminuto piso barato, del que siempre pensé que estaba construido con los ladrillos más delgados, pues si no, era imposible que se oyeran tantísimos ruidos.

Recuerdo un examen de un profesor de Ginecología que dio un par de clases en la hora de Biología, en cuya espera, como veía que se demoraba, supuse que el muy chorizo nos iba a dar la negra, y por tanto no habría examen, por lo que cuando un condiscípulo me dijo si quería fumarme un porro con él, le dije que sí; fuimos al lado a fumárnoslo, y cuando llegué a clase, cuál no sería mi sorpresa al ver que el profesor llegó, por lo que se hizo el examen. Cuando intentaba leer las complicadísimas preguntas, todo me sonaba a chino, nada lo entendía, de tal forma que cuando llevaba un par de pa-

labras leídas, ya me era imposible recordar las anteriores, y por tanto entender el auténtico significado de las abstrusas preguntas; recuerdo sólo, que lo único que entendía, eran unas pocas palabras como luteinizante o folículo-estimulante, que son hormonas que entran a formar parte en el ciclo menstrual. Con el paso de los cursos, estudiaría cosas también complicadas, pero nunca más me volvió a sonar nada tan extraño, pues nunca más fui "colgado" a ningún otro examen: de muestra un botón.

Estaba profundamente enamorado de Águeda, y la verdad es que no sé cómo podía reunir dinero para ir a tomarnos copas, pues a eso fuimos en un par de ocasiones, en una de cuyas amanecidas fuimos a casa de un amigo, donde yo me quedé en el salón con una chica, mientras mi novia se iba al cuarto con mi amigo; al poco la chica se quitó la parte de arriba de la camisa, y se quedó con el pecho al aire, por lo que yo, muy azorado, le dije: "Lo siento, no puedo, tengo novia…".

Y salí de allí alocadamente, y pensando que si eso me ocurría a mí, qué no le iba a ocurrir a mi novia, la que estaba encerrada en el cuarto con el que se hacía llamar mi amigo: León, el que para mí era un ídolo, ya que estudiaba y trabajaba desde que estaba en el instituto, poniendo en las fiestas de los pueblos un chiringuito para vender bebidas alcohólicas, y con el que en más de una ocasión quise trabajar, pero él nunca me llamó para ello, sino que llamaba a otro amigo que sí que estaba en realidad necesitado. Yo hasta entonces, no tenía para muchos vicios, pero comía, y así y todo estaba con demasiada frecuencia de juerga y fiestas. Ahora, la cosa cam-

biaba mucho, y eran demasiadas las noches que me iba a la cama añorando un poco más de comida.

Cuando vi a mi novia en la calle, ella muy extrañada me dijo: “Pero qué te pasa, ¡dime!”.

No sé si allí pasó algo o no, pero yo creo que sí, pues de León no me fiaba lo más mínimo.

Decían las buenas lenguas, que León ese año aprobó todo, pero como vio que había mucho que estudiar, optó por irse a Madrid a hacerlo, y perder las becas que disfrutaba, cambiar de carrera, y cuando no estudiara, trabajar de lo que saliera. Tuve noticias de él de que estaba en Londres trabajando de jardinero y de cosillas de esas cuando no estaba estudiando Sociología en Madrid.

La verdad es que me extrañaba mucho que aprobara todas, sabiendo cómo le gustaba beber y salir de marcha al campo con otros amigos. Sí, siempre fue una cabra loca imposible de parar.

Yo empezaba a alejarme de las drogas, gracias a mi amada, con la que pasaba gran parte del tiempo.

Cuando veía lo que tenía que estudiar, me entraba el telele, y me sentaba, aunque como me resultaba todo tan difícil, no lograba concentrarme bien en los apuntes.

El año fue un año de amores, resultado del cual consolidé mi amor con Águeda, pero no aprobé más que dos asignaturas: Biología y Geología.

Al final del curso regresamos a nuestra isla, por supuesto con los estudiantes más pobres, y allí no haría nada de nada. Por desgracia, fui durante muchos años un estúpido absoluto, de tal forma que todas las vacaciones, me dedicaba sólo a ver la tele y a no hacer nada de nada, vamos que no cogía ni

un libro en todo el tiempo, por entender que eso era lo que le gustaba a mi novia; en cambio, sí que bebía mucho alcohol y fumaba mucha droga, y no precisamente por las malas amistades, sino que era yo el que inducía a esos nefastos hábitos a los que me rodeaban.

Ya estaba medio cansado de mi pelo largo y mi ropa de pasota, así y todo, seguiría vestido de esa forma muchos años más.

Como en Las Palmas no estudiaba, a final del verano, me iba a La Laguna, con la idea de estudiar, lo que no siempre lograba.

Ese septiembre no aprobé nada, por lo que la beca que me concedieron, y que me pagaron a final de dicho mes, me la quitaron definitivamente, con lo que me quedé sin beca para otros años.

Águeda cobraba dos becas, aparte de que la madre le mandaba dinero todos los meses, con lo cual siempre manejó muchísimo más dinero que un servidor, quien estuvo cobrando ese primer año, todo él, como les dije, diez mil pesetas, aunque al siguiente, mi madre me subió la asignación a doce mil pesetas al mes, poco, pero ya era bastante más. De esto que ahora hablo, hizo justamente, este 2002, veinte años, con lo que calcularán que era muy poco, casi menos que los hijos de los barrenderos, que son los que creo que menos cobran, así y todo, no se me ocurrió ponerme a trabajar, pues no era lo normal entre los estudiantes con los que me movía, aparte de que tenía miedo de que si me ponía a hacerlo, dejara de lado los estudios, los que para mí siempre han sido más importantes que el trabajo. Por lo que veo, una inmensa mayoría no piensa igual: paciencia.

Al año siguiente me iría con Águeda y unos amigos suyos a vivir a una casa grande, a las afueras de la ciudad universitaria.

Si digo que la casa era grande es porque era eso, y aunque podría parecer una buena casa terrera, no lo era, sino que por dentro aquello estaba todavía sin terminar. La casa la había construido el dueño junto con sus amigos, yo creo que después de varias copas, pues es la única manera de explicarse por qué estaban los techos torcidos, hasta el punto, de que la habitación que nos tocó a mi amada y a mí, que era enorme (demasiado grande, pues en realidad era una entrada y no una habitación), hacía zigzag por todo él. Los papeles con que estaba decorada, se estaban cayendo, por lo que optamos por quitarlos y pintar todo el cuarto de blanco, salvo la mitad inferior, la cual estaba ya pintada de marrón brillante.

Ahí pasaríamos ese año de nuestro reciente amor.

Cuando en el sorteo nos tocó dicho cuarto, nos entró un bajón absoluto, pues con creces era el peor de la casa. A Ramón y Candelaria, la prima de Águeda, la otra pareja de nuestro hogar, les tocó una habitación más pequeña y toda recién pintada de blanco, en la que entraba con frecuencia el sol. A la nuestra nunca entraba San Lorenzo, por lo que de continuo hacía frío y había humedad.

A Meli le tocó una buena habitación, aunque la puerta que daba a la azotea era de conglomerado y cerraba mal, con lo que el pobre joven estaba siempre aterido de frío.

Luci tenía el segundo mejor cuarto, en el mismo piso que el de la otra pareja: el segundo. El de Meli

estaba en el tercero. Deducirán que la casa era enorme, y lo cierto es que yo, toda la vida, la preferiría más chica pero mejor construida y no tan húmeda.

En el segundo piso, en el pasillo, había una mesa hecha por el dueño, muy frágil, para estudiar todos, aunque prácticamente el único que allí estudiaría sería un servidor.

Desde el principio se vio claramente que en aquella casa el único que estudiaba era Fijoleis, pues ni Meli, que intentaba hacer Derecho, se sentaba nunca a hacerlo. Así y todo, yo pasé los primeros días pintando el cuarto y construyendo un armazón a modo de ropero, pues no teníamos ninguno, y aunque nuestra ropa era casi nula, algo de ella tenía mi amor. Yo tenía dos o tres camisetas, unos vaqueros, un par de calzoncillos y dos o tres pares de calcetines, y para protegerme del frío, una chamarrilla muy delgada, tal que ir con ella era casi igual que no llevar nada, por lo que usaría mucha ropa de mi novia, pues ella usaba mucha de muchacho, ya que ella también era medio pasotas vistiendo, pero luego, yo me revelaría como un devorador de apuntes, que estaría todos los días ante ellos.

Tenía que aprobar muchas asignaturas, las que no había aprobado el curso anterior, y las de ese curso, lo que unido a la lejanía con otras casas de amigos y vecinos, fue por lo que casi no salía, lo que ni para asistir a clase solía hacer, sino que pedía los apuntes, y éstos me los empapaba toditos, y no sólo las preguntas de los exámenes de otros años, los que nunca se me ocurrió fotocopiar, ni nadie me dijo nunca de hacerlo, y eso que prácticamente la totalidad de mi carrera la hice por fotocopias.

Al no saber de qué iban los exámenes, me veía con unos mastodontes de folios, que muchas veces hacían que se me cayera el alma al suelo, pero ver a mi novia a mi lado, y querer salir de las malas condiciones en las que vivía, para poderle ofrecer un dúplex en el que vivir, y buena comida que comer la mayor parte de los días, era lo que me movía a estudiar con tanto tesón.

Mis compañeros de casa, se pasaban el día entero tomando café en la cocina, sitio al que yo sólo iba a comer las frugales comidas que hacíamos. No estudiaban más que unas pocas horas a la semana, así y todo, ellos sacaban matrículas y sobresalientes, y yo luchaba por un aprobado raso. Ramón y Candelaria estudiaban segundo de Pedagogía, y Lucía Biología, quinto. Meli, aunque debía estudiar, se alcoholizaba con lo que encontrara, incluyendo el alcohol etílico comprado en las farmacias, alegando que hacía mucho frío, sobre lo que yo pensaba si mejor no sería un vasito de leche calientita. Dejó la carrera ese segundo año, ni siquiera estuvo todo el curso allí, sino que se marchó alegando que se sentía muy solo.

Los cinco se conocían de vivir en la misma zona en nuestra isla de origen; por lo visto, en esa zona es típico que se conozcan todos los jóvenes, pues por donde yo vivía, eso no ocurría; vamos, ocurrió, pero mi padre disolvió esas amistades. De todas formas, yo sí seguía conservando un amigo: el Lu, quien será mi amigo de por vida, a pesar de las distancias que ahora nos separan.

Allí comí por primera vez moros y cristianos hechos por Lucía, de los que he de confesar que nun-

ca más los he probado semejantes. Estaban exquisitos. Empezaba allí a comer lo que se llama comida para la tropa, la que la verdad, a mí me encantaba. Aunque no lo quería reconocer, siempre había sido un privilegiado en cuanto a dinero, del que ya saben que yo nunca dispuse, pero nunca me había ido a la cama con el estómago vacío, lo que ahora sí que hacía y a mi parecer con demasiada frecuencia.

Estaba enamorado de mi novia, por lo que todas las penurias las soportaba con calma. De todas maneras, al ser demasiadas responsabilidades para el joven casi imberbe que era, no podía resistir la tentación de emborracharme algunas salidas de exámenes, con vino avinagrado a veinte duros la botella. A veces incluso con ron.

Antes de las Navidades, no recuerdo si aprobé o suspendí alguno de los exámenes hechos, lo que sí puedo decir es que de seguro algunos hicimos, pues desde el primer mes, empezábamos a examinarnos cada dos semanas uno.

Yo fotocopiaba los apuntes de la chica que mejor iba en mi promoción: Mavi, a la que le debo infinidad de favores, pues casi toda la carrera la estudié por sus apuntes. Como comentario les he de contar que ni una vez se olvidó traérmelos al día siguiente de yo pedírselos, los que serían prácticamente los únicos días que yo iría a clase, mientras que ella y Diego (el otro número uno) irían casi todos los días.

De esa casa también fue muy importante para mí, no sólo mi conocimiento de la pobreza, sino el que en ella había ratones, y donde más abundaban era en nuestro piso. No habían demasiados, pero sí algunos, suficientes para que unos chicos de as-

falto se desmoralizaran por completo, pero es precisamente esos sinsabores los que ahora le dan un aire pintoresco a mi vida.

Nuestro cuarto no tenía puerta, salvo la puerta que daba a la calle y que nunca se abría; vamos, que por el dintel que entrábamos y salíamos del mismo, no había puerta, y cuando el dueño la puso, la más barata del mercado, fue todo un respiro, pues ya no sería tan fácil que entraran los ratones, o las posibles ratas. La gente decía que eran ratones de campo, aunque yo no las tenía todas conmigo.

Un día que salí con uno al que casi no conocía y con el que me emborraché, me metí en el bar del barrio, donde había una boda en la que entramos a comer y beber, por lo que el dueño de éste, me sacó de allí cogido por los pelos (seguía aún usando melena). Me extrañó que mi presencia no fuera bien vista, cuando siempre lo había sido. Sí, ahora era pobre, y donde me metiera no importaba el nombre y apellido de mi padre, sino que yo era un pobre diablo que si no pagaba, era expulsado de todos los sitios, como así hacían todos.

Por esa zona fue donde conocí la bodega de vinos avinagrados que vendía cada botella a unas noventa y cinco pesetas, sitio que sería dónde más alcohol compraría durante la carrera, y donde único estaría yo conforme con el precio de la bebida, en parte porque ya sabía cuánto costaba, pues si no, es posible que eso también me resultara caro.

No teníamos para comer, pero nunca nos faltó para cigarros. Águeda se hacía la pobre, pero comparada conmigo era multimillonaria, hasta el punto de que si íbamos a algún sitio a gastar, era ella

siempre la que pagaba. Esto me humillaba algo, pero todo fuera por estudiar esa maldita carrera. No me mentalizaba de que en mi casa la situación era crítica, por lo que cuando llegaba de vacaciones, con frecuencia pedía a mi madre unas trescientas o doscientas pesetas, para salir a beber cervezas con mi amada, quien siempre tenía dinero para eso y para más.

Ese año en común, tuvimos nuestros roces por el dinero, pues ella consumía muchas chocolatinas del dinero común, y yo no gastaba nada en golosinas, pues nada tenía, a pesar de írseme los ojos por las suculentas palmeras de chocolate que vendían en los minúsculos quioscos que había en medio de las aceras. Por supuesto, jamás se me ocurrió entrar donde vendían zumos, ni a dulcerías, ni siquiera a panaderías con dulces, pues todo eso tenía precios prohibitivos para mí.

Antes de Navidad hice algunos exámenes, pero ninguno final, por lo que cuando me fui a Las Palmas, seguía siendo un estudiante de primero, con sólo dos asignaturas aprobadas: Geología y Biología, la primera dada por un ejecutivo al que hicieron catedrático, y la segunda por una biólogo que no daba mucho más de sí.

En mi tierra, seguiría igual, no haría nada de nada, a no ser ver la tele, y beber cervezas con Águeda. Intentaba cuando llegaba hacer algo de la casa, bien barnizar las maderas externas, o bien pintar la verja, pero cuando en una ocasión, con la última, se me clavó una viruta de metal al pulirla, desde ese momento, se acabaron para mí los experimentos con la verja.

Aunque no lo quería reconocer, ya era más oficinista que artesano, lo que no quise aceptar durante muchos años.

Seguía saliendo los fines de año, aunque la verdad es que de continuo me aburría, y encima debía estar horas y horas con quien estuviera, pues no había medios de transporte, y para colmo, generalmente nos íbamos lejos con los amigos.

Solíamos salir con Miguelo y Ana (Pelagra), que era la novia del primero. Al año siguiente también saldríamos con Tomi y Herse, dos jóvenes que se conocieron en el instituto, y que en la isla del Hierro empezaron a salir juntos, y así hasta la fecha de hoy, en que ya están casados y tienen un hijo como mínimo.

Esos dos varones serían mis amigos durante una barbaridad de años, los inseparables, mis dos mejores amigos durante muchos años, hasta que el destino nos fue separando.

Por esa época, bien se podía decir que no creía casi en Dios, sino que confiaba prácticamente sólo en mí, a cuyo respecto he de decir que ningún plan de los trazados por mí se cumplió.

Después de vacaciones, volvimos a nuestro nidito de amor, donde estudié como nunca antes había hecho, motivo por el que aprobé la Química General que llevaba arrastrando, y el primer parcial de Botánica, que era el puro más grande de los tres primeros años; esto era hasta tal punto, que de los aproximadamente quinientos que nos presentamos, aprobamos sólo unos cinco y yo fui el segundo o tercero que más nota sacó: notable, lo que se debió a que me vi desbordado por el examen, pues la gente

se había dejado un mes para estudiarlo, y yo sólo tenía quince días, debido al febrero en el que me presenté también a Física General de primero, aunque no la aprobé. Cuando vi el mogollón de folios que debía estudiar, me entró un bajón total, hasta el punto de que se me salieron las lágrimas. En esto estaba cuando se me ocurrió preguntarle a uno que estudiaba Biología que solía ir por la casa, pues estaba enamorando a Luci, y del que se decía que era muy buen estudiante, aunque sólo con las asignaturas que le gustaban, pues con las otras era pésimo, léase, que las fáciles las aprobaba, pero en las que había que hincar los codos, en esas no había nada que hacer. Me dijo una serie de familias que eran importantes saberse del mogollón que eran. Así y todo, seguían siendo muchísimas a estudiar, pero con un poco de suerte, y a buen ritmo, me daría tiempo de estudiarlas, y parece que el Señor me acompañó, pues aprobé como dije con un notable. Fue mi primera buena nota (y casi única).

Cuando salí del examen, salí tan contento, que empecé a echarme las copas con Meli y Ramón. Con el último iría a sacar unas fotos al borde de la pista del cercano aeropuerto, lo que fue impresionante. Mi acompañante, cuando vio acercarse el avión, el que pasó tan cerca que se veía la silueta de los ocupantes, salió corriendo y me dejó allí a mí solo, de espaldas y con la cámara en la mano, intentando sacarle una foto al monstruo volador. Según vería en la cámara, el avión pasó a menos de diez metros por encima de mí.

Ésa fue otra gran experiencia.

Había quedado con Águeda en que la iría a buscar por clase, para ir a los carnavales, a Santa Cruz.

Cuando entré al recinto universitario antiguo, me puse a llamar a gritos a mi amada, hasta el punto de que se enteró media universidad de ello, por lo que se enfadó muchísimo conmigo. Ya estaba harto de alcohol, pero como siempre, seguiría bebiendo sin pensar en que si seguía así, terminaría sin conocimiento, lo que me ocurrió en casa de Tomi, donde fuimos después de pasar por casa de mi hermana. Allí en casa de este joven, seguí bebiendo hasta perder todo el control, por lo que caería al suelo sin conocimiento. Águeda y Ramón me llevarían después a nuestra alejada casa, por lo que ellos tampoco bajarían a dichos festejos, muy famosos en Santa Cruz, en Tenerife.

Al día siguiente me levantaría con parestesias, acorchado y resacado, con sentimiento de culpabilidad, y sin estar ya satisfecho de mi brillante examen.

Los buenos resultados obtenidos con este método, no me servirían de mucho, pues nunca más volví a mirar los exámenes de años anteriores para hacer los exámenes a los que me presentaba, y como no iba nunca por clase, mas que a pedir los apuntes a Mavi, no sabía que mi método era nefasto, y que ése era el único motivo para no estar entre los tres primeros; puestos entre los que estaría, si contamos el enorme número de horas que estudiaba todos los días. Sí, me amargaba considerándome un ignorantón, sin pensar que lo único que me hacía falta era hacer lo que hacían todos los demás estudiantes: estudiarse las preguntas de los exámenes, lo cual llegó a tal punto que no me extra-

ñaría si dijera que la mayoría de los estudiantes estudiaban esas sólo. Así y todo, sólo aprobaban unos cinco o seis por examen, por lo que tampoco yo iba tan mal. Estaría entre los quince primeros de mi promoción, durante casi todo el tiempo, hasta quinto.

Ese febrero pasó pronto, y ya luego no sería capaz de aprobar casi más nada, pues empecé a salir bastante más, tanto con Águeda como con Tomi, quien también estudiaba Farmacia, y con alguna gente de clase; así y todo, seguía estudiando bastante, pero como no miraba ningún examen, cuando hacía éstos, me sonaban totalmente a nuevo, por lo que suspendía casi siempre la primera convocatoria.

La Botánica la cogía como una *María*, y eso que era la más difícil con creces. Hice un buen herbario, cuyas hojas a imprenta, me costaron un riñón; seguro que algún estudiante se hizo el agosto con sus compañeros, entre ellos yo, y nos cobró a precio de oro dichas hojas, que no eran más que unas hojas blancas de cartulina con un recuadro en el vértice inferior derecho, con líneas, para poner el nombre de la planta y las características de recolección de ésta.

Después también estaban las bolsas plásticas dentro de las que iban las plantas desecadas en una prensa manual que me hice con dos puertas viejas y pesadas que el dueño de nuestra casa no pudo utilizar en nuestras habitaciones por ser muy estrechas.

Ese curso, aprobé unas pocas, pero de nada me sirvió a ojos de secretaría, pues al no haber aprobado más de primero, el año siguiente debería apare-

cer como matriculado de éste. Lástima, pero eso, en principio, no me preocupaba, es más, el único que sabía eso era yo, pues para que constara en el menor número de sitios, fue por lo que ni siquiera el carné de estudiante lo renové.

Estuve tomando tan sólo medio café al día los siguientes tres años, con la cosa de que me excitaban y ponían nervioso. Sí tomaba generalmente un té cuando me ponía a estudiar por las tardes, pero en una ocasión leí en los apuntes de Botánica que el té tenía más cafeína que el café, pero que se usaba menos cantidad para hacer el té que para el café, pero eso ya fue suficiente para dudar de las bondades de dicha bebida, a pesar de lo cual lo prefería al café. Más adelante, a cada examen que iría, me tomaría un té y una manzanilla juntos: el primero para despejarme, ya que éstos eran por las mañanas, y el segundo para relajarme. A los familiares que les decía qué mezcla hacía, les parecía un disparate, y sin embargo a mí me resultaba de lo más científica.

Tres años después dejaría de tomar té con frecuencia, y lo sustituiría por muchísimo café.

En esa casa, cada vez que me levantaba, cuando me iba a poner los pantalones vaqueros, era un auténtico suplicio, ya que por el enorme frío y la humedad reinantes, los pantalones se quedaban tiesos y casi congelados, por lo que los debía poner debajo de mi trasero para calentarlos. Esto se lo comunicaba a mi madre, y a ella le hacían estas cosas mucha gracia, pues en nuestra isla, no hacía ni una décima parte del frío que había en la de Tenerife.

En cierta ocasión en ese año, llegué a pensar si padecía de teísmo, pues estaba exasperado de continuo y con taquicardia, aunque bien pudiera ser que eso se debiera a que allí, el único que estudiaba era un servidor, y encima los demás se llevaban la fama y las matrículas.

La casa era bastante lejos, por lo que las pocas veces que uno bajaba a La Laguna, intentaba hacer dedo a los poquísimos coches que por allí pasaban, los que eran mayoritariamente camiones, con lo cual pude apreciar lo que es sentirse potente en la carretera; cada vez que me subía en un camión de esos, me decía: "¿Quién me lo iba a decir a mí, a uno que tenía un padre de los más ricos de la isla, haciendo dedo, y al sector más pobre de la carretera?". Eso pensaba y eso les plasmo, pero lo cierto es que no era tan cierto, pues en mi isla, de siempre hice dedo, ya que nunca tuve demasiado dinero para transportes, ni amigos con coche, pues los ricos no abundaban, y los pocos que habían no se querían juntar conmigo. Hoy, indudablemente el nivel de vida ha subido infinitamente más, y no es difícil encontrar a muchos estudiantes con coche, incluso propio.

En esa casa, usaba unas zapatillas tan desgastadas, las que para colmo eran sin suela, que hacían que pasara un frío mortal con ellas, tal que muchas veces me veía arriba, en la mesa común, yo solo, aterido y temblando por el frío, pero no se me ocurría coger mi manta de la cama, pensando que así estaba más estimulado, y que por tanto me sería mucho más fácil estudiar.

Un par de veces iríamos mi novia y yo a casa de Tomi, quien este año vivía en una buena casa, muy cerca de la Universidad, posiblemente para compensar la lejanía del año anterior.

Sería Tomi el mejor amigo que tendría en La Laguna, aunque él me parecía a mí un poco desprendido, aparte de que me resultaba un ganador absoluto, mientras que yo me consideraba todo lo contrario: un perdedor absoluto, hasta el punto de que me parecía a mí que me había ido con la más fea, lo cual en absoluto era cierto, pues era realmente hermosa mi novia, como así lo demuestran varias fotos que tengo de ella, pues a partir de ese año, y durante tres seguidos, sacaría todos los meses un carrete de fotografía, siendo éste mi más importante hobby; las fotos más frecuentes eran las sacadas a mi amada, o bien a los paisajes, ya fueran nocturnos como diurnos. Un problema continuo era la tan malísima calidad de mis cámaras fotográficas, lo que hacía que al tener prácticamente todas un fallo en las cortinillas del objetivo, me salieran casi todas las fotos la mitad veladas. Problemas de ser pobre. Así y todo, yo tenía más moral que el arco llano, y todos los meses dejaba un tanto para sacar un carrete de diapositivas en color. Era mi otra gran pasión.

Bebería todos los años que estuve viviendo como estudiante de cierto prestigio, en cantidades abusivas, hasta el punto de perder casi siempre que bebía el conocimiento.

Fue para mí un año triste y duro, donde empecé a ver las injusticias de una carrera respecto a otra, donde me sentía amargado y acomplejado mien-

tras me reconcomía y me decía que todo eso debía tener una recompensa, la que pensaba que sería económica, y mi odio llegaba a tal punto, que sólo la compartiría con Águeda, con la que viviría en un lujoso dúplex con chimenea incluida. Sí, luchaba y me quedaba siempre solo estudiando con la ilusión de darle a esa joven lo mejor de lo mejor: todo para ella; bueno, yo tendría un Mercedes del que saldría con mi melena y mis vaqueros, en plan pasota. Ella sonreía no muy convencida, más bien era un resoplido como diciendo: "Sí, hombre, seguro que vas a ir así…".

A las durezas de la vida se acostumbra uno, a la soledad no, por eso ahora soy algo feliz, aunque mi vida sea dura, pero ya les contaré más adelante.

Las veces que salía con Águeda por la noche, debíamos ahorrar un dinero para coger un taxi a la vuelta, pues no me gustaba volver caminando con ella, debido a que eran zonas desiertas y ella no podría huir corriendo, ya que le había atacado la polio de niña, por lo que tenía una pierna casi inútil, totalmente sin fuerza ni musculatura alguna, prácticamente el hueso solo. Esto fue otra cosa que hizo que saliéramos poco, lo que no me importaba mucho, pues estaba absolutamente enamorado de ella.

Ese curso, en una ocasión me cogí tal borrachera, que el novio de mi hermana me tuvo que llevar en coche a mi casa, pues de dejarme como me vio, era muy probable que me cayera por los caminos, de regreso al hogar. Llevaba la guitarra de Águeda a cuestas, y si no me llegan a ver mi futuro cuñado y su amigo, es casi seguro que la habría roto y perdido.

A pesar de haber sufrido los inconvenientes de haber vivido tan lejos de la Facultad, el año siguiente también viviríamos lejos, pero esta vez con más casas alrededor. Habrán deducido que íbamos buscando las casas más baratas, las que generalmente eran las que en peor condiciones estaban. Esta casa, costaba unas dieciséis, a pagar entre tres, pues ahora sólo vivíamos juntos Ramón, Águeda y yo, ya que los otros se habían buscado la vida, así por ejemplo, Candelaria se había ido a un piso, ya que temía que su madre la fuera a visitar y que la viera viviendo con un chico. Por mi parte sabía que mi madre no iría nunca a visitarme, puesto que no había dinero en mi casa, y caso de ir, ya vería cómo se solucionaría el asunto. Águeda también temía que su madre fuera, sobre lo que yo pensaba que no iría, ya que era demasiado pobre para eso, lo que nunca le dije a mi amada para no ofenderla, pues a los ricos se les puede y debe decir que son ricos, pero es muy triste que a los pobres se nos diga que somos pobres.

La nueva casa estaba al lado del barranco, a partir de la cual no había más que agua (cuando llovía).

Los vecinos del piso de abajo también eran estudiantes, también tres como nosotros: dos hermanos, uno de los cuales estudiaba Filosofía y el otro Medicina; el tercer estudiante, también hacía que estudiaba Filosofía, pero la verdad es que eran más las veces que estaban de juerga que estudiando. El más serio de todos era el futuro médico, el cual tampoco ponía demasiado empeño en sus estudios. Con creces, de todos los estudiantes que éramos allí, yo era el que más estudiaba. Lo hacía con tesón. Ha-

bía empezado a hacer deporte, para contrarrestar todo lo que fumaba y lo poco que me movía. Como casi no comíamos nada, por falta de dinero es por lo que estaba bien flaco: algo menos de setenta quilos, lo que, si comparamos con el metro noventa casi que mido, se entenderá que o estaba anoréxico, o pasaba mucha necesidad. En realidad un poco las dos cosas ocurría, pues no comía pan pensando que me engordaría, y mi caquexia llegaba a tal punto que tenía un amigo que me llamaba gordo, riéndose de mi extremada delgadez.

En aquella casa, algo estudié, pero al estar más cerca del mogollón, recibíamos más visitas, lo que me impedía estudiar todo lo que quería y que mi amada se merecía. Ella ahora tomaba menos café, por lo que se pasaba largas tardes de lecturas, lo cual me gustaba de ella: que era una intelectual, aunque muchas veces me preguntaba si leía inteligentemente, o no. No sabía.

Como entretenimiento y desahogo, había plantado en la azotea de la casa unas trece plantas de *Cannabis sativa* variedad *indica*, las que iba a visitar todos los días, y las que regaba cada dos o tres días. Muchas estaban plantadas en bolsas, en realidad casi todas. Las llamaba con distintos nombres, aunque ahora sólo recuerdo a la que llamaba "La Hipilosa", por parecerme sus hojas como un pelo rizado y largo como el mío.

Mi mala pinta, me trajo no pocos problemas, a pesar de lo cual, y a pesar de que era plenamente consciente de ello, no me quería cortar el pelo, en signo de protesta, y porque pensaba que a mi novia le gustaba así.

Ella estaba fenomenal, tenía un cuerpo que quitaba el hipo, por el cual me derretía.

Ese verano habíamos ido a Los Secos, la playa desierta que había en Gran Canaria, y lo habíamos pasado más o menos bien, y como había sacado unas fotos que me gustaban, fue por lo que ese curso, de adorno, en nuestra habitación, había unos cuantos atardeceres de dicha playa, en alguno de los cuales salíamos nosotros.

Al principio del curso me dio por salir con unas amigas de clase y con Tomi, pero quiso la mala fortuna, que una de ellas me atrajera, lo que le comuniqué a mi amor, lo que por lo visto fue lo peor que hice, pues según me enteré años después, ella tomaría pastillas para dormir esa tórrida época. Lo cierto es que a May (que así se llamaba ella), ni le di un beso, ni le cogí tan siquiera una mano; fue todo muy platónico, lo que no supo nunca mi novia, la cual, a partir de ese momento, cambió respecto a mí. La noté más fría, hasta el punto de que, habiendo eso pasado ya y estando estudiando el febrero, sufrí un desvanecimiento, ante el que ella se quedó tan pancha, pasó olímpicamente de mí, me trajo un balde para que vomitara, pero no se preocupó más por mi salud. Debe de ser que hice mal en decirle eso, aunque en realidad ella seguramente se había acostado con otros chicos, y luego a mí me ofrecía otra cara, así, casi siempre que iba a alguna fiesta, cuando me quería dar cuenta, la veía con otro chico hablando, a lo que yo me preguntaba si no podría ella hablar con otras chicas, como hacían las demás jóvenes, pues yo hablaba con chicos, y no con chicas, salvo esas ocasiones citadas con May.

No estaba muy fino antes de las Navidades estudiando allí, y tenía claro que después de vacaciones debía apretar, ya que debía aprobar varias asignaturas si quería pasar de casi primero a tercero. Lo tenía muy difícil, así y todo lo iba a intentar. Aparte de eso, aunque no me había presentado, por no pedir renuncias de las convocatorias, tenía dos asignaturas de primero en quinta convocatoria: Física General y Matemáticas. No rezaba al Señor pues estaba muy alejado de Él; ¡falso!, pues en el fondo, aunque muy en el fondo, a quien recurría era a Él en mis ruegos.

No solía rezar ningún Padrenuestro, pensando en que era un ateo absoluto, aunque no quería pasar del todo de Dios, casi lo hacía, empezando el vivir en pecado, y luego todo lo que me drogaba y emborrachaba con conocimiento de lo que estaba haciendo, si bien es cierto que no pensaba nunca que me fuera a emborrachar tanto como lo hacía, es más, siempre pensaba: "Lo justo para divertirme y no pensar, no pensar…", pero bebía siempre sin control: no sabía cuál era mi límite, por lo que siempre me extralimitaba.

Salía mucho más ahora, y aprovechaba la bici de los vecinos, la peor que uno se pueda echar en cara, para ir de visita a la nueva casa de Tomi, quien ahora vivía por la parte más antigua de la pequeñísima ciudad.

Exceptuando las cosas citadas, no era después de todo, tan mal chico, pues intentaba cumplir con mis obligaciones en cuanto al estudio, aunque como digo, no lo conseguía del todo, lo cual se debía sin lugar a dudas a que no estudiaba ni tan siquiera le

echaba un ligero vistazo a los exámenes de otros años, pues no se me ocurría que los profesores pusieran las preguntas de otros años, vamos, que repitieran las preguntas; pensaba que eso de ser profesor debía ser muy duro, estudiando siempre, y poniendo siempre preguntas distintas, lo cual, por lo que ahora veo, ocurre en muy contadas ocasiones, el resto de los profesores, se dedica a hablar de otras cosas, que generalmente no tienen nada que ver con su trabajo intelectual, vamos, con la materia que tienen que impartir.

Antes de las vacaciones de Navidad, me presenté a alguna asignatura que ya no recuerdo cuál era, de todas maneras, eso era simplemente para calentar los motores, pues lo realmente importante vendría después, en febrero.

Me distraía viendo mis plantitas, aunque se pusieron tan grandes que tenía que cortarlas, para que no sobresalieran por el reborde superior del murillo de la azotea, pues cerca estaba un cuartelillo de la Guardia Civil, y ésos a la legua reconocen "la maría", por lo que tuve que andar todo el año con cuidado.

En febrero hice una proeza, pues aprobé dos asignaturas de primero, la Física y las Matemáticas; la primera la aprobé a pulso, hasta el punto de que el profesor me dijo por un par de veces, que los problemas de los que yo llevaba duda, no entraban, y como yo le decía que no importaba, que me los explicara, era por lo que ese nuevo profesor debía ir a preguntarle cómo se hacían éstos al catedrático: Hardisson padre, el cerdo de la primera parte de la carrera; vamos, hasta la diploma-

tura, él sería el cerdo más representativo, al que todos rehuían y odiaban. A mí me la traía floja, simplemente sabía que era un ser ruin y despreciable, pero que a mí me daba igual, lo ignoraba. Sí que me suspendió porque le daba la gana, pero ese año, en quinta convocatoria no le quedó más remedio que aprobarme, pues hice un examen de escándalo; es más, yo creo que me merecía la matrícula, pero no me puso mas que aprobado.

La otra asignatura que aprobé, también en quinta, y ahí sí que me echaron un capote los profesores, pues me salió realmente mal, fue Matemáticas. Ese examen no lo había estudiado mas que una vez, y como consideraba que estaba aprobado, fue por lo que no me lo miré más, y cuando llegó la hora del examen, me vi que esos dos meses me había pegado casi todo el rato estudiando la Física, con lo que para ese examen casi no me quedaba tiempo. Así y todo, no sé cómo, según les digo, aprobé. Gracias Dios mío.

No se me apetecía ya salir con la gente de la clase, sino con Águeda, con quien cuando tenía dinero, o sea, una vez al mes, al principio de éste, íbamos a un campito cercano a La Laguna, donde comíamos una gran chuleta de vaca cada uno, con un poco de vinito, una cerveza, y al final un carajillo, con lo que se quedaba uno medio entonado. A la vuelta solíamos hacer dedo hasta que apareciera la guagua. Una vez ya en el hogar, hacíamos siempre el amor, de una forma un tanto desenfrenada, por efecto del alcohol y la comida; por mi parte, he de decir, que la amaba locamente.

Nunca, desde primero, usamos ningún tipo de barrera ni protección contra las enfermedades venéreas, nos fiábamos el uno del otro, y eso que ya por esa época empezaban a oírse cosas sobre el SIDA. Para ninguno de los dos era nuestra primera experiencia sexual, aunque sí iba siendo la más prolongada. Ella usaba anticonceptivos orales. Ya daba por descontado que me casaría con ella, y si Dios quería, tendríamos un niño, aunque eso estaba muy lejano todavía, quedaba mucho camino por recorrer.

A Miguelo, que ese año se había ido a estudiar a Córdoba, le encargué que me comprara una plancha de cinco talegos de "chocolate" cordobés, el que tenía fama de ser muy bueno. Estuve esperando la carta un montón de tiempo, por lo de vez en cuando, le mandaba algunas cartas, a ver qué pasaba con el encargo, pero nunca las contestaba.

Como llegaron los carnavales, me fui a Las Palmas, a pasar allí las vacaciones, ya que ya no me atraía mucho la idea de bajar a Santa Cruz disfrazado, y allí emborracharme; así y todo, bajé un día pues mi hermana había puesto un quiosco con su clase, y yo era el que les había dado la cinta grabada con música para que la pusieran por la noche.

Cuando ya estaba bebido, vi a una muñequita de porcelana cuyos padres tenían muchísimo dinero, pero que a ella le costaba mucho estudiar su carrera de Historia; siempre me había atraído esa chica por ser una presa imposible de conseguir, pues la consideraba de las familias más adineradas del archipiélago, y mi nuevo estatus era de pobre absoluto; pero ahora, con unas copas de más, me atreví a hablarle y proponerle tomar algo; el problema es

que yo no tenía nada de dinero, por lo que pedí su copa, y luego le dije al que estaba despachando bebidas, que me diera un bocadillo de tortilla, pues éstos los debían preparar; cuando se dio la vuelta, me la di yo también, pero estaba tan atontado por el alcohol, que no se me ocurrió salir corriendo, sino que fui caminando normal, por lo que el que nos despachó, salió del quiosco y me cogió de los pelos, quitándome lo que me estaba zampando. Avergonzado me fui, y por supuesto, cada vez que veía a esa chica, me hacía el loco, pues ella, está claro que estaba más que acostumbrada a manejar grandes sumas de dinero, como mínimo para todo el maquillaje que usaba, el mejor del mejor, y un servidor, ni para comer tenía.

Siempre que quería ir a algún sitio de Tenerife, o iba pidiendo favores, o a dedo, pues ni dinero para transportes tenía.

Yo era celoso, así y todo intentaba ser liberal con Águeda, lo que no siempre conseguía. Yo estaba seguro de mí, de que no le iba a poner los cuernos a mi amada, en cambio no tenía tan claro lo contrario, pues muchas veces la veía hablando con chicos, como les comenté.

Sólo tenía Águeda una amiga de clase, la que vivía en una casa de protección oficial, lo que me extrañaba enormemente, pues estaba acostumbrado a ver casi siempre gente con dinero, mientras que yo era siempre el pobretón, aunque también viviera en una casa grande. Sí, tenía algunos amigos que vivían en casas de protección oficial, pero ninguno de ellos acabó el Instituto, y como en Farmacia casi todos tenían dinero menos yo, pensaba

que eso debía ocurrir en todas las carreras, y no me daba cuenta de que en las carreras de letras es más común ver a gente con poco dinero, y las hijas de los ricachos, cuyos padres les hacen estudiar algo para que tengan su carrerita, sin ninguna intención de que amplíen estudios, o bueno, les mandan a hacer un máster a Estados Unidos, para que así sean leídas y hayan visto mundo.

Por mi parte, tenía claro que yo iba a terminar, luego a buscarme una farmacia en un pueblo, donde me iría a vivir con mi amada, y allí sería rico comparado con los del pueblo, pero un don nadie comparado con algunas fortunas de la capital. No me importaba aunque sí me resquemaba un poco el ego: "Seré pobre toda mi vida…", iba en contra de lo que mi padre había preparado para mí. Aparte de eso, me haría una persona normal, que no "controlaría" más, sino que viviría tranquilamente con su familia, y que fuera lo que Dios quisiera, aunque ni mucho menos pensé que el Señor iba a dirigir mi vida.

Cuando volví de Las Palmas de Gran Canaria, al abrir la puerta del piso, vi una carta en el suelo, y aunque en principio debí pensar en la de Miguelo, no lo hice, sino que me trinqué un poco, pues estaba escrita a máquina. Me fui acercando poco a poco, con lo que me fui angustiando cada vez más, hasta que la abrí y leí que se requería mi persona en la comisaría, a la que debía ir con el pelo corto, con la oreja izquierda por fuera. Esto me mosqueó un poco, el que me dijeran que fuera con el pelo corto, pues estaba claro que allí me lo podían cortar, o hacerme a un lado el pelo, y que salieran las orejas, así y todo, lo primero que hice fue ir corrien-

do arriba, mientras daba por sentado que habían detectado la carta con el chocolate, lo que junto con mi miniplantación, iba a ser el caso del siglo, la deshonra más completa para mi familia. Subí inmediatamente la escalera, y fui a la azotea a ver si todavía seguían allí las plantas, con la idea de quitarlas, caso de que estuvieran. Sí estaban, pero totalmente mustias, el sol y el calor, junto con la falta de agua, las habían amustiado por completo. "Un momento, antes de actuar vete a avisar a los vecinos, que ellos también tienen plantas…"

En el acto bajé, y le dije al futuro médico que debían quitar las plantas, pues había recibido una carta de la policía en la que se me citaba a declarar; en eso lo veo sonreír, y les dije: "¡Cabrones, son unos cabrones…!".

Y ya me relajé totalmente. Los vecinos, sabiendo que esperaba esa carta de Miguelo, cuando vieron que me llegó una carta de Andalucía, la abrieron y vieron el trozo de *costo*; ya el resto se lo imaginarán. Lo cierto es que me molestó bastante que me abrieran la carta, pero intenté no dejarlo traslucir: a ellos los conocía por primera vez de ese año, y no tenía grandes confianzas con ellos, pues el único favor que les pedía era si me dejaban la vieja bici, que yo creo que ninguno usaba por lo pesada que era.

Después subí a regar las plantitas, las que en seguida se pusieron enhiestas y alegres por el líquido elemento. Les puedo asegurar que hablarle a las plantas da su resultado, de tal forma que las mías tenían mucho mejor aspecto que las de los vecinos, de las que nos separaba tan sólo una malla me-

tálica. Ellos tenían unas tres, pero raquíticas. Yo las mimaba, y les daba ánimos mientras me lo daba a mí: "¡Ánimo, bonitas… venga, venga, arriba…!".

Y así, varias arengas más.

Total, que invité a los vecinos a fumar droga, pero no tanto como pensaba, por la mala acción de abrirme la carta.

Cierto día, el futuro médico, a eso de las diez de la noche, puso la música a todo volumen, por lo que asombrado bajé a mirar qué pasaba. Me informó que no pasaba nada, sino que estaba probando un aparato de música que le habían vendido de segunda mano, y claro, había que ver la potencia total que era capaz de soportar. Está claro que por allí también debía haber niños chicos, los cuales, de seguro se despertarían con los ruidos. Las vecinas, al día siguiente, cuando fui a comprar los tomates baratos que vendían en un camión uno que por allí pasaba, junto con un quilo de naranjas, me echaron en cara el escándalo formado. Les dije que yo no era, pero no aumenté más.

Ese año, vi un partido de fútbol de un mundial, en el que España ganó por unos diez u once goles de diferencia: fue mi último partido visto entero, y lo cierto es que lo pasé pipa con el vecino, pues me emocioné al máximo; fui junto con Águeda a verlo a casa del primordio de médico, donde disfrutamos de una de las mayores goleadas nunca vistas por mí.

Ese día, después del partido, y por la emoción, casi no estudié más, aunque por la falta de costumbre, no supe qué hacer.

Desde enero iría con cierta regularidad a hacer deporte al Campus Universitario, a las canchas que

allí había. Lo que hacía era correr y una pequeña tabla de ejercicios. Si de por sí comía poco, y encima hacía ahora deporte duro, imagínense lo poquísimo que pesaba. Es fácil deducir que tenía carencias de todo tipo de sustancias necesarias al organismo, tanto vitaminas como minerales como oligoelementos, a consecuencia de lo cual me venían las continuas fatigas que padecía, a la par que la astenia sufrida casi de continuo por mí, la cual me producía muchas veces hipotensión ortostática, lo que daba una tendencia a marearme y a darme la sensación de que me iba a caer.

Ese curso no aprobé gran cosa, pues la proeza hecha de pasar de primero a tercero en los papeles de secretaría, fue casi lo único conseguido por mí, por la cosa de no haber estudiado los endemoniados exámenes.

Al año siguiente, nos mudaríamos otra vez de casa, por lo que a final de curso mi novia y Ramón buscarían un nuevo hogar donde quedarnos.

Cuando acabó el curso, recogí las plantas de marihuana que tenía y las puse a secar boca abajo, con la intención de que la resina fuera hacia las hojas, y no hacia el tronco. Como todavía me quedaban unos cuantos exámenes, no podía probarlas, pero ansioso como estaba de comprobar sus efectos, le pediría a Ramón si se fumaba un porro con ellas, a lo que accedió. Al rato dijo que no estaba colocado, pero luego se fue a comer a la cocina, y luego fue a una mesa redonda que tenía con el profesor más exigente de todos los que tenía, y por lo visto allí no paró de reírse, pese a lo cual volvió a decirnos por la noche que no estaba colocado, por lo que yo

me reí a mi vez y le dije que cómo no iba a estarlo, si todo lo que había hecho eran síntomas de estarlo. Me di por satisfecho, pues aparte de pasar ratos entrañables con ellas, cuidándolas, ahora tendría para las fiestas y demás con los amigos en verano, con lo cual me podría justificar en todas las fiestas a las que fuera, y así no debería gastar dinero en drogas, que generalmente era en lo que más se nos gastaba éste.

Cuando acabaron los exámenes, fuimos todos los amigos a casa de José, el de Garachico, el cual había plantado también plantas, pero las de él eran de unos dos o tres metros de altura, mientras que las mías eran de unos veinte centímetros más o menos, pues la corta altura del muro de la azotea no me permitía dejarlas crecer más.

No lo pasé nada bien en casa de ellos, más bien lo pasé fatal, así y todo cumplí e hice acto de presencia. Me encontraba raro después del carrerón final, no tenía ganas de estar allí, sino de estar en mi casa, o salir con Águeda a comerme una pizza barata a la pizzería más barata de La Laguna, junto con una cerveza, y en último extremo, emborracharme junto con Águeda y Tomi en mi piso, cualquier cosa menos estar allí. Así y todo, estuve, aunque no sé por qué.

En el piso de Tomi eran tres varones estudiando en total, por lo que al no haber ninguna chica que obligara a hacer limpieza general, hacía que su cocina diera auténtico asco, con grasas, borras, y demás salpicaduras por toda ella. No sé cómo no les daba asco comer allí, a mí, que también era estudiante, me lo causaba cada vez que entraba en

ella. Sin embargo, mi amigo comía jamón serrano y buen café, mientras que yo esos lujos no los podía tener, era demasiado pobre para ello. Mis comidas se basaban principalmente en arroz, cebolla y leche; de vez en cuando algo de pasta, pero ésta era muy cara para nosotros. Cuando conseguíamos un poco de dinero, comprábamos tomates a veinte duros los cuatro o cinco quilos, y un poco más caras las naranjas chinas. Así y todo, me parecía caro, y de rico total, comer naranjas chinas, pues todavía creía que se podía ahorrar más en la comida. Estas eran las bases de la alimentación en esa casa. Se habrán percatado de que efectivamente estaba desnutrido y con los estigmas de la caquexia.

Cuando fuimos de regreso a Las Palmas, como recompensa, nos regalamos un par de semanitas en la playa desierta citada antes: Los Secos.

Allí decíamos que íbamos a pescar, pero esto lo hacíamos muy pocas veces, ya que generalmente lo que hacíamos era emborracharnos y pasar el tiempo. Nuestra mayor distracción era los botes de Miguelo y el motor de Manolito, con los que, si teníamos dinero para gasolina, estábamos todo el día de un lado para otro. Los padres de Miguelo también estaban separados, como les comenté, por lo que su situación también era mala, aunque su madre trabajaba, con lo cual algo más caliente que yo comía. Y tanto, que él estaba gordo, y yo estaba desaparecido.

Hacía tanto calor en esa parte de la isla, que la mayor parte del tiempo debíamos estar protegiéndonos y ocultándonos del sol. Allí tampoco comíamos gran cosa, y encima, una vez que había ido un

montón de gente, a mí, que era el cocinero, se me cayó el caldero de espaguetis a la tierra, con lo que era imposible aprovecharlos, por lo que ese día no comimos nada en absoluto.

Dormíamos en las casetas de campaña, sin nada debajo, por lo que los primeros días, de lo duro del suelo, se nos hacía difícil conciliar el sueño; a medida que pasaban los días se iba uno acostumbrando, así y todo no era raro tener como un continuo sopor por lo mal que se dormía, el calor, y las drogas. No estábamos todo el día drogados, pero a la mínima ocasión nos tomábamos un par de copas, y como mi fortaleza no era dura, en seguida me colocaba.

Me fastidiaba el que siempre Miguelo quisiera ser el primero en embarcarse y allí dar órdenes, por lo que desde que podía, me subía yo también al bote más largo y ayudaba a colocar los bártulos que los demás iban embarcando.

Generalmente iba Miguelo, Ana su novia, mi novia y yo, aunque otras muchas veces iban mucha más gente. Mucho menos iban Tomi y Herse, aunque algo también iban.

También solía llevar a mi perro, el que era un perro callejero que habíamos traído de la isla de El Hierro, el cual se lo pasaba pipa, a pesar de que se sentía muy solo y me arañaba todo cuando llegábamos de haber ido a dar una vuelta por el mar, pues me imagino que el no ver a nadie debía ser mortal para el pobre animal.

El perro cuando más se divertía era por la tarde, cuando el sol no pegaba tan fuerte, hora en que empezaba a perseguir a las diminutas larvas de pescados que había en el marisco.

Hablando de marisco, les he de decir que la entrada a esa playa era bastante peligrosa, ya que había dos bajas en medio de las cuales había una estrecha abertura, pero luego, justo entrando por esa abertura, se debía hacer un giro a la izquierda, pues había una roca puntiaguda; todos estos inconvenientes para entrar en la pequeña playa, hacían que allí no hubiera turistas, puesto que como ven no era ni mucho menos fácil la entrada. A lo sumo, lo más que a veces había era un grupo de pescadores que iban allí a emborracharse y a alejarse de la familia, pero así y todo, se podía decir que la playa era para nosotros solos. La franja de costa de la que disponíamos estaba más que bien, y puedo decir que realmente éramos unos privilegiados al tener una playa para nosotros solos, más si pensamos lo pobres que éramos, con lo cual se podría pensar que no teníamos derecho ninguno a nada: gracias Señor.

Poco más hacía los veranos, por lo que llegaba a odiar todo lo relacionado con esta isla, al igual que odiaba lo relacionado con la otra, no por nada, sino porque con todo lo que estudiaba, no aprobaba todos los exámenes a la primera. Algo pasaba con mi persona y no sabía qué era, pero algo debía pasar, de eso estaba seguro.

Cuando viajaba, lo hacía en los transportes más baratos, salvo una vez, cuando se murió mi abuela paterna, en que cogí por primera vez en mi vida, junto con mi hermana, el "barco volador", y encima, en éstos y aquellos, no probaba ni un vaso de agua, ni un café, nada en absoluto, para ahorrar, y porque generalmente ya no me quedaba más dine-

ro. Veía sin embargo a mí alrededor cómo manejaban los demás mucho dinero, y daba por descontado que el pobre entre los pobres allí era el que esto escribe, y lo cierto es que no creo que ande muy lejos de la realidad. Sin embargo, mi hermana Pilar se había ido a estudiar Filología Inglesa a Madrid, lo que me extrañaba, pues esa carrera se estudiaba también en La Laguna, pero según me enteré, ella pidió dinero a mi familia paterna para ello. Yo vivía con lo mínimo, por lo que no era raro que me tragara las lágrimas y que eso me fuera haciendo cada vez más duro y despiadado, a pesar de que mi aspecto físico fuera el de una persona débil.

La falta de dinero era muy dura, y a todo sitio al que iba, debía tragarme el orgullo, al verme siendo el más pobre de todos, a pesar de lo cual no quería muchas riquezas a veces, sino un dúplex y ya estaba, marcharme con mi novia a un pueblo y olvidarme de toda esa competencia tan desleal que veía en la carrera, por la que también derramé y me tragué lágrimas. Odiaba a mis compañeros de estudios, pues a la mayoría no le importaba lo más mínimo el prójimo, sino que a ser posible, querían aprobar ellos, y si el otro suspendía, mejor que mejor. Era mucho para mi maltrecho y poco mimado estómago.

Al año siguiente volvimos a las clases, esta vez en una casa de protección oficial reformada: íbamos progresando, pues aunque el barrio era de lo más pobre, nuestra casa parecía acogedora, ya no sólo por lo estrecho de ella, sino por su decoración.

Como había fumado tanta droga ese verano, me había quedado ahíto de ella, por lo que ese año decidí no plantar más, sino dedicarme a las enormes

plantas de interior que había en la casa, las que no me atraían prácticamente nada comparadas con las mías propias.

En esta casa estudiaría en el salón, el que a la vez era el cuarto de la tele, la que sólo se veía al mediodía y alguna que otra noche, pero no era lo común.

Al mediodía, ese año, vería algunos capítulos de un par de seriales, los que no me gustaban mucho ver, uno, por revolvérseme las tripas al ver lo mal que se trataba entre sí la familia americana protagonista, y el otro que vi, porque me entraba remordimiento ver que el protagonista, D. Ramón y Cajal, trabajaba a toda hora, mientras estaba yo allí perdiendo el tiempo de aquella manera. Sí aprendí que para ser Premio Nóbel hay que luchar toda la vida, darlo todo por el trabajo, y lo que veía en mí imposible: él había triunfado en la Universidad, en cambio yo me sabía un fracasado, lo que me humillaba aún más si cabe al ver esa serie.

Llegué a ver, del serial americano, la parte en que se veía a una de las protagonistas estar medio alocada al oír las voces de su hijo recién nacido, ya muerto, efecto de una experiencia paranormal, realizada por petición de la abuela del maléfico clan viñetero, la cual la realizaba un especialista en esa lid por medio de un magnetófono. Eso lo vi, y no me causó gran cosa, hasta que años después me vino otra vez esa escena a la mente.

La casa era muy pequeña, y en nada concordaba con mi ideal, con la que quería ofrecerle a mi amada, por lo que seguía luchando de duro, con la intención de conseguirla, pues seguía teniendo claro, que

con el sueldo de profesora de ella, no iba a dar para comprar la casa de nuestros sueños.

Generalmente le cambiaba a Águeda el lavado de la ropa, el que nos tocaba cada semana a uno, por yo realizar la limpieza de la casa, con lo que bien puedo decir, que en varios años, no lavé ni una prenda de ropa, pues siempre que me tocaba a mí, ella me lo cambiaba por la limpieza de las zonas comunes de la casa y de nuestro cuarto, lo cual lo hacía bien pronto, mientras que ella, generalmente empezaba con la ropa por la mañana, y acababa bien entrada la tarde, con lo que yo siempre me preguntaba en qué invertía tanto tiempo, pues de hacerlo yo, lo único que haría sería meter la ropa en la lavadora, y aunque ésta no era súperautomática, sino automática, con un par de lavados, ya tendría más que suficiente. Sí puedo decir que, aunque pobre, y por tanto con poca ropa, generalmente iba bien limpio, aunque eso en La Laguna no era tan importante, pues al ser una ciudad eminentemente de estudiantes, lo más frecuente sería que todos fueran más bien tirando a hediondillos, lo que no era mi caso. Encima, a pesar del frío, siempre me he duchado a diario.

Me compré una bici con un dinero que le pedí prestado a Águeda, y al par de días de tenerla, me la robaron; nunca más supe de ella: una bici de carreras, impecable, me la robaron y nunca más pude dar con ella. Fui con Tomi y con Quillo, mi futuro cuñado, a buscarla por un barrio de dicha ciudad, por el que vivían maleantes, pero así y todo, la bici no apareció, ni con la disculpa de ir a comprar una nueva de segunda mano: nunca más supe de ella.

A partir de ese momento se me quitó de la cabeza volverme a comprar otra, pero sí le pedía la de Quillo y la de Águeda, quienes casi nunca la usaban, con las que yo me daba mis grandes escapadas: a pesar de todo lo que fumaba, era uno de los grandes deportistas de la ciudad, hasta el punto de que aparte de esas escapadas, me daba mis grandes carreras tres días a la semana, momento que me venía de perlas para descansar del continuado estudio, pues eso era prácticamente lo único que hacía, pero tan tonto seguía siendo, que no se me ocurría mirarme los exámenes, sino que me lo estudiaba todo, pues me parecía de locos estudiarse éstos, repitiéndome convencido que no los iban a repetir todos los años los profesores los mismos, no iban a ser tan capullos ellos como para eso. Me equivoqué de cabo a rabo: los repetían casi todos los años, casi todos los profesores, por lo que bien puedo decir, y no con la boca llena, sino con una gran humillación, que fui de los pocos farmacéuticos que se estudiaban todo lo que el profesor daba, de ahí, que siempre, extrañado, me preguntara cómo era posible que les diera tiempo a estudiar más, si casi no había tiempo material para hacerlo, y encima, los que aprobaban iban casi a diario por clase. Lo que ocurría era que esas personas, antes de estudiar, se estudiaban los exámenes del profesor en cuestión, y luego estudiaban sólo las preguntas, siendo posible que a lo mejor hasta las ampliaran; de hecho, la Galénica General, que había que estudiarla toda, yo la aprobé a la primera, y sin ir por clase, y sin mirar los exámenes, y encima, dejando una pregunta en blanco en cada uno de los dos exáme-

nes de los que constaba la asignatura. Se debía aprobar con un notable, así un siete era un uno, y de ahí en adelante hasta llegar al cuatro. A la hora de la nota, el siete, el uno, era un aprobado raso, que es lo que yo saqué en esa asignatura.

El profesor que la daba me caía fantásticamente, y me da que yo a él también, pero al final, con mi cambio de comportamiento y actitud, ya no me cayó tan bien. Pero dejemos este turbio asunto de lado.

Iba de vez en cuando al polideportivo universitario a correr, pero generalmente lo hacía por calles desiertas, hasta llegar a otro polideportivo al que sólo iban los profesionales, y al que yo llegaba exhausto, de tal forma, que allí sólo podía hacer un par de ejercicios gimnásticos. Recuerdo una vez que fui, en la que yo creía que hacía toda una gran odisea al subir mi cuerpo entero en las barras paralelas, y cuál no sería mi sorpresa, al ver luego que uno hacía casi cien veces, y mucho más ágilmente, lo que yo sólo hacía unas diez. Fue una gran derrota que achaqué al condenado cigarro, el cual, me estaba matando y arruinando.

Con mi amada salía a veces, y ahora sí nos íbamos con otros amigos, pero al yo no conocer ninguna chica en La Laguna, era por lo que ella siempre iba con chicos cuando venía conmigo.

En una ocasión fuimos unos diez a Las Cañadas del Teide, al Parque Nacional, donde uno del piso de Tomi tenía una casa. Éramos nueve varones y ella sola de chica. Lo pasamos bien, una buena experiencia, de la que lo más que me causó impresión fue lo que quedaba de la loquería: algo del ar-

mazón de la casa y muchos escombros. Estuve un buen rato mirando el espectáculo e imaginándome cómo debía ser aquello con los gritos de los locos, debía ser un infierno absoluto: me acongojó.

Allí no se podía construir ninguna otra casa, por lo que fue un auténtico lujo el que nosotros fuéramos a una. Como siempre, no hablé mucho.

Miento, cuando iba a casa de Tomi, sí hablaba algo, diciéndole lo desafortunado que era yo, aunque tampoco mucho, para no pasar por plomo: por primera vez en mi vida le contaba a alguien que mi vida iba fatal, y no era como solía ocurrirme, que iban a contarme a mí lo mal que les iba la vida a ellos. Tomi era para mí un ganador absoluto, frente a mí, el derrotado total.

Lo que sí me sorprendía de este gran amigo era que con las ínfulas de dinero que tenía, que luego escogiera como novia a una chica que más bien estaba algo rellenita, y que no se cuidaba gran cosa, pues él se cuidaba muchísimo, a no ser que sólo bebiera en determinados sitios, a escondidas, que es lo que creo más probable.

Tenía en clase un amigo llamado Toño, al cual no creía demasiado capaz, aunque sí le admiraba que aparte de estudiar, trabajara en el bar del padre. Después de todo, hizo más proezas que yo, un rato largo.

De Toño pensaba que era tan pobre o más que este servidor, lo cual lo achacaba a que siempre iba igual vestido, y luego porque sospechaba que el bar de su padre era de lo más humilde, y que casi no iría nadie a él.

No se hablaba allí de eso, pero la inmensa mayoría de los que estudiábamos pretendíamos tener nuestra propia farmacia: yo tenía claro, que a lo sumo, a los tres o cinco años de acabar la tendría. No, ninguna expectativa se cumpliría, más bien quedaron muchas ilusiones y promesas por el camino, como se suele decir, las cuales, cada vez veo más difícil realizarlas.

Ese año iríamos algo más al cine los domingos por la tarde, como culminación de la semana: era mi mayor salida, a no ser a hacer deporte. El cine costaba cincuenta pesetas, y así y todo, me parecía caro. Águeda como siempre se compraba chocolatinas, mientras que yo me compraba un paquete de millo tostado, con lo que verán que mis gastos siempre han sido de lo más modestos, pues nunca he tenido casi ni cinco.

Ya no salíamos de copas a los bares de La Laguna, a no ser yo alguna salida de los exámenes, que entonces me iba al Fragata, un bar feísimo, pero de los más baratos de la ciudad. No iba a los que iban todos los estudiantes, pues esos tenían pinta de ser más caros. No estaba satisfecho de mi vida allí, más bien estaba bastante amargado de cómo me iban las cosas: los demás eran los triunfadores, mientras que yo era el gran fracasado. Paciencia.

Sí me decía, que aunque terminara la carrera, iba a seguir optando por la misma opción: favorecer a los más necesitados, así mi farmacia estaría para ayudar al más pobre, y no para hacer negocios con el más rico, como estaba claro que quería el resto de mis compañeros de estudios. Les puedo garantizar que en aquella Facultad era casi impo-

sible ver a uno de izquierdas que estudiara, y yo lo era y lo hacía.

Seguía siendo el tolete de la carrera, pues un chico que trabajaba en una fotocopiadora y estudiaba Farmacia, con el que me fumé el porro antes del examen de Ginecología, me había dicho que él tenía un libro por el que había que estudiar la Química Farmacéutica. Me lo compré fotocopiado de su fotocopiadora, y me lo estudié, y cuál no sería mi sorpresa al ver que nada, absolutamente nada de lo estudiado por mí, salía en el examen. Como habrán visto, había competencia tanto en la carrera, como fuera de ella, rodeando siempre a ese mundo de la farmacia, lo que me tenía más que harto.

Cuando sacaba diapositivas, luego las iba a ver a casa de Tomi, pues el que tenía la casa en Las Cañadas, también tenía un proyector. Éste era homosexual, y por lo visto, la familia suya era de gran alcurnia, por lo que le gustaba montar a caballo y un par de lujos más por el estilo. Nunca he entendido esos gustos; bueno, no debo hablar, pues mi padre tuvo dos yates, y uno de ellos ya les conté que era una virguería total.

Observaba y observaba los mundos que se desarrollaban a mi alrededor, y veía con disgusto, que ninguno de ellos me gustaba. Quería estar sólo con Águeda, escaparme con ella, fundar un hogar con ella, los dos solos: era el único ser que me llenaba profundamente, hasta el punto de que ni mi madre ya era importante.

A mi buena madre, sólo la llamaba para pedirle dinero, diciéndole que debía comprar libros, por lo que le pedía parte del dinero, pero siempre la

engañaba, diciéndole que me costaban más de lo que en realidad costaban, de tal forma que al final, era ella la que casi los pagaba sola. Debo decir, que a lo sumo me compré unos cinco o seis libros durante la carrera, y ésos porque eran los más baratos, pues los buenos tenían precios prohibitivos para mí. Algunos los fotocopié, los que no me quedaban más remedio que tenerlos, pero muchos que me hubiera gustado tener, me han sido imposibles tenerlos nunca por la falta de pecunia que siempre he sufrido.

Uno que fotocopié, y para el que también le pedí dinero a mi madre, fue para el de Fisiología, y les puedo decir que ése (el año anterior, en tercero), sí que lo estudié bastante, al igual que uno de Química Orgánica.

Si me dijeran si volvería a hacer otra vez esta carrera, posiblemente si pudiera haría la de Medicina, pues mi pasión por la química ha caído en picado, pasando a gustarme mucho los fármacos y el estudio de las enfermedades. De todas maneras, como siempre he sido un perdedor, seguro que no me dejarían entrar, pues no tengo notas suficientes para poder hacerla, a no ser, que por la carrera de Farmacia, me dejaran cursarla, pues tuve compañeros que hicieron el primero de otras carreras, para luego cursar Medicina, pues no llegaron al mínimo exigido por la ley. Chano, uno al que conocería años después, había hecho primero un año de Biología, precisamente porque no había llegado a la nota, y después aprobó bien Medicina, año por año.

Yo nunca fui un ganador, siempre fui el gran derrotado, lo que me acomplejaba al ver a los que me

rodeaban, pues a los que estaban peores que yo parecía que no les importaba, y los que estaban mejor que yo me daban a entender que yo al lado de ellos era un ser insignificante. Las lágrimas me las tragaba en soledad, y seguía estudiando por aquella mujer que tanto me gustaba, a pesar de lo cual no podía reprimir el que casi odiara su voz resquebrajada, la que me resultaba que sonaba de lo más ordinario; me resultaba enormemente barriobajera su voz, siendo esto, prácticamente lo que más me desagradaba de toda ella, y que no le gustara ponerse más coqueta para mí.

Así y todo, era mi novia, y yo habría dado mi vida por ella, lo que ya había dejado claro la vez que se paró un coche por la noche, en segundo, camino a nuestra lejana casa; con ninguna otra chica me había pasado eso, lo que fue una nota que me dejó muy marcado, y me dije que ya estaba madurando y siendo un hombre, que luchaba y podía defender con mi vida a su familia. Fue para mí, todo un acontecimiento, que con el tiempo, valoraría cada vez más. No me escondí tras de ella, sino que cubrí a ella con mi cuerpo y fui yo a ver qué pasaba: sí, me comporté como el hombre que siempre había querido ser.

Leía poca literatura, así y todo, bien puedo decir que de entre los que luchaban allí, era de los que más lo hacían. Mi amor, se pasaba los meses leyendo literatura, y era ella la que me asesoraba sobre cuáles eran los libros que debía leer. Cuando estaba en segundo, me leí casi completo un tomo de las Obras Completas de Frank G. Slaughter, y achaqué a esto, el que esa época fuera una de las más románticas respecto a mi amada, pues me sentía

profundamente enamorado de ella: todo por ella; todo gracias a ella; todo en función de ella.

A Águeda no le gustaban mis amigos, salvo Pepe Fijoleis, que era el tercer compañero del piso de Tomi, y quien, como les dije, fue mi primer compañero de La Laguna, y por medio del cual yo la conocí a ella. Él empezaría a salir con una chica que era bajita (él era tirando a alto) y diabética insulinodependiente, lo que me extrañaba, siendo ella tan joven y tan flaquita, pero "Así es la vida", me decía, aunque hoy sé que ese tipo de diabetes no depende tanto del exceso de peso. Pino, es su nombre de pila, y estudiaba Filología Inglesa, carrera que la llevaba muy bien. Siempre se me pareció ella una inglesa, y era tan sumamente delicada, que todo me hacía lógico pensar que fuera buena estudiante de esa carrera.

Pepe se ahogaba en un vaso de agua, de tal forma que casi siempre porque tenía que estudiar unos doce folios, o algo por el estilo, no salía de su casa en semanas enteras, hasta el punto de que Tomi se metía con él por eso. Yo también, pues me gustaba su compañía, y que nos acompañara a nuestras marchas, pero a él no le gustaba salir como a nosotros, y eso que yo, era de los laguneros que yo creo que menos salían, pues estaba generalmente estudiando todo el mogollón de folios que debía estudiar, pero Biología tenía fama de ser fácil, y de hecho todos los amigos de Pepe se pegaban una vida de Padre Señor mío, y casi todos aprobaban, salvo dos amigos que siempre estaban juntos: Pedro y "Josito". El primero era de lo más delgado, y de familia pobre; el segundo era más bien redondo, y de

familia pudiente. Era todo lo que sabía de ellos, a no ser que veía en Pedro a una persona poco agraciada, y al que la vida no le había sonreído lo más mínimo: "Feo y sin toda la dentadura al completo", pensaría varias veces, tiempo después.

Seguía estudiando, de tal forma, que al final de curso, puedo decir que había aprobado muchas, pues el año siguiente pasé con quinto entero, dos asignaturas de cuarto y del resto: limpio, lo que no estaba nada mal para un perdedor como yo: imagínense nuevamente cuáles serían mis notas de haber estudiado sólo los exámenes y no todas las asignaturas al completo.

Por primera vez, íbamos a quedarnos en el mismo piso al año siguiente, pero otra vez la pareja y Ramón solos.

Fue Tomi ese año a pasar el final de curso, al igual que el año anterior, a mi casa, a la habitación de Ramón, quien era el primero en acabar las clases, pues en su casa no podía estudiar, ya que estaba siempre, por esas fechas, su barrio en fiestas.

Arrasaba conmigo este compañero, a pesar de no ser excesivamente carismático, pero para mí, tenía una fuerza al final increíble, tanto, que yo no podía seguirle el ritmo. Eso sí, cuando hablaba, se quedaba solo, y cuando lo hacía nunca era para quejarse, a diferencia mía, sino para hablar de los que tenían dinero de verdad.

Yo pensaba que él llevaba mejor que yo la carrera, y que no siendo rico, manejaba más dinero que yo, lo que me enteré años después que era cierto: le daban, como mínimo, justo el doble que a mí.

En verano, como siempre, fuimos a Los Secos. A Águeda la encontraba rara, bueno, más que a Águeda, era mi vida la que encontraba rara: sentía que algo iba mal, y no sabía qué era. Esa sensación me duró hasta enero.

En septiembre me fui con Tomi de vacaciones a la Península, aunque me vine un poco antes que él, por no tener dinero, y por estar con mi amada.

Generalmente, como ella llegaba después que yo al sitio de estudio, compraba una botella de vino espumoso y nos lo tomábamos entre los dos cuando llegaba; ya supondrán lo que hacíamos ese día. Pero ese año no ocurrió así, pues ella fue la que llegó antes que yo. Cuando llegué no me puso ni de broma buena cara, sino cara de perro, en parte me da porque le pedí el dinero a ella para el viaje, y encima no le dije de viajar conmigo, pues tenía ganas de ir yo solo, pero ella era demasiado posesiva y no veía bien que yo fuera solo con mis amigos, ni siquiera a tomarme una cerveza.

Ese año estaba siendo nefasto, pues sentía que algo iba mal en mi vida y no sabía qué era. Metí la pata en una fiesta que se hizo al principio de curso en el Real Club Náutico de Tenerife, ya que llegué casi borracho y allí terminé de emborracharme, precisamente porque encontraba que algo iba mal y no averiguaba a saber qué era. Ese año volvía a beber más de lo prudente, no sé exactamente por qué.

En enero, cuando me preparaba para el esfuerzo de febrero, me dijo mi amada, que me dejaba por otro, y que no había nada que hacer: “Así que era esto lo que estaba pasando y yo no sabía qué era”, barrunté apesadumbrado.

Al día siguiente, cuando ya me había ido al cuarto de al lado del nuestro, mi ex llevó a su nuevo amante al cuarto donde nos quedábamos, y allí ellos hacían sus cosas. Esto duró varios días, siempre iguales, mientras que a mí no me entraba ni un ápice de alimento a mi estómago, pues no podía comer nada del disgusto tan grande: adelgacé hasta quedarme en sesenta y cinco quilos, lo que no es mucho, no.

Ramón me dijo que si quería me podía ir del piso sin tener que pagar nada; lo que en realidad me estaba diciendo es que me fuera, que allí sobraba, lo que hice, pero como no tenía dónde ir, me fui a casa de mi hermana y Quillo, lo que no le sentó nada bien a mi, ahora sí, cuñado.

Mi madre empezó a pasarme veinte mil pesetas para el mes, pues sabía que necesitaba emborracharme, y que eso costaba dinero. Quillo cobraba el sueldo de un profesor de taller de electrónica, pues hacía un par de años que había sacado las oposiciones; aparte de eso, mi hermana cobraba otro sueldo de profesora de bachillerato. Como estaban recién casados, todo el mobiliario era nuevo, con lo que se podrán imaginar qué lujos tenían en esa casa, mientras que yo tenía las veinte mil al mes, lo que siendo un gran sueldo para mí, en ese nuevo ambiente era muy poco.

Invertía todo el dinero en emborracharme, pues no se me ocurría pagar el alquiler de la casa, ya que los dueños eran ricos comparados conmigo. Dejé la carrera de lado, y sólo pensaba en salir y salir. Iba con varios amigos de copas y a la playa y a diversos sitios, entre los que destacaban: Tomi y Antonio Granados a quien también había dejado su novia.

Yo era el hazmerreír de todos ellos, pues ellos luchaban de duro, mientras que yo no sabía qué hacer, de tal forma que quería emborracharme, pero cuando me emborrachaba, quería estar solo y llorar, lo que solía hacer muchas noches, en realidad casi todas. No quería vivir, y no encontraba mi norte.

Un día empecé a leerme una novela (*La cárcel*) comprada en una tienda de libros de segunda mano, con la que lo pasé fenomenal, y me dije emocionado: "¡Esto es lo mío!". Sí, fue el principio de empezar a recuperarme.

Un maldito día, con el profesor más desagradable de la carrera, Arturo Hardisson, hijo del de Física, no se me ocurrió otra cosa que incumplir dos normas suyas seguidas: llegar tarde (cinco minutos), y entrar sonriendo, pues un compañero me había dicho un chiste, por lo que me dijo nada más entrar: "¡Fijoleis, esto son cosas muy serias!", y al verlo de reojo, pude ver que pensaba con orgullo de niñato absurdo: "¡Te cogí…!".

También, en ese preciso momento, el cual fue el primer día que yo iba a clase después de la hecatombe y que encima era a su primera clase que yo iba, me di cuenta de que Dios le había concedido la inteligencia a partir de la carrera, y que seguramente antes era un niño más bien torpón.

Empecé tras este encontronazo otra vez a estudiar de duro, pero ahora dolido con todo el mundo, ya nadie me interesaba, sólo quería acabar de una vez la carrera, y luego retirarme de la competición, pasar de todo, olvidar los tristes años pasados estudiando y la desgracia de la separación.

Seguía bebiendo, pero ahora sólo los fines de semana. Cuando cogí las riendas de la carrera, ya casi el curso estaba acabando, por lo que sólo pude sacar dos asignaturas: Historia y Legislación, y Ampliación de Parasitología. En esta última el profesor me ayudó, pues hasta el caos total, había sido un estudiante ejemplar, que llevaba al día sus clases y le hacía preguntas interesantes. Me aprobó por la cara, pues yo estudié bien poco para el examen, aunque sí he de decir que fue la que más estudié.

Ese febrero catastrófico, por supuesto, lo único que hice fue agotar convocatorias, de tal forma que no aprobé ninguna de las dos que me quedaban pendientes, aunque sí me presenté a ellas.

La de Arturito, la estudiaba al tope, pues sabía que lo iba a tener difícil, así y todo ese año llevaba demasiados problemas recientes y no pude hacer buenos exámenes.

En verano seguí estudiando a tope, aunque antes fuimos al viaje de fin de carrera, en el que volví a beber una barbaridad, pero en él encontré una chica que me hizo caso, una alemana, la que me alegró el viaje, pues empecé a ver, que era posible que yo pudiera gustar a alguna mujer, lo que me sirvió como acicate para seguir estudiando cuando regresamos del viaje. Ahora ya casi no salía, sino que estaba estudiando de duro. Por supuesto, Los Secos ya no me llamaban la atención, y no volvería más a ella, al menos hasta el día que esto narro.

Empecé a hacerme un solitario, ya que no quería estar con amigos, y estaba totalmente desentrenado de mi nueva vida sin novia, y como no quería beber, pues no salía. Miguelo, que acabaría en breve la ca-

rrera, ya no me llamaba la atención: el que había sido otro líder, lo encontraba insulso. A Tomi, lo veía poco, pues él quería aprobar ya y no se dejaba ver mucho.

Yo empecé una vida de soltero, en la que no había mujeres, aunque tenía el sabor dulce de la chica del viaje, a la que lo más que hice fue besarla en la mejilla, la noche que la conocí, cuando salimos de la discoteca y nos fuimos con más gente a un bar a desayunar.

No recuerdo lo que aprobé ese septiembre, pero algo aprobé, aparte de que le hice un examen magistral a Arturo, pero él no me quiso aprobar, pues estaba claro que el examen estaba para matrícula, en el que puse todo tal y como estaba en el libro, el cual él se sabía casi tan bien como yo.

Me fui derrotado a Las Palmas pero orgulloso de mí: volvía a luchar, aunque "¡Solo!" Estaba solo.

Al año siguiente iría a un colegio mayor para gente pobre, el San Agustín. Era pequeño, y muy hogareño. Los que más estudiábamos éramos los futuros farmacéuticos y médicos, aunque el que destacaba estudiando era un servidor, así muchos se iban a la cama bien temprano, mientras que yo me pasaba las noches en vela estudiando la Bromatología y Toxicología, que así se llamaba la asignatura que impartía Arturito. No me quería aprobar, y ese año tampoco me aprobó.

En el colegio organizamos una fiesta, y la verdad es que casi el que hizo todo fui yo, pues los del colegio no se movían gran cosa. Al final, la fiesta fue un desastre absoluto.

En el colegio solíamos estar juntos Bartolomé, que era un veterano de éste y del que era el director, Manolo Guerra, y yo. Los tres éramos estudiantes de farmacia, aunque había otro más que también la estudiaba: Benedicto, el que estaba siempre con su novia que estudiaba para ATS.

En el colegio sentí lo que era la camaradería, lo que no había sentido ningún año en La Laguna, y me di cuenta de que posiblemente los que emponzoñábamos el ambiente, éramos los de Farmacia, con nuestra tremenda ambición.

Conocí a gente estupenda, como "Carmenchu": una chica de La Palma, de la que medio enamoré, aunque ella estaba saliendo con otro chico del colegio, al que no quería hacerle mal, pues también fue mi amigo.

Sufrí las diarreas del ejecutivo, las que casi acaban conmigo.

Estaba a gusto en el colegio, aunque deseando acabar, pero ahora ya no sabía qué hacer después.

Algunos sábados salía con Bartolomé a tomarme un güisqui, pero uno sólo, pues él nunca quería sobrepasar ese límite, según entendí años después, más bien por motivos económicos, que por otros motivos. Se pasaban bien esos días.

El colegio lo pagué unos cuantos meses, pero luego dejé de hacerlo, al ver que era el único que pagaba, pues allí nadie lo hacía, con lo que pensé que entonces podría ahorrar más, y gastarlo en juergas y demás. Comía en casa de una mujer que parecía una bruja, pero que luchaba de duro para sacar a su familia adelante, y la que también tenía con ella a su anciana madre. Allí iba mucha gente

a comer, donde se comía por cinco mil pesetas, dos platos al día, y encima, la señora, alguna vez me invitaba café.

Metí la pata en esa casa yendo de soberbio: pido disculpas por ello.

No aprobaba gran cosa, pues me dedicaba casi en exclusiva a estudiar la Broma. Todavía me quedaban unas cuantas asignaturas; con D. Victoriano, el catedrático de Farmacodinamia, también había tenido otro pequeño encontronazo, por lo que éste tampoco me quería aprobar su asignatura, y eso que algo la estudiaba. Algo le había pasado a este hombre con mi familia que no quería aprobarme ni a la de tres: "Otro pique entre familias", barruntaba. Me da que pensaba que vivía con mi padre, por lo que a lo mejor creería que en el campo económico mi vida era de color de rosas: nada más lejos de la realidad.

Estudiaba a todo gas, hasta el punto de que mi carisma, por lo visto era exageradísimo, lo cual me beneficiaba, pues así veían que yo no había tirado la toalla, y que si Arturo me suspendía era porque él quería, no porque yo me lo mereciera.

No había forma de aprobar esa asignatura, mientras que las otras las iba sacando más o menos bien, como el puro de Farmacognosia, en la que saqué un notable, y no más posiblemente porque D. Victoriano no me puntuó su pregunta, única que él ponía en ese examen, pero lo justo para tener dos asignaturas en las que meter mano, lo que no sé si es del todo justo o no.

Al año siguiente volví a suspender, pero al ver en un examen que Arturo no me pensaba aprobar en toda mi vida, fue por lo que decidí irme fuera a

acabar la que ya me resultaba interminable carrera. Le pedí consejo al Decano, el que al ver mi aura me facilitó las cosas para que me trasladara.

Empecé a pedir el favor a todas las facultades de la península de cuál me concedería el traslado a ella, alegando problemas de salud: alergias asmáticas; ninguna me lo concedía, a no ser, gracia a Dios, la Universidad de Santiago de Compostela, cuando ya casi había agotado todas las posibilidades de trasladarme, de lo cual no me había percatado, pues había empezado otra vez a beber y a fornicar con una medio familiar, llegando a un punto máximo mi degeneración.

Tras estar intentándolo tres años sin aprobar ni un parcial de la asignatura, al final, derrotado por completo, aunque con una punta de mi horroroso orgullo, cogí el avión rumbo a Santiago, donde me fui a hospedar justo al lado de la Catedral impresionante de dicha ciudad. Para mí ésta no era importante, o eso creía yo, pues estaba allí única y exclusivamente para quitarme la Broma de encima y acabar la maldita carrera.

Con el paso de los días, me hice amigo de un tal Luis Cosme, el que me decía que era un ex ejecutivo de Ruiz Mateos, del que casi era como de su familia, del cual, la nota más destacable, era que si bien era un buen jefe, a éste sólo le interesaba el dinero. Nunca me dijo nada más de su todopoderoso jefe. Yo ingenuamente creía todo lo que este sesentón decía.

Cierto día le vi detrás de mí, después de habernos despedido en la cafetería, y si lo vi fue porque di marcha atrás decidiendo no seguir la dirección

que llevaba. Cuando me di la vuelta, lo encontré tras de mí, aunque lo que pensé es que lo había encontrado despistado mirando un escaparate y no yendo a su absurdo trabajo a trabajar, cuando, según descubrí años después, lo que hacía era seguirme posiblemente para tener constancia de todos mis pasos, misión encargada por el estado español, según intuyo, porque Su Santidad el Papa iba a ir por aquella bella ciudad al poco, y ya éste había sido atacado no hacía mucho por otro joven que había querido quitarle la vida; si a esto añadimos que había empezado la por muchos considerada una guerra santa: La Guerra del Golfo, con lo que las tensiones entre la Iglesia y el Islam se habían recrudecido, pues no encontrarán tan raro que la zona cercana a la Catedral estuviera bien vigilada, y cuánto no más yo: un joven que no salía casi de su cuarto, en el que lo que en teoría hacía era estudiar y estudiar, para después no aprobar ni un examen; sí, era posible que tanto los años anteriores, como esos meses, estuviera tramando un ataque a Su Santidad. He pensado también, que pudiera ser que para eliminar toda sospecha de que yo fuera a atentar contra el Papa, fue por lo que Felipe González, con prácticas paranormales, hizo que yo oyera sus voces y la de muchos otros personajes, en el que precisamente el tema era dicha guerra, de la que yo no tenía casi idea, y me hiciera pasar los peores meses de mi vida, haciéndome desde arrastrarme por el suelo, hasta ir de un lado al otro sin saber yo qué me pasaba y no tener capacidad de otra cosa más que de obedecer las absurdas órdenes que el por aquellos años líder político quería darme. De

doce días, sólo dormí uno en medio, el resto fueron los peores días de mi vida en los que las voces no dejaban de darme órdenes y órdenes sin sentido.

Este martirio llegó hasta final de curso, fecha en que fueron a buscarme Quillo y mi hermana Maru.

Me enamoré allí también de una chica, la que después de que me diagnosticaran que sufría de esquizofrenia paranoide no quiso saber nada más de mí.

Hay muchas cosas inexplicables que allí ocurrieron, como el que apareciera mi dibujo en un único periódico en casa del novio de mi hermana la mayor, Saso, y luego no viera yo ese dibujo en ningún otro periódico de los mirados por mí ese mismo día; o que cuando estaban las voces en su más álgido momento, fuera a apretar la tecla de la máquina de cigarros y apretara la que apretara, siempre salieran invariablemente cigarros de la marca canaria Coronas. Viendo lo que son capaces de hacer ciertos magos, entre los que hay que hacen desaparecer grandiosos monumentos ante la vista de medio continente, no creo que sea muy difícil hacer oír una serie de voces a una persona, máxime cuando esa persona puede ser el origen de un conflicto de consecuencias catastróficas a un nivel mundial, y todo pudiéndose solucionar incapacitando mentalmente a esa persona, para lo cual sólo hace falta un especialista en eso, y alguien que de la orden de que se le incapacite. Como verán, pensé en el serial visto en La Laguna.

A partir de ese momento ha empezado esta pesadilla de mi vida, en la que no ha habido una semana en la que no esté medicado, llegando muchas veces a tenerme varios días durmiendo efecto de

dichas drogas, las cuales, según dicen los médicos, es para paliar la enorme esquizofrenia que padezco.

Ese año me fue imposible acabar la carrera, lo que hice al año siguiente: otro año más sin poder cumplir mis sueños por los que tan desaforadamente había luchado.

Los efectos extrapiramidales de la medicación neuroléptica, y los secundarios de la benzodiazepínica, me tenían en un estado de letargo, en el que sentía como que no era yo el que estaba viviendo lo que estaba viviendo. Tomaba Lorazepan a grandes dosis, y así y todo, éste no era capaz de atenuar mi ansiedad, angustia y estrés, quién sabe si porque por lo abusivo de las dosis que me prescribía el médico, en mí producía un efecto rebote.

Seguía creyendo sólo en mí, en un esquizofrénico fracasado a todas luces, aunque ahora ya poco me quedaba de mi orgullo, por lo que me hice mucho más reservado si cabe.

Al final, tras mucho luchar, en septiembre del año 1989, concluí la carrera, aunque aún debía pasar los papeles a La Laguna, pues al no haber hecho las dos nuevas asignaturas que me habían puesto de más en Santiago, la única forma de aprobar era pasar los papeles a mi comunidad autónoma, lo que me concedió el Decano, al que nunca estaré lo suficientemente agradecido.

Parecía que la pesadilla había acabado, y que ya no iría más a ningún centro psiquiátrico, o sea, a ninguna loquera, o sea, que eso de convivir con otros locos, dementes, suicidas, heroinómanos, alcohólicos y demás, se había acabado. Pero no, la cosa sólo había empezado.

Aparte de eso, por mi carrera, estaría siempre relacionado con la salud y la falta de ella, por lo que yo, catalogado como persona afecta de una de las enfermedades más incapacitantes del siglo, debía luchar con toda mi alma contra ese estigma, no consiguiéndolo la mayoría de las veces.

EL TRABAJO Y...

MI MADRE me consiguió un empleo en la farmacia del barrio, a la que iría sin mucho convencimiento, tras haber intentado sacar las oposiciones para hacer la especialidad en Farmacia Hospitalaria, pero de cuya idea tuve que desistir al volver a oír las voces del español todopoderoso de aquellas fechas, dándome ya, yo mismo, como un inútil para el saber científico.

Cuando trabajaba, me tragaba las lágrimas por muchas cosas que veía y que debía soportar, a la vez que compungido intentaba luchar para no verme toda mi vida despachando tras el mostrador de otra persona.

Cierta grandiosa noche, cogí un libro y lo leí, y un poco después, con *El médico* de Noah Gordon, decidí que mi vida debía estar relacionada con los libros, que ésa era la única que para mí valía la pena vivir. Dentro de mi amargura, por la frustración que me producía el ser un derrotado, volví a beber con frecuencia con todo el que quisiera sentarse a mi lado a hacerlo, con lo que volvió de nuevo mi de-

clive humano, en el que el personaje más fatídico que encontré fue Carlos F., quien junto con su hermano gemelo, me arrastró al alcohol, las drogas y las prostitutas.

Pero el Señor, en vista de que el demonio ya se había ensañado conmigo, hizo que tras tres días sin dormir por lo interesante de mis lecturas, me entrara en forma de columna una paz absoluta que entraba en mi interior desde lo alto, mientras su voz me indicaba cuál sería mi futuro, y las opciones que tenía en aquel presente nada halagüeño.

Una de las opciones era que podría salir y casarme con la chica que me atraía físicamente por aquel entonces: Celeste, a la que conocí cuando fue a pedir trabajo en la farmacia en la que yo trabajaba, y con la que sólo entablaría una relación de trabajo, y con la que nunca saldría ni siquiera a tomar un café, pues ella así lo quiso siempre. Como me decía que no quería ser deshonesto con Celeste, era por lo que me iba con infinidad de meretrices, pensando que con ellas no manchaba su memoria, ya que con dichas suripantas salía sólo por sexo y no porque me enamorara de ellas, y eso que algunas fueron tremendamente guapas.

Guardaba celosamente el que pensaba que lo de Santiago no fuera locura mía, sino un complot contra mí o contra mi familia: la derecha contra la izquierda, o lo que fuera que aquello fue, que yo más creo que fuera un conjunto y cúmulo de cosas. Pensaba escribir todo lo que había ocurrido, pero más adelante, algo más adelante, pero como quería que el libro fuera un buen libro, me dediqué a leer literatura, lo mejor de lo mejor, entre los que se in-

cluían varios clásicos, aunque no tantos como yo quisiera, pues el día tenía pocas horas y debía trabajar gran parte de ellas, y por otro lado, también le dedicaba algún rato a mis amigos.

Estuve unos tres años trabajando para el vecino, quien cuando a él le dio la gana, me expulsó de su farmacia con la disculpa de que no era aconsejable que estuvieran dos farmacéuticos juntos mucho tiempo. Con este despido no sabía si llorar o reír, aunque lo que sí sentí es que se me quitaba un gran peso de encima.

Como no sabía qué hacer con el tiempo libre, me puse a leer y leer, pero para aprovechar el mismo, me fui a Valencia, otra vez por ser el único sitio donde me admitieron, a hacer Ortopedia.

Aunque dicen que es una especialidad, en realidad es aprender un poco por encima de qué va el asunto, así somos, si lo somos, técnicos ortopedas, y no especialistas en ortopedia, pues esta especialidad no estaba reconocida por la LRU.

Allí estuve unos seis meses, tras los cuales decidí no volver a beber más, ni fornicar con más rameras, e intentar no consumir drogas ilegales, lo que más o menos conseguí tras esos seis meses de lo más loco que uno se pueda imaginar, y donde lo único que valió fue el haber conocido a Miguel Yuste, cojo de lo más curioso, quien por mucho que quería decir que había vivido varios años viajando por el mundo, bien se puede decir que era el típico pícaro español: el representante de la picaresca en España.

Allí también iría a mi primera corrida de toros, en donde lo que más impresión me causó fue el gran

chorro de sangre que salía del lomo del toro tras ponerle las banderillas.

Medio me enamoré de una fulana, y allí gasté como nunca he gastado ni vuelto a gastar en mi vida, sobre todo en vicios e invitando a los demás. El dinero de que disponía era el de los ahorros, el que mi madre me dejaba, y el que obtenía del paro, con lo que les puedo decir que gastaba mucho dinero al mes.

Lo que estuve allí fueron esos pocos meses, por lo que quizá no se pueda decir que me ocurrieran cosas interesantes, pero en ese tiempo hice una denuncia al servicio secreto de la policía como que había un impostor en una de las conferencias a las que iba. Lo que no dije fue que pensaba que ese impostor iba contra mí, que era un secuaz del presidente del gobierno para eliminarme, lo que ya sé que es mucho desvariar, pero es que estaba desvariando por el exceso de drogas y la falta de sueño: otra vez tres noches sin dormir.

Total, que de ese viaje me traje bajo el brazo un diploma y la certeza y súplica al Señor de que me alejara de los mundos de perdición en los que estaba metido. Y así hizo.

Al llegar a Las Palmas, no tenía ni idea de lo que iba a hacer, aunque sí tenía la vaga idea de ponerme a trabajar.

Fui a visitar a mis tías paternas, y éstas me dijeron si quería trabajar para ellas: "Bueno, ¿eeeh?, ustedes me conocen de visita, pero no como trabajador…"

Al final acepté.

Me encantaba que mi tía me presentara como un farmacéutico sobrino de ellas, eso me maravi-

llaba, y me hacía sentirme pletórico. Estaba privado con estas cosas, cuando una mañana mi tía Dulcina me echó un espantón de aquí te espero, causa por la que me fui corriendo atrás a colocar unos medicamentos, para poder desahogarme llorando, por el disgusto por el rechazo; cambié y me volví distante y servicial, pero sólo eso, sin traslucir más el que era familiar de ellas.

En esa farmacia se trabajaba también de duro, pero menos que en la de Cárdenes, por lo que tenía algo de tiempo libre, el que empleaba para leer los prospectos de los medicamentos. Como no tenía que colocar el pedido diario, me propuse ser el primero en despachar sin dejar que otros lo hicieran si yo estaba libre, con lo que me gané el aprecio de los que allí trabajaban, que eran mis dos tías y aparte dos empleados. Lo peor que se me daba era el ordenador, por ser un programa informático distinto al que usaban en la anterior farmacia.

Tampoco se me daba bien el conocer a todos los clientes a los que mis tías hacían descuentos y a los que tenían cuentas allí. Todo un follón, pero que por lo visto es necesario en los pequeños negocios.

No estaba satisfecho en esa farmacia, por lo que a los seis meses de trabajo me fui con la intención de estudiar Filología Española, carrera que empecé, pero sólo eso, pues el día de coger las vacaciones de Navidad, no se me ocurrió otra cosa que insultar a un cateto de profesor, el que se las daba de intelectual, pero quien tenía una mente de lo más deteriorada. Quiso la mala fortuna que ese profesor fuera secretario del Decano, con lo que tenía algo de influencia, la justa para dar malas referen-

cias de mí a Madrid, desde donde se mofaron de mí. Como vi que me sería imposible aprobar aquello, fue por lo que desistí de seguir estudiándola, aparte de que no me gustaban mucho las asignaturas que estudié, salvo Historia de la Literatura Española, cuyo primer libro me miré íntegro.

Conocí en esa carrera a demasiada gente, con la que iba a tomarme los cortados, hasta el punto de perder un tiempo precioso; tiempo y dinero, pues a los cortados casi siempre invitaba yo, con la cosa de que ellos tenían poco dinero y tenían familia.

Tengo comprobado que no dormir me vuelve irascible, y no entro en razones con nadie, algo de esto debe de ser, pues la mayoría de las veces que salto, grito e insulto, son veces que no he dormido la noche anterior. Es también el caso citado del profesor de Griego de esa carrera, al que humillé sin él haberme hecho nada, pero es que me sentía superior, y por eso le dije un montón de barrabasadas, como "¿Cómo se escribe: a jugar al parque…?", refiriéndome a que allí lo que hacíamos era perder el tiempo tontamente, y que para hacer lo que él hacía, lo mejor era ir al parque.

No sé si esas salidas de tono mías son mi verdadera persona a la que tengo contenida o si por el contrario, al no dormir, las toxinas que se forman durante el día en el cerebro y que durante el sueño se eliminan, hacen que me cambie el carácter de la manera dicha al no eliminarlas, y encima acumularse a las del día siguiente. O bien, que no pase la ignorancia, y el que encima se presuma de que se sabe. No sé.

Quería ser el primero por serlo, por egocentrismo, y para ello iba con mucha frecuencia al Templo del Señor, a rogarle para que me concediera sacar la máxima nota posible en la carrera. Ansiosamente, le preguntaba con el pensamiento al Señor si quería que aprobara, y pensaba que Él me decía que sí, que era más, que me indicaba que sería el primero de mi promoción. Al final vería que no, todo lo contrario, no quería que hiciera esa carrera, la que me estaba causando estrés y ansiedad en gran medida y total, por el mero hecho de tener dos carreras y así faldar más. Estuvo bien que el Señor me castigara de la forma en que lo hizo: no aprobando ni un parcial de las asignaturas de dicha carrera.

Éste fue otro gran fracaso en mi vida.

Después de esos seis meses de intentar estudiar la nueva carrera, Tomi, mi condiscípulo, me dijo si quería trabajar para él. Le dije que de acuerdo, y como no acordamos el sueldo, por trabajar media jornada al día, sin contar los fines de semana, veinte horas a la semana en total, me pagó un total de setenta y dos mil pesetas al mes. La farmacia estaba en el extrarradio de la ciudad, por lo que debía ir en coche a ella; coche que se lo compré a su padre por ciento cincuenta mil pesetas, lo que me pareció una buena inversión hasta que me enteré en cuanto estaba valorado por el gobierno dicho coche: cien mil pesetas. Era un SEAT 132, matrícula GC 8688 J. Me dio muchísima lata, de tal forma que era raro el mes que no pasara por el taller, pues cuando no tenía una cosa, tenía otra; generalmente estaban relacionado los fallos con los frenos, de tal forma que sin freno de manos estu-

ve varios meses, jugando pues con las marchas y la marcha atrás para dejar el coche estacionado en las cuestas, lo que hacía casi siempre, pues esa farmacia estaba al final de una ligera pendiente.

Los dos empleados que allí trabajaban eran Álvaro y Silvia; la segunda era la encargada: una joven de veinte y pocos; el primero era un señor de unos cincuenta y tantos, que ahora se había puesto a vivir con una mujer con dos hijos de treinta y tantos y la abuela. Como sabía que Álvaro debía sentirse solo entre tanta familia de su amante, era por lo que no me importaba que me contara sus batallitas: siempre las mismas; por experiencia sabía que lo único que deseaba era hablar por sentirse tan solo.

Esa mujer lo había cambiado, yo creo que para peor, pues siempre iba con el pelo engominado, y hablando de tal o cual sitio donde había baile y comida baratísima.

Él sabía qué sueldo ganaba yo, pero yo no cuánto él, pues el primer mes me dijo que si yo quería, él me ingresaba en el banco el cheque, pues tenía él que ir a éste. Como estaba claro que lo que quería saber era cuánto ganaba yo, le enseñé el cheque, por lo que se quedó más contento que unas castañuelas al ver lo poco que ganaba, frente, seguro a lo mucho que él cobraba.

Como ya tenía sus años, decidí trabajar y despachar prácticamente yo solo, mientras él se dedicaba a fumar y escuchar música.

Silvia no estaba casi nunca, pues por esas fechas se casó y luego tuvo un hijo del marido, que era con el que vivía hacía años.

Sospecho que Silvia temía que yo le quitara el puesto de trabajo, por lo que me gritaba y gritaba sin motivo alguno aparente, siendo patente que me tenía una rabia que no era normal.

En ese trabajo me di cuenta, al igual que en el de Cárdenes, pues en ninguno de los dos el jefe trabajaba mucho, de lo que era hacer argollas y cuando el jefe estaba delante aparentar que allí el ganso en cuestión trabajaba mucho.

Silvia, que por ser la más joven era la que más debería trabajar, se escaqueaba de lo lindo; a Álvaro casi le decía yo que no trabajara, pues suponía que el hombre, a punto de jubilarse y trabajando en un pequeño negocio sin prácticamente haber progresado nunca, debería estar hasta las narices de su trabajo; y no era para menos.

Aprendí a trabajar allí, o mejor, allí trabajé cuando más a gusto, sin estar la tensión de un jefe encima ni la de los veteranos. Cualquier cosa menos lo de Cárdenes, lo que para mí fue un suplicio. Allí impuse yo el ritmo, el cual considero que era bueno, pues sacaba el trabajo mío, el de Álvaro y lo que quedaba por hacer de por la mañana. Todo, como les comenté, por setenta y dos mil pesetas al mes. Mientras, mi jefe, que también iba media jornada por la farmacia, terminó de pagar la nueva farmacia en un nuevo terreno más céntrico y vistoso, se compró un buen coche señorial, y se construyó un chalet en una zona residencial, cuyo terreno compró también por esas fechas. Su mujer era secretaria y él tenía como única entrada las ganancias de esa farmacia. Sí, de algún sitio debía ahorrar.

Otra cosa que me gustó es que allí dejé de fumar, leyéndome el libro: *Dejar de fumar es fácil si sabes cómo*. Tras leerme ese libro dejé definitivamente el cigarro, los aproximadamente tres paquetes de cigarros diarios que fumaba, ayudado de unos cuantos Padrenuestros cada vez que me entraba el mono.

Desde la farmacia de mis tías no probaba el alcohol, o sea, que no me iba de juerga ni nunca lo bebía, siendo la última copa que me tomé, cuando me despedí de los empleados de dicha farmacia en un almuerzo; antes de terminar en ese trabajo, ya nunca me emborrachaba, y a lo sumo me tomaba algunas veces uno o dos güisquis como mucho, hasta esa última copa: bienvenido dicho día, pues como habrán visto, casi nunca fui moderado con las drogas, sino que casi siempre abusé de ellas.

Silvia me caía mal, pues no sabía a qué se debían sus gritos, lo que averigüé cuando dejé el trabajo, lo que hice cuando ella tuvo el hijo y se recuperó. Silvia y su marido viajaban, veraneaban, tenían un piso en propiedad, y un coche grande nuevo; su marido trabajaba de vendedor en El Corte Inglés. Sí, debe de ser que, o esos grandes almacenes pagan muy bien, o como siempre, yo fui el bobo de turno, trabajando más que nadie y cobrando el que menos. Debe de ser.

Cuando uno se pone la bata, es difícil quitársela, es como un vicio que lleva uno en la sangre, algo que no puedo explicar, pero que me transforma, es como una funda que me pongo y me hace más profesional. Alguno dirá que debe de ser porque yo me pongo las batas sin desabrocharlas, al igual que las

camisas, y el acto de ponérmela por arriba, es como un ritual con el que doy por empezada la jornada, a pesar de que allí, la jornada comenzaba con el cafecito fuerte con mucha azúcar.

Me gustaba de esa farmacia que al ser horario de tarde, no tenía que madrugar, a diferencia de las otras farmacias en las que siempre debía estar a las nueve y pico en ellas, pues se abría a las y media, con lo que desde las siete ya estaba poniéndome en pista, pues siempre me ha costado una barbaridad levantarme temprano para ir a cumplir un horario, yo creo que por el exceso de medicación.

Como le habían dado quejas a Tomás (que así me dijo ahora que lo llamara Tomi, tanto en público como en privado) de que me apestaban los zuecos, a partir de ese momento los pondría en el piso de arriba, al que iría todos los días nada más llegar, a hacer el café y a ponérmelos; también iría a última hora, a dejarlos y a ponerles un desodorante en polvo elaborado por nosotros mismos, para que no me apestaran tanto. Cuando Tomás me dijo eso, algo me molestó, sobre todo porque yo creía que tenía confianza con los empleados como para que me lo dijeran directamente, y no se escudaran en el jefe para que me lo dijera éste.

Como dije, los sábados no tenía que ir, lo que era todo un adelanto. Allí sólo iban ese día uno de los dos empleados, los que se turnaban una semana cada uno.

Lo que prefería ante todo era despachar, aunque sobre eso más prefería leer cosas científicas, o lo que allí más hacía: leer las revistas sobre Farmacia, sobre todo la parte dedicada a las humani-

dades, pues estaba convencido de que quería escribir novelas, y para ello nada mejor que leer sobre temas humanísticos.

El trabajo no era agotador, por lo que casi a diario podía leer un poquito, siempre que Álvaro no me contara las mismas batallitas una y otra vez. Lo que le gustaba mucho contarme es que él puso una vez una tienda, pero en esa época fue cuando empezaron a surgir los supermercados, los que lo arruinaron, y por tanto tuvo que cerrar y ponerse a trabajar en farmacias. Desde niño estuvo relacionado con los fármacos, de tal manera que siendo adolescente se puso a trabajar en la Cooperativa Farmacéutica de recadero, de la que me contaba que antes se estilaba eso de llevar en la bicicleta al farmacéutico unas diez aspirinas sueltas o cosas por el estilo; esta anécdota me sorprendió, pues yo, que también estuve siempre relacionado con las farmacias, nunca vi eso. Si se puso a trabajar en dicha cooperativa, fue porque allí trabajaba con bicicletas, y él siempre quiso una, pero como era pobre, su única forma de conseguirla era trabajando de recadero, aparte de que por su cultura y edad, no podría hacerlo de otra cosa, supongo. Me contaba también que de pequeño siempre jugaba a la guerra con piedras, los de un barrio contra los de otro, cosa a la que yo nunca jugué.

También me hablaba de los bailes o de las comilonas que se pegaba con su amante, en el campo, en una finca del jefe de un amigo, pero a mí eso no me llamaba la atención, todo lo contrario, me aburría, pero lo sentía tan solo que lo escuchaba, pues yo, cuando más solo estuve, me sentí fatal.

En esa farmacia estuve bastante tiempo (un año y medio), y al final del trabajo fue tal mi desesperación y como me habían admitido para hacer los estudios de Cualificación Pedagógica, fue por lo que decidí abandonar éstas, ya que en ellas, desde que el jefe quisiera me podían expulsar, como así había ocurrido en dos farmacias, y no quería yo tener una familia bajo mi responsabilidad, y que si al jefe se le cruzaban los cables me despidiera, con lo que no tendría para mantener a mi familia, y encima tuviera muy poco currículo como para trabajar para el gobierno u otra empresa.

Decidí pues volver a estudiar, y eso hice.

Lo que estudiaba era de un pasteleo supremo, pues los profesores yo creo que nunca habían estudiado mucho, a no ser Rosa Marchena cuyas clases eran de lo más amenas, yo creo que era porque aquella mujer amaba su profesión, aunque no fuera ningún genio, pero de allí bien se puede decir que las suyas eran las mejores clases, bueno, las más entretenidas para mí; la asignatura que ella daba se llamaba Atención a la Diversidad, la que me encantaba. Había otra clase, los viernes también, a primera hora, en la que un señor ya entrado en años, más que madurito, el que se había pasado casi toda su vida dando clases y como inspector, que también hacía cosas interesantes, como hacer dinámicas de grupos.

Aprendí muy poco allí, entre lo que destaca que en las clases se empieza a usar mucho el retroproyector para visualizar transparencias y que cada vez a los alumnos de enseñanza obligatoria se les exige menos, lo que no debería ser así, pues el ni-

vel cultural, considero que ha de subir cada vez más, por lo que todos deberían estudiar más, aunque por lo que vi, lo que se pretende es que todos estudien un poquito, y luego, algunos que sigan estudiando, pero como son los menos, pues esos que se busquen la vida ampliando y demás, pero por ellos mismos. En mi época estudiábamos más, por lo que me dicen mis hermanas las profesoras; me da que sí.

En cuanto a relaciones humanas, lo que más me gustó fue que conocí a una chica: Ana, con la que siempre salía de clase e iba hasta cerca de su casa, ella a hacer la comida, y yo a leer y estudiar mis cosas, pero no las cosas de ese curso, las que estudié más bien poco, a no ser la parte que expliqué de las neuronas y el sistema nervioso a los chicos de bachillerato, sino las relacionadas con la Literatura y la Farmacia. Ana hizo Educación Física, aunque empezó estudiando Medicina; por lo visto era muy buena en la carrera que hizo, en la que sacó alguna matrícula. A diferencia conmigo, ella secretaba muchísima saliva, con lo que me demostraba que no tomaba psicofármacos, ni fármacos que produjeran xerostomía, en todo caso consumiría los que produjeran sialorrea, aunque yo más creo que se debía a que era una chica sanísima y que estaba en perfecto estado de salud.

Aquel curso fue un pasteleo total.

Tuve unos pequeños encontronazos con algunos profesores, o mejor ellos conmigo, me da que porque uno de mis cuñados era Director Territorial de Educación, y eso le sienta mal a muchos profesores, los que descargaban sus frustraciones conmigo. Conste que yo no me enteré que tenía a un

cuñado en tan alto cargo político hasta que acabé el curso y fui a buscar trabajo, con la casualidad de que estaba mi cuñado en el cargo más alto de lo que yo iba buscando. Como anécdota decir que no me dejaron apuntarme en las listas para dar clases por no tener el certificado del curso ese que hice por no llegar a tiempo a que me lo firmaran los responsables del mismo, por estar de vacaciones casi todos, y como me enteré tarde de la convocatoria de plazas de medias, pues a día de hoy, no he podido todavía trabajar como profesor.

Había una profesora que se las daba de comunista, aunque yo más diría que se las daba de ignorante, pues yo en mi época socialista luchaba por llegar, pero ella no luchaba sino que quería que se lo dieran todo hecho, y ella, por poner un ejemplo, no se leía ni una de las hojas que nos daba para prepararnos los exámenes. Si me suspendió el examen fue porque salí demasiado pronto del mismo, aproximadamente a los cinco minutos de empezar (imagínense el pasteleo que era), y porque no entendía mi letra. Otro día me preguntó lo que ponía el examen y luego me hizo unas cuantas preguntas sueltas hasta que hubo una que no le respondí, por lo que se salió con la suya y me suspendió, motivo por el que tuve que ir el último día de clase a hacer otro examen con ella, yo solo, pues debe de ser que el resto aprobaron, los casi cien alumnos que éramos. Sí, está claro que el único tolete que allí había era yo; como anécdota he de decir que la mayoría eran humanistas, pero de los que casi ninguno leía nada, siendo de los que preferían hablar de mil temas, antes que leer sobre ellos.

Total, que para no cansarlos, al final saqué tanto en la parte práctica como en la teórica un notable.

Hablando de teoría y práctica, el examen de conducir, el de coche, el B1, la parte teórica la saqué en una semana, mientras que de la parte práctica me tuve que examinar unas ocho veces, muchas de las cuales porque el profesor pisaba el freno para alertar al examinador; una de las veces, fue porque no me hice a un lado por una ambulancia, la verdad es que tuve mala suerte, pues nunca se me había dado el caso, pero ya aprendí para siempre. Me empecé a sacar dicho carné nada más acabar la carrera.

De todas formas, no me gusta nada conducir, y de hecho, desde que dejé el trabajo de Tomás, dejé de usar el coche, pues me daba muchos gastos, y en el año 2000 lo llevé al chatarrero donde me dieron dos mil pesetas por él (a dos pesetas el quilo).

Era tan distinto a los demás que en los descansos salían todos a fumar y a hablar al pasillo, y sólo me quedaba yo dentro de la clase, sentado y sin hablar con nadie.

Me gustaban las dinámicas de grupo, pues esas técnicas de estudio nunca las había yo usado, aunque cuestiono si como se hacían allí se aprende más que en el estudio individual, o sea, cada uno por su cuenta. Sí, cada uno aporta un enfoque distinto a las cosas a aprender, pero el problema era que de todos los grupos en los que participé, nadie se leía lo que había que hacer, vamos, el material que el profesor nos había dado, el que parecía que no le interesaba a nadie, aunque la verdad es que muchas veces vi que lo que el profesor nos pasaba no

se correspondía con lo que había explicado. Ya se habrán dado cuenta de que allí la gente prefería oír a leer, y yo personalmente siempre he preferido leer a escuchar, y más escuchar a hablar. Es más, diría que lo que más preferían era hablar, o mejor charlar, a otras cosas.

El curso duró un año, y me dieron por él sesenta y siete créditos; lo saqué por la especialidad de Ciencias de la Naturaleza: un pasteleo absoluto, como dije.

Estudiando la circulación sanguínea, estuvimos varios meses, y total, para no decir más que lo que se enseña a los chicos de bachillerato en un par de días: todo una pérdida de tiempo, como me lamentaba para mí; fue el año que más pensé que estaba perdiendo el tiempo de casi toda mi vida, pues sabía que leyendo a los grandes iba a aprender mucho más que allí, pero empezaba una época en la que necesitaba muchos títulos, y aquella era una forma de empezar, aunque como vería luego, no la mejor.

Había empezado, hacía tiempo, a escribir a mano un monumental libro, el que llevé a cuatro mil y pico páginas por las dos caras, a mano, describiendo en ellas mi vida. Al año siguiente, me lo empezaron a pasar al ordenador, por lo que me compré uno, para las correcciones, aunque no lo empezaría a usar hasta meses después, cuando ya no me quedó más remedio. Se paga muy poco por pasar a ordenador, debe de ser porque hay mucha competencia, pues a mí el que me lo pasaba me cobraba unas treinta mil por cada mil páginas a mano. Se llamaba José Ch., y en las partes en que leía que yo bebía mucho, él luego me decía que él también

bebía todos los días un poco. Al final, después de leer sobre todos los disparates con las drogas que hice con mis amigos, me pidió si yo le podría conseguir anfetaminas, que las quería para concentrarse, no para mezclarla con coca y demás, sólo para trabajar: "Ya yo estoy retirado de esos mundos…", fue mi única respuesta, aunque me confirmó lo que temía.

He de confesar que tiempo después, cuando lo vi para que imprimiera la parte que él me pasó, tras yo corregirlo muy someramente, lo encontré mucho mejor, lo que se debía según me dijo a que estaba más a gusto ahora en un trabajo que había encontrado no tan estresante como el que estaba cuando me pasaba mi primer libro. Me alegré por su mujer y su hijo, y por supuesto, por él, pues estaba claro que tenía infinito mejor aspecto.

Respecto al alcohol, no puedo decir nada, ya que pequeñas cantidades de éste al día son muy beneficiosas tanto para el sistema cardiovascular, como para la demencia.

Una vez que ya no me quedó otro remedio que corregir las innumerables hojas de que constaba ese libro, empecé a usar el ordenador, y de pronto, le perdí todo el miedo que le tenía, al igual que el desdén que hacia esas maquinitas sentía; incluso un amigo, Tony, me vendió un programa informático con el que aprendí a escribir sin mirar al teclado. Poco a poco iba haciendo progresos con él, y cada vez más lo iba considerando imprescindible en mi vida.

Ese libro no llegaría a nada y eso que estaba más que convencido que la calidad del mismo era

suprema, de tal forma que cuando corregía, me consideraba otro Cervantes, hasta el punto de que hacía cábalas acerca de cómo escribiría él su mejor obra, la que estaba casi seguro que era como la mía; aparte de eso, como en una de las veces en que había leído *El Quijote* y sus comentarios, había leído que el autor lo había escrito de un tirón, y a la velocidad máxima que le permitía su pluma, fue por lo que consideré que mi obra también era una genialidad, pues yo la había escrito igual, lo que no era cierto, pues yo la había escrito a ratos todos los días durante cuatro años. Además, pensé que durante su cautiverio en Argel, Cervantes no pudo haber leído, pues no tendría libros en español, mientras que yo sólo había dejado de leer unos siete meses en toda mi vida aproximadamente… esto, junto con otras cosas, son las que me indujeron a pensar que mi obra era genial. ¡Iluso de mí!

También por esa época, un amigo administrativo, del que según decía otro amigo celador (Lu), era un genio en la informática, me había configurado el ordenador para que me conectara a Internet, por lo que empecé a navegar por la Red sin la ayuda de nadie más que con lo que ese amigo me decía por teléfono, lo que no me resolvía grandes problemas. Al final me daría cuenta de que no sabía tanto como alardeaba él mismo sobres el tema.

Pensaba sobre todo, que mi libro a lo mejor podía interesar a Felipe González, el que no se publicara, pues lo podía inculpar a él de abuso de poder y extorsión, por lo de Santiago, por lo que pensé convencido, de que a lo mejor él estaba gestionando que mi libro fuera descalificado, al mar-

gen de que entonces empezaría la vigilancia férrea hacia mi persona, incluida a través del teléfono y del ordenador.

Al poco, vería que el título de mi libro coincidiría con el de otro autor, pero éste Premio Nóbel ya fallecido, por lo que fui tanto a una biblioteca como a la Universidad, para informarme sobre ese libro, y resulta que no sabían darme datos exactos sobre él; bueno, en la segunda institución me dieron un papel en el que constaba dicho libro pero con fecha de publicación del último año, por lo que consideré que Felipe González, con sus influencias, había logrado falsificar los datos acerca de ese libro en la Biblioteca Nacional, que es adonde se dirigió la amable funcionaria que me atendió. También me informé en una de las librerías en la que acostumbro encargar algunos de mis libros, y tenían noticia del título pero de hacía un mes aproximadamente, lo cual me parecía imposible, pues el autor había muerto hacía varios años, y éste era un libro totalmente inédito de él, quien había dejado escrito que sus libros inéditos se publicaran después de más de diez años de muerto, y no hacía tanto de su defunción.

Todo me resultaba de lo más extraño, hasta el punto de que desconfié hasta de un pedigüeño que había cerca de la librería citada, pensando que me estaba vigilando, máxime porque cuando salí lo vi hablando él solo, por lo que supuse que lo que estaba haciendo era hablar a través de algún sistema que llevaba oculto con sus superiores del cuerpo de la policía.

Fui con la intención de mandar un fax a no recuerdo quién, cerca de las dependencias de la Policía Nacional, en una agencia de telefonía, y no me dejaron, diciéndome el que me atendió que él sólo cumplía órdenes, tras verlo hablar por teléfono y oírle decir: "Sí, aquí está, acaba de llegar…" en susurros, como para que yo no lo oyera.

Tenía claro que me estaban siguiendo debido a la trama más que peliaguda que contaba sobre nuestro antiguo líder internacional en mi libro, por lo que empecé a no dormir bien, y algunas veces no dormía nada, investigando también en la Red. Una de las veces, me impresioné porque en la pantalla salía una cosa con una falta ortográfica que hacía referencia a mi persona, aparte de que ahí mismo salía como una pistola que disparaba hacia mí. Como ese mundo era totalmente nuevo para mí, y había oído que Internet se podía manejar, fue por lo que tenía más que claro que me estaban vigilando.

Encima, mi lectora de CD-ROM de golpe y porrazo había dejado de funcionar, por lo que empecé a pedir presupuestos para ver quién me la podría arreglar más barato. En una casa nueva me dieron el presupuesto más económico, pero que no sabían cuándo me la arreglarían ya que estaban a tope de trabajo; como estaba escaso de dinero, preferí llevarla a esa casa, a pesar de que ninguno de los que conocía sobre el tema, ni mi hermano, cartero, tenían antes conocimiento de ese local, por lo que supuse que era sumamente nueva, lo que me extrañaba, pues decían que el trabajo les desbordaba. Se lo llevé, y me pareció que aquello estaba recién montado, por lo que desconfié. Al día siguiente, a

primera hora, me llamaron para decirme lo que costaba el arreglo (mucho más barato de lo acordado, por lo que desconfié más aún si no estaría todo también dentro de la trama que sospechaba) y que ya estaba arreglado el ordenador. Salí a coger un taxi, al que no llamé desde mi casa por sospechar de los teléfonos. Fui a otro sitio distinto a donde los cogía generalmente, y allí me subí a uno, el que me llevó como un loco a mi destino. En la tienda vi a la empleada salir de un sitio arreglándose la falda y la camisa, bien porque saliera del servicio, o bien porque estuviera sólo esperando a que yo llegara pues aquello era un montaje absoluto contra mi persona. Pagué y los encontré raros, como nerviosos y deseando que me llevara el aparato de allí. Cuando me iba, le dije a la chica si me podía llamar un taxi al ser una zona en la que no pasaban muchos, y como iba a buscar ella el número de teléfono, se lo di yo directamente, pues los sé de memoria. Cuál no sería mi sorpresa al ver que en dirección contraria a como lo dejé, llegó lanzado el mismo que me había llevado, o sea, venía del mismo sitio del que me había traído, con lo que no le había dado tiempo de haber recorrido todo el camino. Cuando puse la torre del ordenador tras el asiento delantero, el taxista ahora extremaba al máximo la prudencia, y me empecé a decir que eso era muy raro, pues hoy día, el que más o el que menos, sabe lo que es un ordenador, y todos tienen algún familiar con uno, pero éste conducía ahora como si llevara una bomba: "¡Dios mío, estará en connivencia también y es una trama internacional como decía la voz de mi padre en la experiencia

paranormal que sufrí en Santiago de Compostela!", barrunté.

Como le decía algunas de las cosas que estaban pasando a mi madre, y ésta me veía salir mucho más de lo normal de mi casa, es por lo que había llamado a mi hermana Maru, para ver qué decía ella sobre mí.

Durante esos días, yo mismo me había reducido la medicación antipsicótica, y me había quitado toda la que me quedaba, que era un cuarto de Haloperidol al día junto con diez miligramos de Tioridazina, cantidad esta última, usada para tranquilizar a los infantes, aunque a mí, Juma, el doctor judío que era al que ahora iba cada seis meses, me los aconsejaba tomar; él me dijo la última vez que aunque me pusiera en la receta que fuera cada seis meses, en realidad fuera cada ocho o así, que no hacía falta más, con lo que entendí, que llegaba el final del tratamiento, por eso y por otras cosas que son largas de contar y que no vienen ahora al caso; fue por todo ello por lo que yo mismo me reduje paulatinamente la poca medicación que tomaba, durante unos tres meses en total, mucho más lento a como la hay que bajar en realidad.

Cuando el amigo que se las daba como si supiera todo sobre la informática fue por mi casa a explicarme una cosa del ordenador, se quedó extrañadísimo del ruido que hacía mi nueva lectora, y él, que es bastante sordo, miraba extrañado a mi torre cada dos por tres por ese sonido tan grande que hacía. Esto me alarmó sobremanera nuevamente, por lo que una noche, cuando me conecté al que era un nuevo mundo para mí, y vi la referencia a mi persona y la pistola diciéndome que iban a por mí

y que me iban a liquidar, fue por lo que me alarmé sobremanera, por lo que sospechando que estaba vigilado por todos lados, apagué de un tirón todo el equipo y lo oculté tras distintos ropajes, incluido el aparato de música, del cual me dije que a lo mejor mi padre, cuando se lo regaló a mi cuñado comunista, Pepe, le puso unas cámaras ocultas en su interior, pues Franco estaba muriéndose por esa época, y mi padre, caso de conflicto armado, era un candidato al patíbulo, como comenté y el futuro estaba en esos revolucionarios comunistas universitarios. De mi padre creía eso y más. Por eso sospeché si la lectora no sería un aparato para vigilarme, y como si cuando era un niño salía en los *Mortadelos* aquello de: "El mensaje se autodestruirá en diez segundos", pues ahora la cosa debía ser muchísimo más sofisticada, lo que unido a que a los niños no se les cuenta sino una pequeña parte de la verdad, fue por lo que decidí, antes de poner en juego la vida de mi familia y la mía propia, deshacerme de mi ordenador, no sin antes copiar toda la información que tenía en él e intentar formatearlo, por si alguien lo cogía no pudiera saber lo que hacía yo con él, aunque ahora sé que hay especialistas que averiguan lo que se ha hecho con el ordenador por mucho que se intente borrar lo ejecutado. También pensé que si la empresa Microsoft no decía todo el secreto de los ordenadores, era porque ellos se consideraban con derecho al diezmo de éstos, y ése era el suyo: la información que sacaran de ellos, y aunque yo, que por aquella época era un parado (al igual que ahora), me consideraba a veces como que tenía información que otros no querían que saliera a la

luz, y por tanto, querían saber hasta dónde llegaba mi luz, la cual también me consideraba que tenía. Total, que ante la duda, opté por tirar mi ordenador por una ladera que hay por mi casa, al lado del poblado de chabolas que hasta hace menos de un año había ahí. Todos me tomaban por loco, familiares y amigos.

Mi hermana Maru, al ver mi comportamiento me llevó al médico del seguro, con el cual estuve hablando de un par de cosas entre las que le dije, porque sabía que para nosotros era novedoso, que cuando fuera a comprar sobre todo a grandes almacenes, no se le ocurriera comprar lo que hay a la altura de las manos y los ojos, pues eso es lo que ellos quieren que compremos, por estarse ya acabando la temporada, o porque ellos le quieran dar salida por algún motivo; no, lo que debía comprar era lo que estaba por abajo, a la altura de los pies (zona fría), pues esa sería la moda de los próximos años, lo que pasa es que la estaban ya enseñando, para irnos acostumbrando a ella, e irla subiendo poco a poco, estante a estante, hasta que cuando ellos quisieran venderla (bien porque ya estuvieran todas las máquinas tejiendo así los tejidos o por lo que fuera), nos la pusieran a la altura de las manos y los ojos, que es la zona más caliente de todas, de la que vamos siempre a comprar lo que vamos a comprar. Esto y otras cosas, muy animadamente, le dije, por lo que el joven médico, más joven que yo, escribió en el parte que el que esto escribe, era un paciente diagnosticado de esquizofrenia y que tenía en ese instante una gran verborrea (lo cual es opuesto a lo característico en la esquizofrenia,

la que se caracteriza por mutismo y desconfianza, mientras que yo peco de que me confío en exceso de los médicos, aunque esto él, que nunca me había visto, no lo sabía) y que no me estaba tomando la medicación, junto con otras cosas más, fue por lo que decidió que me llevara una ambulancia al Hospital General. Me senté abajo a esperar a ver qué pasaba ahora, y vi que por primera vez en mi vida se me salía el dinero del bolsillo del pantalón que tenía; esto ocurrió varias veces seguidas, por lo que me dije si no sería eso un aviso también de que estaban otra vez empezando a hacer juegos de magia conmigo, como en Santiago, donde apretara la tecla que apretara de la máquina de tabaco, salían siempre cigarros Coronas. Por ello y viendo que aquello era demencial, y que me iban a encerrar otra vez sin motivo alguno, fue por lo que me fui de allí, dejando a mi hermana en el centro de salud. Me alcanzaron cerca de mi casa, y me llevaron a ésta; conducía Pepe.

Al día siguiente, en vista de que tenía un certificado de defunción de mi padre en el que estaba tachada la causa de la muerte, y yo no creía que mi padre se hubiera dejado morir en manos de un médico cualquiera, como daba a entender éste, el cual me lo había conseguido el abogado de Miguel Yuste en Valencia, fui a los Juzgados, aunque a mi madre, cuando me preguntó que adónde iba a ir, como sospechaba que estaba siendo vigilado, le dije que a la Biblioteca. Cogí un taxi que dio media vuelta por mi barrio al verme, y me dijo que adónde iba a ir: "A la Biblioteca Pública. No, a los Juzgados."

Al principio, en la primera frase puso buena cara, pero con la segunda se le agrió el carácter de una forma exagerada, hasta que me dejó en el destino, lo que podía ser porque no tuviera todo en regla, o bien porque ya estaba sobre aviso de que iba a ir a la Biblioteca, y estuviera todo preparado para ello. Cuando llegamos a los Juzgados, éste se puso a gritar y gritar que él tenía todo en regla, lo que me extrañó, pues por allí había varios policías locales.

Entré al edificio, y vi un papel donde ponía las cosas que había que hacer para solicitar un certificado de defunción. Después de todo lo ocurrido, me costaba concentrarme, por lo que supuse que iba a necesitar tiempo para hacerlo y poder escribir el diminuto impreso, y como lo que estaba en juego era descubrir si mi padre se había hecho pasar por muerto antes de que ello ocurriera, pero a las puertas de ello, para ver qué ocurría con sus amigos, familia y políticos, y que él vería en mi "brote sicótico" de Santiago cómo se empezó a abusar de nosotros por no estar los líderes de siempre al pie del cañón, fue por lo que como no había más que una jovencita por allí, le pedí un bolígrafo pero me dijo que se iba a ir ya, por lo que le dije que se lo compraba por cinco mil pesetas, que para mí era muy importante aquello: "No, no, es un recuerdo para mí…".

Me despedí fastidiado, y me acerqué al mostrador opuesto a donde estaban los buzones para los certificados. Sólo había una persona por fuera y dos funcionarios por dentro; a uno de ellos lo conocía de vista de la farmacia de Cárdenes; nos saludamos, y le dije:

—No, vengo a…

—Ya, ya; ya lo sé.

¡Alerta!

En eso se puso el que estaba por allí:

—Bubu, jeje, pampam… —vamos, a no decir nada, sino haciéndose que hablaba en extranjero.

—¿Que quiere un certificado de defunción? Sí, eso tiene que coger allí un papel y…

—¡Ja, ja, ja! ¡Ño, sabes también alemán! —me reí viendo que aquello estaba más controlado de lo que creía, sintiéndome entre amigos.

—No te preocupes, no pasa nada —dijo el conocido, confirmándome que el otro personaje era un policía secreta.

Como el funcionario conocido escribió en el papel, perfectamente, la fecha de defunción de mi padre sin yo haberle dicho todavía dicha fecha aún, y siendo que en teoría había muerto en 1988, la que no era una fecha reciente como para recordar, de pronto me dije: "¡Un momento! Esto está demasiado controlado, aquí se sabe demasiado sin yo decir nada… ¡Alerta!", y acto seguido me puse a gritar a grito pelado a lo que había ido allí, pues me dije que si lo del "brote" en Santiago era cierto, habían ramificaciones en el complot en varias partes del mundo, por lo que a lo mejor la conjura internacional que yo pensaba que ocurrió, era cierta. Grité y grité, hasta el punto de que hasta la camisa se me salió por fuera. Me llevaron ante un Guardia Civil, por otra entrada al edificio, y éste me llevó a un sitio, yo juraría para que una cámara oculta me fotografiara, pues vi un destello que salió de la pared plástica. Una vez pasado ese destello, me llevó a otro

sitio, y así un par de números más. Una vez dejé claro que no me fiaba, y que prefería pasar por loco, pues sabía que ellos tenían en sus archivos que yo estaba diagnosticado de esquizofrenia, ya que una vez había pedido a los forenses que fueran a la Quinta Médica quienes de allí me habían sacado el mismo día de ellos ir, a mancillar el nombre de mi padre por lo ocurrido en Santiago, por si acaso aquello no fuera un "brote de esquizofrenia" sino un *Experimento Social* ejecutado por Felipe González, como él me había dicho que eran aquellas voces cuando estudiaba. Tras eso pedí disculpas y me fui.

Cogí un taxi, y por primera vez en mi vida hice aspavientos de que lo iba a coger, pues sabía que ese único taxi de la parada del Juzgado era vigilado; cuando pasé por una zona de mi barrio, vi las luces de subida a mi casa, encendidas, sólo las que daban a la subida, y no las otras, por lo que supuse que era un aviso, pues no se dejan sólo tres o cuatro farolas encendidas de toda una calle importante de la ciudad. Me dije que con los nuevos satélites todo era fácil.

Sé que me dirán que sería demasiado control para un parado esquizofrénico, pero por eso reaccionaba como reaccionaba, porque yo pensaba lo mismo, que soy un don nadie, pero parecía que no lo era, y como no tenía a un padre inteligente a mi lado que me aconsejara y ayudara, me sentía solo ante tantos controles.

Total, que me metí entre el pene y los testículos el impreso del certificado sin saber bien por qué, considerando que ese papel era más importante de lo que en realidad era, pues era un sim-

ple certificado, el que había hecho acuñar varias veces con el cuño exacto, no con el que ellos me quisieron poner; no era obligatorio ningún cuño.

Todo porque sospechaba que como mi padre no había muerto cuando se dijo, por ello se había tachado la causa de defunción, aunque según investigué más tarde, puede ser que se debiera porque los políticos acordaron que la causa de la muerte no constara en el certificado de defunción, pero yo de eso nada sabía, y me daba la impresión de que la causa había sido tachada sobre mi fotocopia sola, y no sobre el original del juzgado.

Cuando llegué a mi casa conté lo sucedido, y al poco, mi hermana Maru me dijo:

—¡Antonio!

—¡¿Qué?!

—¡Ya!

—¡Ya! ¿Qué?

—Que ya está aquí la ambulancia.

Por esto supuse que tras el escándalo efectuado, me iban a detener pero en el hospital, por lo que me vestí lentamente y cogí todos mis diplomas, títulos y certificados de trabajo, y luego bajé.

Cuando subí a la ambulancia, dije que los sanitarios no se pusieran cerca de mí, pues me podían administrar un hipnótico intramuscular y dejarme grogui, en cambio, quería estar al lado de un policía nacional, el que yo escogí, no el que quería ir ante mi petición. El policía era jovencito, y puso su radio en alto nada más subirse a la ambulancia, para que sus superiores supieran lo que pasaba. Le enseñé parte de los títulos que llevaba y me dijo que para qué se los enseñaba:

—Si los médicos dicen que estoy loco, por otro lado la sociedad me está diciendo que estoy muy cuerdo, es más, me dan las felicitaciones de muchos sitios…

Así un par de cosas más hasta que llegué al hospital, y allí, pensando que me iban a encerrar a saber cuánto tiempo y a darme a saber qué fármacos, fue por lo que armé otro espectáculo delante de toda la gente, diciendo que no iba armado, que asunto de qué ese control sobre mí. Como el escándalo iba en aumento, me llevaron a una sala a mí solo, y allí suponiendo que si era el mejor hospital de Europa como se decía, las medidas de seguridad también debían ser las mayores, por tanto era posible, al igual que ocurría en las películas de policías, que tras el espejo estuvieran vigilándome y tuvieran micrófonos para escuchar, por lo que empecé a leer fórmulas químicas de una botella de agua para que quedara claro que tenía pleno uso de mi conciencia; llevaron un papel que decían que era la demanda y la citación de la ambulancia, y la empecé también a leer en alto, por si acaso, pero cuál no sería mi sorpresa al ver que la demandante era mi hermana Maru, cuando yo pensaba que quien me demandaba el propio Juzgado, debido al escándalo que armé allí.

El mundo se me vino encima, y como ya sabía que me iban a encerrar por el espectáculo armado, me daba igual todo, salvo el que mi propia familia me encerrara. Por ello, sabiendo que las tenía todas perdidas, fue por lo que me dio igual todo, y al médico (Rúa-Figueroa), cuando me fue a ver, le diría que estaba incumpliendo todos los protocolos

de atención al paciente, lo que era cierto, pero ya no se lo decía porque eso me importara, sino porque deseaba que aquello se acabara ya, que me encerraran por loco, y que fuera lo que Dios quisiera.

Me encerraron, pero cuando me llevaban al encierro, me puse a dar vueltas y vueltas sobre un eje imaginario, recordando lo que me hicieron hacer los de las voces de Santiago, por si aquello era cierto y por si el hospital tenía cámaras por todo él, para que quedara constancia.

Me encerraron, y allí dentro, junto con sicópatas, drogadictos, suicidas, anoréxicos, y demás personas, estuve unos diez días, cuando por lo visto el tiempo mínimo normal que se suele estar es dos semanas.

Salí y me sentí engomado por no haberme movido nada en absoluto todo ese tiempo. Me dediqué nada más llegar a mi casa a seguir leyendo y a hojear toda la correspondencia atrasada. Al par de días ya estaba otra vez al día, pero con una experiencia que no podría olvidar jamás.

Creo que fue poco después, cuando estando paseando al perro, vi al joven líder chabolista de mi barrio: Wiwi, cómo incitaba arengando a un joven que andaba sobre la cuarentena a beber y beber de una bebida transparente, el que se caía y se volvía a levantar dando tumbos, y otra vez se caía. El chabolista estaba sentado en el suelo con otra chabolista amiga suya; los padres de ambos chabolistas eran los mayores traficantes de drogas del barrio. Mientras el adulto joven bebía atolondrado y totalmente embriagado, a poco menos de cincuenta metros, en línea recta y sin ningún obstáculo ni casa

en medio, varios policías nacionales se reían sonoramente, de tal manera que unos y otros se oían y veían perfectamente, como yo los oía a los dos grupos. Como lo que estaba viendo me resultaba demoníaco, bajé la cabeza y me fui con el perro de mi madre de allí, hecho polvo por el adulto, al que supuse que estaba así por desamor, y quien llevaba un chándal oscuro que me pareció nuevo, al igual que una bolsa que también lo parecía. A ese individuo era la primera vez que lo veía, yo creo que en toda mi vida. Los dos chabolistas reían y reían sentados en el suelo al lado del gran crucifijo rojo de la Iglesia Coreana del barrio, mientras mi coetáneo se caía y volvía a caer sin parar de beber y beber, al menos los siquiera cuatro minutos que presencié eso.

A los pocos días de haber visto lo dicho, me enteré de que por el barrio había muerto uno intoxicado alcohólicamente, el cual se había caído por la pendiente tras la que yo presencié lo contado.

Escribí al Defensor del Pueblo en Madrid, contándole éstas y otras cosas, quien al poco tiempo dio carpetazo a mi asunto, aunque sí he sentido que me vigilan más desde ese tiempo.

Total, que no ha sido esa la única vez que me han encerrado, sino que han sido varias más, y en todas, yo creo que llevaba mi gran parte de razón, pero ahora, mi familia, cuando me quiere quitar de en medio, ya sabe qué mecanismo usar, y los médicos, como tengo el precedente de que me encierran cada dos por tres, es por lo que me tienen de lo más drogado.

Así por encima les diré que una de las veces que me encerraron lo hicieron tras contar las suposiciones que luego contaría en un artículo que mandé al Colegio Farmacéutico de Las Palmas y que éste no me quiso publicar, el que a continuación pongo:

FRUSLERÍAS

Este artículo les pido disculpas por titularlo así, pero es que desearía hablarles de unas cuantas cosillas que me rondan por la cabeza que es posible que consideren muchos sin importancia y tal vez sin sentido:

Ya desde los tiempos de estudiante de Farmacia, el profesor de Farmacognosia, D. Luis Bravo de Laguna, nos decía que había una guerra declarada entre los herbolarios y las farmacias, y por lo que puedo ver en los medios y entre los colegas de estudios, ahora se vuelve a recrudecer ésta, por lo que les voy a dar mi humilde opinión sobre ello, la cual no es otra, que no considero acertado, que gente que a lo mejor no sabe dónde queda el hígado o el páncreas, por poner un ejemplo, y no hablemos del complicado y apasionante mundo del cerebro, donde seguro que no saben ni a qué altura se sitúa el hipotálamo o la hipófisis, por no hablar de cómo funcionan las inteligentísimas marañas de neuronas, de las que me atrevería a decir, que ni siquiera ciertos psiquiatras canarios, que algunos toman como de prestigio, saben cómo actúan los neurotransmisores en enfermedades tan frecuentes en su especialidad como son las esquizofrenias (por nombrarlas como las nombra D. Antonio Colodrón Álvarez: psiquiatra español citado como el más entendido respecto a esos temas entre varios colegas suyos), esté dispensando y aconsejando en temas de salud en muchas de las ocasiones, pues son pocas las veces que se limi-

tan simplemente a vender plantas (sustancias) medicinales en cualquiera de sus formas farmacéuticas, incluida la planta entera o parte de ella. No creo que haga falta decirles que si una planta tiene un principio activo beneficioso para la salud, puede tener conjuntamente otro/s perjudicial/es, por no olvidar plantas que son puras bombas, como la cicuta con su cicutina (recuérdese a Sócrates), o como el *Papaver somniferum* (amapola o adormidera) con el opio.

Se tiene la equivocada idea y la publicidad engañosa y el desconocimiento ayuda a ello, de que si una sustancia es química, eso es sinónimo de tóxico, y si es natural, de no dañino, y siempre no perjudicial sino todo lo contrario: siempre beneficioso, y no es así.

Les diré que la mayoría de las primeras sustancias químicas usadas en farmacia, en un principio surgieron de los reinos animal, vegetal y mineral, o sea, totalmente naturales, pero que por su más fácil manejo y especificidad, se empezaron, con el paso de los siglos, a sintetizar químicamente; imagínense ustedes el arsenal de partes de plantas, minerales y animales que debería haber hoy día en las boticas caso de que todos los medicamentos fueran "naturales".

Son, entre otras causas, las razones por las que pienso que no debía salir ni una planta de la farmacia, ni siquiera las enormemente probadas como sería el ejemplo de las camomilas, pues bien pudiera ser que el dependiente del herbolario no supiera decirnos que posee propiedades estomáquicas, cicatrizantes, diuréticas, tranquilizantes…

Ya sé que me dirán que muchas veces en la sustancia sintética va infinitamente más concentrado el principio activo "natural", pero ni aún así, pues como dije, las plantas tienen otras sustancias que las hacen más dañinas muchas veces más que el mismo principio activo beneficioso (ej.: anís estrellado), y si no, éste mismo, *per se*, tiene efectos secundarios, contraindicaciones, interacciones y demás efectos, que es posible que los de los herbolarios desconozcan, que

las hacen peligrosas para la salud, igual o más, en principio, que cualquier sustancia química.

Cambiando de tercio, les quiero contar que pude ver en la web del Consejo General de Colegios Oficiales de Farmacéuticos de España (www.portalfarma.com), el pasado 16 de julio del año 2001, una noticia titulada: "Las mafias rusas invaden el mercado farmacéutico con medicinas adulteradas" publicada por el diario *El País* ese mismo día, en la que se contaba que en Rusia se fabricaban numerosos medicamentos adulterados, sobre todo antibióticos (75 millones de unidades); éstas junto con otras incongruencias y cosas increíbles que tenía el artículo, me hicieron dudar de que la noticia fuera cierta, pues lo que decía eran cosas muy difíciles de creer, haciéndome pensar dicho artículo, que en Rusia, la mayor parte de los medicamentos están adulterados y caducados: sí, ya se habrán percatado del asunto, nos avisaba el Consejo de forma soterrada que estaban empezando a experimentar masivamente las Autoridades Sanitarias con nosotros mismos, con los de los países desarrollados occidentales, lo que no es siempre sinónimo de cristianos, pues si en nosotros se experimenta con sustancias probadas de antemano en los países pobres, con los más pobres de estos países, con ellos, con los paupérrimos, muchas veces se experimentan con basuras absolutas, como ocurre con ciertos disolventes con los que están experimentando en locales de la policía y del ejército en el Tercer Mundo en estudios contra el SIDA como publicó otro periódico por esas fechas. Imagínense cómo ha de ser eso.

Si no decían abiertamente este experimento, es porque háganse cargo del caos que sería, viendo lo que pasó con lo de las vacas locas, y eso que personalidades destacadas del mundo de la ciencia, notificaban en varios medios, incluida la web del Consejo, que no había motivo para tales injustificadas alarmas, como así ha sido, no les cuento nada lo que pasaría con lo que a continuación digo: pues bien, no sé si se

ha experimentado con todos los psicofármacos, pero sí puedo decir que en España, a muchos de los ansiolíticos, tranquilizantes e hipnóticos, se les ha sustituido el principio activo, tal vez por otra sustancia menos fuerte y dañina, o bien, simplemente se ha quitado sin más el principio activo dejándolos inocuos e inactivos, de tal forma que he podido observar una serie de casos, al menos en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, donde resido, que eran el típico síndrome de deshabituación de ciertos fármacos, el cual también lo sufrió mi propia madre, de setenta y cuatro años, la que era adicta al Lorazepan (DCI) sin motivo alguno, aunque ella, como los podía conseguir fácilmente a través de su médico de cabecera, pues se convirtió en dependiente de ellos; sí es cierto que se los prescribían los psiquiatras regularmente.

Les puedo hablar de lo que he visto, y esto es, que es posible que el estado de deshabituación (insomnio, irritabilidad, taquicardia, hipertensión, temblores, intensa diaforesis, ansiedad suprema, etc.), o sea, el típico efecto rebote debido a una retirada brusca de fármacos simpaticolíticos, se acaba en un mes más o menos, y tengo la impresión por lo leído en la web del Consejo y las de otros periódicos de tirada nacional, que hubo alguna muerte al respecto, por lo que debía haber mucho cuidado con las personas pertenecientes a grupos de riesgo (niños, ancianos y embarazadas), las cuales considero que deberían haber estado bajo estricto control médico, incluido, posiblemente, el ingreso hospitalario. Es, nuevamente, mi humilde opinión.

Se dijo, yo pienso que era respecto a esto, en una noticia aparecida en la web del Consejo que un fármaco de un laboratorio de productos principalmente de cosmética, había provocado unas siete muertes en España, de un total de catorce muertos en todo el mundo, lo cual he pensado si se debe a las muertes provocadas por esta desintoxicación masiva de psicofármacos, pues casos menos graves han sido un escándalo absoluto, y de esta noticia no se supo casi nada

más. Ya digo que esto son todas elucubraciones mías, y a ciencia cierta no sé ni tan siquiera si mis sospechas están bien fundadas o no.

Desearía que dichas sospechas fueran ciertas, pues así empezaríamos a usar más sustancias menos dañinas y a usarlas en pequeñas dosis, para dolencias y padecimientos tratados hoy día innecesariamente con fármacos muy peligrosos, sumamente potentes y perjudiciales para la salud, como se aconseja en todos los medios especializados, incluyendo los propios prospectos, a los que muy pocas veces se hace caso; y no fiarnos de lo que nos dicen los demás en cuanto a fármacos de prescripción y dispensación exclusiva con receta médica se refiere.

En definitiva, las más altas Autoridades Sanitarias, no nos quieren tan drogados sin necesidad, cosa con la que estoy totalmente de acuerdo.

Para concluir, decirles que estuve haciendo experimentos conmigo mismo, para ver si mis sospechas eran ciertas o no, aprovechando que no tenía que coger maquinaria peligrosa ni trabajar, y como me había prescrito mi psiquiatra, D. Javier Rúa-Figueroa Suárez, el hipnótico: Flurazepan (DCI) (comprado, el 16/8/01 en una farmacia del distrito postal 35011, de la isla donde resido, con receta médica), cuya fecha de caducidad es del 11-2004, pues ingerí aproximadamente seis cápsulas, de distintos lugares de los dos blíster, a distintas horas y en sólo dos días, y éstas no me hicieron efecto alguno, cuando me consta, por experiencia propia, cuando las tomé hace unos diez años, que con una se duerme intensamente en menos de media hora después de haberla ingerido. Con este fármaco, se aconseja no interrumpir el sueño al menos las siguientes seis a ocho horas de haberlas tomado, según indica su prospecto para información de todo sus consumidores, pues se corre el riesgo de no recordar lo que se hizo mientras se estuvo levantado, y yo, que no dormí ni cinco minutos, recordaba perfectamente todo lo que

había hecho durante esas horas esos dos días. Pero les debo confesar que de esto nada sé, pues no soy de los que desarrollan una larga labor investigadora en grandes centros sobre estos temas, sino que me he dedicado los últimos años a estudiar y a escribir por mi cuenta.

También pido disculpas por haber incumplido los mandatos del médico, aunque poco después, desde que lo vi, le comuniqué mis experiencias. Sé que aunque fue a modo de experimento, no tengo disculpa por haber ingerido tantas dosis de dicho hipnótico, por lo que también pido disculpas, a la vez que ruego que no se siga mi ejemplo, sino que se sigan al pie de la letra los consejos del médico, como yo, de normal, los sigo.

Este artículo mío estaba ligeramente modificado respecto a lo que en realidad vi en su día, lo cual era que en el artículo de *El País*, ponía que habían en Rusia unos noventa y pico laboratorios sintetizando sustancias adulteradas, lo que me pareció imposible, pues cada laboratorio consta de grandes naves, y estas no son tan fáciles de ocultar, pero como cuando salí de estar encerrado en el hospital por éste caso y por el que les sintetizo más abajo, no salía la noticia en la web del *Consejo*, ni con los buscadores internos de la misma, sino que salió varios meses después, la que volví a leer, y la que ya no decía lo de los laboratorios, sino que era uno solo el que los estaba adulterando (y así y todo, yo creo que adulterar unos 75 millones de unidades de antibióticos es un delito sumamente grave), fue ese el motivo por el que tuve que reformar el artículo. Les he de decir, que la desintoxicación de esos fármacos es sumamente peligrosa, según leí hace bien poco en un curso que estoy siguiendo por la Uni-

versidad de La Laguna y el Colegio de Farmacéuticos de mi provincia, llegando a causar en no pocas ocasiones la muerte, así que calculen. Y yo creía lo contrario, debido a mi ineptitud, y porque no imaginaba que las autoridades iban a hacer algo de esto poniendo la vida de muchísimas personas en juego, a no ser que la desintoxicación de las benzodiazepinas de vida media corta, sea más leve, vamos, no tan grave y complicada.

Sí puedo decir que tiempo después de leer la noticia, tras salir del hospital donde ingresé bajo diagnóstico de esquizofrenia, vi unos casos tremendamente acentuados de síndrome de abstinencia, en unas pocas personas (cuatro, dos familiares y dos en la calle), lo que me hizo recapacitar otra vez sobre si estaba yo o no en posesión de la verdad, lo que me impulsó a escribir este artículo.

También les he de decir, que llamé a dos colegas con farmacia, a los que les dije lo que creía que estaba pasando con los psicotropos, y ninguno de ellos me dijo que yo esta en un error, es más, uno de ellos, mi primer jefe: Cárdenes, de unos sesenta años, cuando le dije lo que pensaba que estaba ocurriendo, me dijo muy animado que la noticia la escribiera en la revista profesional del "Colegio"; asimismo, al día siguiente de estas llamadas fui por el Colegio de Farmacéuticos donde le llevé al jefe del CIM (Centro de Información del Medicamento) un escrito en el que contaba lo sucedido, y yo casi aseguraría, que el Colegio estaba bloqueado, aislado, en cuarentena, precisamente por una de mis llamadas hechas a Cárdenes (el que gana millones mensuales con su farmacia) quien seguro que lla-

mó al presidente del mismo, hasta el punto de que según intuí tiempo después, dicho Colegio había sufrido una crisis por esa desintoxicación, al no saber ellos de qué se trataba.

También el mismo día de la noticia en *El País*, en un correo electrónico inesperado, pude ver que salían noticias increíbles, como que el analgésico: Talidomida era beneficioso creo que para un tipo de cáncer, lo que me sorprendió enormemente, diciéndome que cómo iban a seguir experimentando con dicha sustancia, si ya estaba más que demostrado que era teratógena, por cuya razón se había retirado del mercado hacía unas décadas, motivo por el que intenté acceder al hipervínculo de dicha noticia, el cual no me daba la opción de acceso, sino que el enlace parecía como si rebotara una y otra vez, otra y otra vez; lo intenté en varias ocasiones, y en otras noticias importantes y descabelladas, y siempre ocurría igual, no así con noticias de escaso interés y bien posibles; esto ocurrió con el correo con noticias que muy amablemente me enviaba el Colegio de Farmacéuticos de Madrid, el cual, no sé por qué, ya no me las envía. Lástima.

Sin embargo, a la pregunta el mes de agosto de 2002 al jefe del CIM de la provincia de Las Palmas, de si habían sufrido algún síntoma de desintoxicación de psicofármacos el año pasado, me dijo que él no tenía ni una noticia de eso, lo que bien puede ser porque todo haya sido sospechas infundadas mías, o bien órdenes de las más altas autoridades sanitarias dadas al *Consejo* y éste al *Colegio*. Pues recuerdo cómo José Carlos, que así se llama el jefe en fármacos del CIM, bajó y preguntó extrañado si

no habían faxes, y si tenemos en cuenta de que era verano, y a primera hora, éstos supongo yo que no deben ser muy frecuentes, y que él en su despacho debe tener un aparato de fax, el cual, mientras yo le llevé mi artículo a primerísima hora de la mañana, pues para eso no dormí, lo vi muy concentrado leyendo en el ordenador algo, lo que yo supuse que sería la noticia sobre Rusia, por lo que le pregunté cómo la podía leer, pues yo no sabía cómo acceder a noticias viejas. Cuando descubrí cómo acceder, y tecleé en el buscador interno de "Portalfarma" la palabra mágica "Rusia", el cursor empezó a vibrar como nunca lo había visto y a hacer cosas raras, subiendo y bajando a lo largo de la línea divisoria del portal farmacéutico citado. No discuto que sólo se deban a la retirada de fármacos benzodiacepínicos de acción corta, los que se venden en la farmacia como churros, aunque yo en principio creí que era con todas las benzodiazepinas, lo que así di a entender en mi primer artículo, pues estoy haciendo un experimento conmigo con el Rivotril® de 2 mg, y éste me ha tumbado hasta el punto de que me tuve que ir a la cama. En breve haré nuevos experimentos con benzodiacepinas de acción corta.

Ese ingreso también fue porque hice una denuncia a un centro de salud por mala *praxis* médica, hacia una persona analfabeta e indigente querida por mí (la tía del Lu), a la que humillaban y trataban mal, y quien moriría por dicha ineptitud unos cuatro meses después, a los sesenta y dos años de edad, y por lo que me prescribiría el psiquiatra citado 9 mg/día de Risperidona, y 400 mg cada dos

semanas intramuscularmente de Zuclopentixol, lo que me deja durmiendo una media de unas veinte horas diarias; esto me ha indignado, ya que hace poco, he conocido a una chica que habiendo oído voces hace unos cinco meses, su tratamiento son sólo 2 mg de Risperidona al día.

Otro de los ingresos fue porque…